

SANCTI ISIDORI HISPALENSIS EPISCOPI SENTENTIARUM LIBRI TRES. (C)

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO. Que Dios es supremo e inmutable.

1. Dios es el sumo bien, porque es inmutable y no puede corromperse en absoluto. La criatura, en cambio, es buena, pero no es suprema, porque es mutable; y aunque sea buena, no puede ser suprema.
2. ¿Qué es la inmortalidad de Dios, sino su inmutabilidad? Pues tanto los ángeles como las almas son inmortales, pero no son inmutables; por eso solo Dios es llamado inmortal, porque solo Él es inmutable. Pues el alma muere cuando, al ser abandonada por Dios, se transforma de buena en mala, así también el ángel, cuando, al ser abandonado por Dios, cae.
3. Lo que tiene materia de la cual existe, es mutable, porque pasa de informe a forma. Lo que no tiene materia, es inmutable, como ciertamente es Dios. Bien y sustancialmente están estas cosas en Dios, es decir, la incorruptibilidad, la inmortalidad, la inmutabilidad. Por eso con razón se le antepone a toda criatura.
4. Creemos que la obra, no el consejo, cambia en Dios; ni se le atribuye variación, porque a través de diversos tiempos ordena cosas diferentes, pero permaneciendo el mismo inmutable y eterno, lo que sería adecuado para cada tiempo, desde la misma eternidad permaneció en la disposición de su consejo.
5. No debemos pensar de Dios de manera diferente a su belleza, ni a su grandeza, como si el hombre fuera una cosa y la belleza otra; porque, al cesar la belleza, el hombre permanece. Y por tanto, quien así entiende a Dios, cree que es corpóreo, mientras que la belleza y la grandeza de Dios son el mismo Dios.
6. Por eso Dios es llamado simple, ya sea porque no pierde lo que tiene, o porque no es una cosa Él mismo y otra lo que está en Él. Es evidente que es desordenado decir o comparar con vicios lo que está ordenado en Dios, como la simplicidad, que a veces se dice por necesidad, y no lo es. En Dios, sin embargo, hay suma simplicidad. Según esta regla, deben estimarse las demás cosas.

CAPÍTULO II. Que Dios es inmenso y omnipotente.

1. Dios no llena el cielo y la tierra para que lo contengan; sino para que ellos sean contenidos por Él. Dios no llena todo en partes, sino que siendo el mismo uno, está en todas partes completamente. No debe pensarse que Dios está en todas las cosas de tal manera que cada cosa lo capte según su tamaño, es decir, lo más grande más, y lo más pequeño menos, siendo más bien Él todo en todas las cosas, o todas en Él (Efesios IV, 6).
2. La majestad de la omnipotencia divina abarca todo con la inmensidad de su poder, y nadie podrá encontrar un camino para escapar de su poder, porque Él lo constriñe todo por todas partes. Todo está encerrado dentro de la omnipotencia del juicio divino, ya sea lo que debe ser conservado para que se salve, o lo que debe ser cortado para que perezca. Por lo tanto, decimos que nadie puede escapar de Dios. Quien no lo tiene aplacado, de ninguna manera puede evadirlo enojado.

3. La inmensidad de la grandeza divina es tal que entendemos que está dentro de todo, pero no encerrado; fuera de todo, pero no excluido. Y por eso es interior, para contener todo; y exterior, para que con la inmensidad incircunscripta de su grandeza lo abarque todo. Por lo tanto, por ser exterior, se muestra como creador; por ser interior, se demuestra que gobierna todo. Y para que las cosas creadas no existan sin Dios, Dios está dentro de todo. Pero para que no existan fuera de Dios, Dios es exterior, para que todo sea abarcado por Él.

4. La consumación de algo hecho se llama perfección; pero Dios, que no fue hecho, ¿cómo es perfecto? Pero este término lo tomó la pobreza humana de nuestro uso, al igual que otras palabras, para que lo que es inefable pueda ser dicho de alguna manera, ya que el discurso humano no dice nada dignamente de Dios.

5. Aunque Dios no es local, sin embargo, camina localmente en sus santos, cuando es predicado por ellos de un lugar a otro. Pues Dios, que no se mueve ni por lugar ni por tiempo, sin embargo, en sus siervos se mueve tanto por tiempo como por lugar, cada vez que es predicado localmente por ellos.

6. Aunque de Dios no se dice nada dignamente según cantidad, ni según calidad, ni según situación, ni según hábito o movimiento, sin embargo, de alguna manera tiene la anchura (Efesios III, 18) de la caridad, con la que nos recoge del error y nos mantiene en la verdad. Tiene también la longitud, con la que nos soporta con paciencia hasta que, corregidos, nos restituya a la patria futura. Tiene también la altura, por la cual supera todo sentido con la inmensidad de su ciencia. Tiene también la profundidad, con la que dispone con justa equidad a los condenados en lo más bajo.

CAPÍTULO III. Que Dios es invisible.

1. Cuando la Escritura habla de Dios y dice a menudo: "He aquí Dios", no lo muestra como visible, sino que significa que está presente en todas partes. Por lo que dice: "He aquí el Señor", o que la magnitud de su divinidad ningún sentido puede alcanzar, ni siquiera el angélico, aunque la naturaleza humana después de la resurrección progrese hasta la paridad angélica, y se eleve incansablemente para contemplar a Dios, sin embargo, no puede ver plenamente su esencia, la cual ni siquiera la perfección angélica alcanza a conocer completamente, según el Apóstol, que dice: "La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento" (Filipenses IV, 7), para que entiendas, incluso de los ángeles. Solo la Trinidad se conoce íntegramente a sí misma, y la humanidad asumida por Cristo, que es la tercera persona en la Trinidad:

2. De manera inteligible, de un modo maravilloso, la esencia de Dios puede ser conocida, mientras se cree que existe. Pero su obra, que ciertamente no puede igualarse a Él, y sus juicios no son conocidos en absoluto. Los juicios secretos de Dios no pueden ser penetrados por el sentido, ni angélico ni humano (es evidente). Y por eso, porque son ocultos, pero justos, es necesario venerarlos y temerlos, no discutirlos o investigarlos, según el Apóstol, que dice: "¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero?" (I Corintios II, 16).

CAPÍTULO IV. Que el creador se reconoce por la belleza de la creación.

1. A menudo, la magnitud incorpórea del Creador se compara con la magnitud corpórea de las criaturas, para que se consideren grandes a partir de las pequeñas, y se estimen las cosas invisibles a partir de las visibles, y se reconozca al hacedor de las obras por la belleza de las

cosas hechas, no obstante, no por una paridad similar, sino por una especie de bien subordinado y creado.

2. Así como el arte devuelve la alabanza al artista, así el Creador de las cosas es alabado por su creación; y cuanto más excelente es, se muestra por la misma condición de la obra. De la belleza de la criatura circunscrita, Dios hace que se entienda su belleza, que no puede ser circunscrita, para que el hombre regrese a Dios por las mismas huellas por las que se apartó, para que quien por amor a la belleza de la criatura se apartó de la forma del Creador, vuelva de nuevo por la belleza de la criatura a la belleza del Creador.

3. Por ciertos grados de inteligencia, el hombre progresa a través de la creación para entender al Creador, es decir, ascendiendo de lo insensible a lo sensible; de lo sensible a lo racional; de lo racional al Creador. Las cosas inteligibles alaban a Dios por sí mismas, las irracionales e insensibles no por sí mismas, sino por nosotros, mientras al considerarlas alabamos a Dios. Pero por eso se dice que ellas mismas alaban, porque la causa de su alabanza es la misma.

4. Los antiguos dijeron que no hay nada tan torpe que no tenga sentido hacia Dios. De ahí que se diga que de la dura piedra se extrae chispa. Y si hay fuego en la roca, ciertamente se siente allí el sentido, donde la vida no se siente a sí misma.

CAPÍTULO V. Que ciertas especies se refieren a Dios según nuestro uso.

1. Según nuestro uso, Dios es dicho celoso o doliente. De estos movimientos no hay perturbación alguna en Dios, en quien hay suma tranquilidad. No debe precipitarse el juicio de la mente para creer que a Dios le puede suceder perturbación de furia o cambio; sino que la misma equidad de justicia, con la que castiga a los culpables, la Sagrada Escritura la llama ira, porque lo que es justo para el juez, es furia e indignación para el que sufre.

2. Así, es necesario entender también otras pasiones que la Escritura lleva de la afección humana a Dios, para que se crea que es inmutable en sí mismo, y sin embargo, por los efectos de las causas, para que se entienda más fácilmente, se le llame con el género de nuestra locución y mutabilidad.

3. ¿Tan clementemente Dios cuida de la debilidad humana? Para que, como no podemos reconocerlo tal como es, se insinúe a nosotros según el modo de nuestra locución. Por eso se describe que tiene la cualidad de nuestros miembros, y quiso que se dijeran de Él cosas indignas de las pasiones, para que nos atrajera a lo suyo a través de lo nuestro, y al condescender con nosotros, nos eleváramos hacia Él.

4. De muchas maneras, Dios para significarse a los hombres, atrae especies de cosas inferiores hacia Él; a quien en verdad se le reconoce como invisible e incorpóreo según su propia sustancia. A menudo se toman de los cuerpos especies de cualidades para Dios, que sin embargo no están en Dios, porque en su propia naturaleza es incorpóreo e incircunscripto, pero por las eficiencias de las causas se escriben en Él especies de cosas, para que, porque todo lo ve, se le llame ojo; y porque todo lo oye, se le llame oído; por lo que se aparta, camina; por lo que espera, está.

5. Así también en otras cosas similares a estas, se toma la semejanza de los movimientos humanos para Dios, como es olvidar y recordar. De ahí que el profeta diga: "Juró el Señor de los ejércitos por su alma" (Jeremías LI, 14). No porque Dios tenga alma, sino que lo narra con nuestro afecto. Y en otro lugar, con figura similar, se entiende gusano y escarabajo (Salmo XXI, 7).

6. No es de extrañar si se figura con significaciones viles, quien se sabe que descendió hasta las contumelias de nuestras pasiones o carne. Pues Cristo es llamado cordero, no por naturaleza, sino por inocencia; y león, por fortaleza, no por naturaleza; y serpiente, por muerte y sabiduría, no por naturaleza. Pues en el profeta se lleva la especie de un carro que lleva heno a Dios (Amós II, 13). Y todo esto es por figura Cristo, porque nada de esto pertenece a la propiedad de su sustancia.

7. Algunos necios se engañan, al leer que el hombre fue hecho a imagen de Dios (Génesis II), creyendo que Dios es corpóreo, mientras que no la carne, que es cuerpo, sino el alma, que es espíritu, tiene la imagen de Dios. No creamos, por tanto, que hay forma corporal en Dios, quien hizo al hombre a su imagen, porque creó la mente, no la carne, a su semejanza. Considera, pues, qué cuerpo tiene la verdad, y mientras no lo encuentres, eso es Dios.

8. La faz de Dios en las Escrituras sagradas no se entiende como carne, sino como conocimiento divino, por la razón de que por la faz vista se conoce a alguien. Esto se dice en la oración a Dios: "Muéstranos tu faz", como si se dijera: Danos tu conocimiento.

9. La boca de Dios es su Unigénito. Pues así como por las palabras que se hacen por la lengua, a menudo decimos "aquella y aquella lengua", así por la palabra de Dios se pone la boca, porque es costumbre que las palabras se formen con la boca. Y si quieres demostrar con el género de locución aquel por el cual se nombra al que hace por lo que se hace, bien pones la boca por la palabra, como la lengua por las palabras, como la mano por las letras.

10. Las huellas de Dios son aquellas por las que ahora Dios es conocido a través del espejo. Pero al perfecto se encuentra el omnipotente, cuando en el futuro se presentará cara a cara a los elegidos, para que contemplen la misma especie, de la cual ahora intentan comprender las huellas; y esto es lo que se dice que Dios se ve a través del espejo (I Corintios XIII, 12). Así también las demás cosas.

CAPÍTULO VI. Que a Dios no se le atribuye sucesión de tiempos.

1. La eternidad divina precede a todos los tiempos, y no se cree que en Dios haya pasado, presente o futuro alguno, sino que todo se dice presente en Él, porque abarca todo con su eternidad. De lo contrario, se debe creer que Dios es mutable, si se le atribuyen sucesiones de tiempos. Si siempre hubiera tiempos con Dios, no sería tiempo, sino eternidad; ni se cambiarían los tiempos, sino que permanecerían.

2. Tener presente, pasado y futuro es nuestro, no de Dios. Por ejemplo, decimos para el presente, "tengo el Códice"; para el pasado, "tuve"; para el futuro, "tendré". Pero Dios tiene la universalidad; y por "tuvo", y "tendrá", se dice "tiene".

3. Pero ni siquiera los mismos ángeles tienen sucesión o acceso de tiempos. Pues hay dos cosas en las criaturas a las que no les afecta la vicisitud de los tiempos, a saber, los ángeles, porque se adhieren al Creador inmutable; o la materia informe, antes de que de ella se formaran todas estas cosas que ya se mueven temporalmente, ni a ella ciertamente le afectaba el tiempo. Por lo tanto, se sabe que el tiempo no pertenece a aquellas criaturas que están sobre los cielos, sino a aquellas que están bajo el cielo. Pues a los ángeles no les acceden ni suceden los tiempos, sino a nosotros, que nos movemos bajo el cielo en este mundo inferior.

CAPÍTULO VII. De los tiempos.

1. Es evidente que no hubo tiempos antes del principio del mundo, porque, siendo el tiempo mismo una criatura, se debe creer que fue hecho en el principio del mundo. Por eso se dice principio, porque de él comenzó el origen de todas las cosas.
2. Los tiempos no tienen espacio corporal, porque pasan casi antes de llegar. Por eso, en las cosas no hay estado de los tiempos, porque se cambian con el rápido movimiento de la criatura. Ni cien años son un tiempo; ni un año es un tiempo; ni un mes es un tiempo; ni un día, ni una hora, porque, mientras todas estas cosas se añaden y se quitan con sus partes, ¿cómo se puede llamar uno a lo que no es simultáneo?
3. Si hay tiempo pasado o futuro, como el presente; y si lo hay, es necesario saber dónde está; pero advierte que todo, tanto futuro como pasado y presente, debe buscarse más bien en el alma.
4. Se sabe que estos tres, pasado, presente y futuro, se encuentran solo en el alma, recordando el pasado, contemplando el presente, esperando el futuro. Esperamos, pues, lo que ha de venir, contemplamos lo presente, recordamos lo que pasa. Estas cosas no son así en Dios, para quien todo está presente al mismo tiempo.

CAPÍTULO VIII. Del mundo.

1. El mundo consta de cosas visibles, pero sin embargo investigables. El hombre, sin embargo, compuesto de la universalidad de las cosas, es otro mundo creado en un breve modo.
2. La razón del mundo debe considerarse a partir de un solo hombre. Pues así como a través de las dimensiones de las edades el hombre se inclina hacia el fin, así también el mundo, por lo que se extiende en el tiempo, decae, porque de donde el hombre y el mundo parecen crecer, de allí ambos disminuyen.
3. En vano se dice que a través de tantos tiempos pasados a Dios ocioso le surgió un nuevo pensamiento para hacer el mundo, cuando en su eterno consejo permanecía la construcción de este mundo; ni tiempo antes del principio, sino eternidad. El tiempo comenzó con la sustitución de la criatura, no la criatura con el tiempo.
4. Algunos dicen: ¿Qué hacía Dios antes de hacer los cielos? ¿Por qué surgió en Dios una nueva voluntad para crear el mundo? Pero no surgió en Dios una nueva voluntad, porque aunque el mundo no existía en la realidad, sin embargo, siempre existía en la razón eterna y en el consejo.
5. Dicen algunos: ¿Por qué de repente quiso Dios hacer el mundo, que antes no hizo? Pensando que la voluntad de Dios cambia, quien alguna vez quiso lo que alguna vez no quiso. A quienes se debe responder: La voluntad de Dios es Dios, porque no es Él una cosa y su voluntad otra, sino que para Él es lo mismo querer que lo que Él es, y lo que Él es, ciertamente es eterno e inmutable. Esta es, por tanto, su voluntad.
6. La materia de la que fue formado el mundo (Génesis I), en origen, no en tiempo, precedió a las cosas hechas de ella, como el sonido al canto. Pues el sonido es anterior al canto, porque la suavidad de la melodía pertenece al sonido de la voz, no el sonido a la suavidad; y por tanto, ambos son simultáneos, pero aquel al que pertenece el canto es anterior, es decir, el sonido.

7. La materia de la que se formaron el cielo y la tierra, por eso se llama informe, porque aún no estaban formadas las cosas que debían formarse, pero la misma materia fue hecha de la nada.

8. Es una cosa que algo pueda hacerse, otra que deba hacerse necesariamente. Debe hacerse necesariamente lo que Dios sirve a las naturalezas; pero puede hacerse lo que el Creador, fuera del curso de las naturalezas dadas, reservó para hacer cuando quiso.

9. No se debe creer que las tinieblas tienen sustancia porque el Señor dice por el profeta: "Yo soy el Señor que formo la luz y creo las tinieblas" (Isaías XLV, 6, 7); sino porque la naturaleza angélica, que no se ha rebelado, se llama luz; pero la que se ha rebelado se llama con el nombre de tinieblas. Por eso, al principio, la luz se separa de las tinieblas. Pero porque Dios creó tanto a unos como a otros, se dice: "Formando la luz y creando las tinieblas". Sin embargo, a los ángeles buenos no solo los crea, sino que también los forma; a los malos solo los crea, no los forma. Esto también debe entenderse de los hombres buenos y malos.

10. Después de enumerar la creación del cielo y la tierra, se menciona al Espíritu Santo en el Génesis, para que, como debía decirse que se cernía sobre ellos, se nombraran antes aquellas cosas sobre las que se diría que el creador Espíritu Santo se cernía. Lo que también indica el Apóstol (Efesios III), al mostrar el camino supereminente de la caridad.

11. Por eso se dice que el Espíritu Santo se cernía sobre las aguas, porque es el don de Dios en el que, subsistiendo, descansamos, y protegiéndonos, se cierne sobre nosotros.

12. Cada naturaleza se esfuerza por su propio peso. El fuego y el aceite, con razón, siempre buscan lo superior, porque por su figura se prueba que el Espíritu Santo se cierne sobre toda la creación.

13. El primer día se hizo a los ángeles, y para insinuar su unidad no se llamó primer día, sino que se dijo día uno; y por eso se repite siempre en la ejecución de la creación. Ese día, es decir, la naturaleza de los ángeles, cuando contemplaban la creación misma, de algún modo anochece; pero no permaneciendo en la contemplación de esa creación, sino refiriendo su alabanza a Dios, y viéndola mejor en la razón divina, se hacía continuamente mañana. Si, en cambio, permaneciera, descuidando al Creador, en la contemplación de la creación, ya no sería tarde, sino que ciertamente se haría noche.

14. Mientras la creación se conozca mejor en Dios que en sí misma, ese conocimiento de sí misma, que es mayor en Dios, se llama día y luz. En cambio, su conocimiento en sí misma, en comparación con el conocimiento que está en Dios, porque es mucho inferior, se llama tarde. Por eso, después de la tarde se hacía mañana (Gén. I). Porque mientras no reconocía que su conocimiento en sí misma le satisfacía, para poder conocerse más plenamente, la creación se refería a Dios, en quien se hacía mejor día al reconocerse.

15. No como nosotros decimos transitoriamente, hágase algo, así dijo Dios Hágase el cielo en el principio. Pues eso se dijo eternamente en la única palabra. Si se dijo transitoriamente por Dios Hágase, ciertamente habría alguna criatura de la cual ya se hiciera tal voz. Pero porque antes de que dijera Hágase, no existía ninguna criatura, ese Hágase que se dijo, se enunció en la eternidad del Verbo, no en el sonido de la voz.

16. No siete veces fue vista por Dios, ni siete veces alabada la creación, que antes de que existiera fue perfectamente vista por Él; pero mientras nosotros alabamos viendo cada cosa,

es como si Él viera y alabara a través de nosotros, como está dicho: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 20). Por tanto, así como Él habla también a través de nosotros, así ve y alaba a través de nosotros; pero por sí mismo ve perpetuamente y eternamente, por nosotros temporalmente.

17. Observa que universalmente la creación es llamada muy buena en el principio, pero singularmente solo buena, porque los miembros del cuerpo, aunque individualmente son buenos, hacen un bien mayor cuando todos juntos forman un cuerpo muy bueno.

18. La belleza de todos los elementos consiste en lo hermoso y lo adecuado; pero lo hermoso es para aquello que es hermoso en sí mismo, como el hombre compuesto de alma y todos sus miembros. Lo adecuado es, como el vestido y el alimento. Por eso se dice que el hombre es hermoso en sí mismo, porque no es necesario para el vestido y el alimento, sino que estos son necesarios para el hombre; y por eso son adecuados, porque no son hermosos en sí mismos, como el hombre, ni para sí mismos, sino acomodados para otro, es decir, para el hombre, no necesarios para sí mismos. Esto también debe decirse de las demás naturalezas de los elementos.

19. Todas las cosas que son, y han sido hechas, son muy maravillosas, pero se han vuelto comunes por la costumbre. Por eso, examina las obras divinas de tal manera que siempre las consideres inmensas.

CAPÍTULO IX. De dónde proviene el mal.

1. El mal no fue creado por el diablo, sino encontrado; y por eso nada es malo, porque sin Dios nada fue hecho, y Dios no hizo el mal. No porque en algún lugar o en algún momento existiera el mal, de donde el diablo se hiciera malo, sino porque por su propio vicio, siendo un ángel bueno, se hizo malo por su soberbia; y por eso se dice correctamente que el mal fue encontrado por él.

2. Se constata que no hay naturaleza del mal, porque toda naturaleza es o inmutable como Dios, o mutable como la criatura. El mal no es ninguna naturaleza, porque al entrar en una buena naturaleza la hace viciosa, y cuando se va, la naturaleza permanece, y el mal que estaba en ella ya no está. Por el hecho de que el vicio daña a la naturaleza, se reconoce que el vicio no es naturaleza, porque nada que es natural daña.

3. Mientras la buena naturaleza es condenada por la mala voluntad, esa mala voluntad es testigo de la buena naturaleza, que tanto testifica que es buena, que Dios no la deja impune por el mal.

4. Los herejes creen que la mente fue creada por Dios, y los vicios por el diablo. Por eso también piensan que hay dos naturalezas, buena y mala. Pero el vicio no es naturaleza; y aunque verdaderamente es del diablo, no fue creado.

5. ¿Por qué razón permitió Dios que surgiera el estado del mal, sino para que de los males contrarios resplandeciera la belleza de la buena naturaleza? Este modo también se encuentra en las palabras. Este modo se llama antítesis en griego, que en latín se llama opuesto o contrapuesto, y se hace una hermosa locución cuando inmediatamente se presentan cosas contrarias. Así también en las cosas se ha mezclado el mal, para que el bien de la naturaleza sobresalga en comparación con el mal.

6. Dios hizo todas las cosas muy buenas. Por lo tanto, nada es malo por naturaleza, cuando incluso aquellas cosas que parecen ser penosas en las criaturas, si se usan bien, son buenas y prósperas, si se usan mal, dañan. Así, pues, la criatura debe ser considerada buena por nuestro uso, no por su naturaleza, ya que es muy buena por su naturaleza.

7. Si rasuras la ceja de un hombre, quitas una pequeña cosa, pero introduces fealdad en todo el cuerpo; así también es en la totalidad de la creación: si dices que el más pequeño gusano es malo por naturaleza, haces injuria a toda la creación.

8. Todos los males han sido trasladados al género humano como castigo por el pecado del primer hombre. Por lo tanto, los males que parecen ser, en parte nos atacan por origen, en parte por culpa.

9. Los perversos dicen que hay muchos males en las criaturas, como el fuego, porque quema; como el hierro, porque mata; como la fiera, porque muerde, pero el hombre no atiende a sus beneficios, y acusa en ellos lo que debería imputarse a sí mismo; porque por su pecado estas cosas se han vuelto dañinas, que antes del pecado le estaban completamente sometidas. Por nuestro vicio, no por su naturaleza, son malas para nosotros las cosas que nos dañan. Pues la luz, aunque es buena, es dañina para los ojos enfermos, y entonces es el vicio de los ojos, no de la luz; así también las demás cosas.

10. Cuando el hombre es golpeado por los estímulos de las criaturas y las adversidades de los elementos, esto exige el castigo del pecado, para que el hombre, al enorgullecerse contra Dios, sufra adversidades de las cosas que están por debajo de él. Por eso también se lee en la Sabiduría de Dios: Combatirá con él el orbe de la tierra contra los insensatos. Con razón, pues, se ha hecho esto por los pecados, para que las cosas naturalmente prósperas se conviertan en adversas para el hombre. Por eso también Salomón: La criatura se enciende en tormento, contra los injustos, y es más benigna para hacer el bien a los que confían en Dios.

11. La carne no estará sujeta al alma, ni el vicio a la razón, si el alma no está sometida al Creador. Entonces, correctamente se nos someten todas las cosas que están bajo nosotros, si nosotros nos sometemos a aquel por quien nos fueron sometidas. Pues incluso las cosas que parecen estar sujetas a aquel que no está sujeto a Dios, él más bien está sujeto a ellas, quien somete su voluntad al amor de aquellas cosas que cree que le están sujetas.

CAPÍTULO X. De los ángeles.

1. El nombre de ángeles es de oficio, no de naturaleza; pues según la naturaleza se les llama espíritus. Porque cuando son enviados desde los cielos para anunciar a los hombres, por el mismo anuncio se les llama ángeles; pues por naturaleza son espíritus. Pero se les llama ángeles cuando son enviados.

2. La naturaleza de los ángeles es mutable, porque en ellos hay mutabilidad en la naturaleza; pero la caridad sempiterna los hace incorruptibles. Decimos que los ángeles son inmutables por gracia, no por naturaleza. Pues si fueran inmutables por naturaleza, el diablo no habría caído. La contemplación del Creador sostiene en ellos la mutabilidad de la naturaleza; de ahí que el ángel apóstata fue privado, cuando quiso guardar su fortaleza no de Dios, sino de sí mismo.

3. Antes de toda criatura fueron hechos los ángeles, cuando se dijo Hágase la luz; pues de ellos dice la Escritura: La sabiduría fue creada antes que todo. Se les llama luz por participar

de la luz eterna. Se les llama sabiduría por adherirse a la Sabiduría no engendrada. Y aunque son mutables por naturaleza, la contemplación divina no permite que se cambien.

4. Antes de toda creación del mundo fueron creados los ángeles, y antes de toda creación de los ángeles fue creado el diablo, como está escrito: Él es el principio de los caminos de Dios. Por eso, en comparación con los ángeles, fue llamado arcángel. Pues fue creado primero por prelación de orden, no por cantidad de tiempo.

5. Se dice que el diablo tuvo primacía entre los ángeles, de la cual cayó por su confianza, de modo que cayó sin reparación. La excelencia de su prelación la anuncia el profeta con estas palabras: «Los cedros no fueron más altos que él, en el paraíso de Dios, los abetos no igualaron su altura: Ningún árbol del paraíso se asemejó a él»; porque Dios lo hizo más hermoso.

6. La condición del ángel difiere de la del hombre; pues el hombre fue creado a semejanza de Dios, pero el arcángel que cayó fue llamado sello de la semejanza de Dios, como testifica el Señor por Ezequiel: Tú, sello de semejanza, lleno de sabiduría, perfecto en belleza, estuviste en las delicias del paraíso de Dios. Cuanto más sutil es su naturaleza, tanto más plenamente se expresó a semejanza de la verdad divina.

7. Se cree que el diablo cayó del cielo antes de que el hombre fuera creado. Pues tan pronto como fue hecho, estalló en soberbia, y fue precipitado del cielo. Pues según el testimonio de la verdad, fue mentiroso desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque tan pronto como fue hecho, cayó. Fue ciertamente creado en la verdad, pero al no permanecer, inmediatamente cayó de la verdad.

8. En un solo acto de soberbia, al compararse con Dios por su altivez, cayeron tanto el hombre como el diablo; pero el hombre, al volver a la penitencia, reconoce que es inferior a Dios. El diablo, en cambio, no contento con esto, al pensar que era igual a Dios, incluso se dice superior a Dios, según el dicho del Apóstol sobre el anticristo: Que se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios, o que es adorado.

9. El diablo ya no pide perdón, porque no se conmueve a la penitencia; pero sus miembros, por hipocresía, lo suplican, lo que sin embargo no merecen obtener por su mala conciencia.

10. La miseria humana debe aprender que Dios se inclina más rápidamente a conceder el perdón, al compadecerse del hombre débil, porque él mismo ha tomado de la parte inferior la debilidad para pecar, es decir, de la carne, en la que el alma está encerrada.

11. Los ángeles apóstatas no tienen perdón porque no fueron gravados por ninguna debilidad de fragilidad carnal para pecar; pero los hombres, después del pecado, regresan al perdón porque han tomado de la materia de barro el peso de la debilidad: por eso, por la condición débil de la carne, el regreso a la salvación está abierto al hombre, como también dice el Salmo: Él conoce nuestra formación. Recuerda, Señor, que somos tierra. Y de nuevo: Recuerda, dice, cuál es mi sustancia.

12. Después de que los ángeles apóstatas cayeron, los demás fueron fortalecidos en la perseverancia de la bienaventuranza eterna. Por eso, después de la creación del cielo en el principio, se repite Hágase el firmamento, y se llamó firmamento al cielo. Sin duda mostrando que después de la caída de los ángeles, aquellos que permanecieron merecieron la firmeza de la perseverancia eterna y la bienaventuranza que antes habían recibido menos. Por

eso es necesario reconocer que la iniquidad de los malos sirve para la utilidad de los santos, porque de donde los malos caen, de allí los buenos progresan.

13. El número de los ángeles buenos, que fue disminuido por la caída de los ángeles malos, será completado por el número de los hombres elegidos, cuyo número solo Dios conoce.

14. Entre los ángeles hay una diferencia de potestades, y por la dignidad de los grados se les distribuyen los ministerios; unos son preferidos a otros, tanto por la cumbre del poder como por la ciencia de la virtud; por lo tanto, unos sirven a las órdenes de otros, y obedecen a los mandatos. Por eso, al profeta Zacarías un ángel envía a otro ángel, y le ordena lo que debe anunciar.

15. Las Escrituras sagradas testifican que hay nueve distinciones u órdenes de ángeles, es decir: ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, virtudes, principados, potestades, querubines y serafines. El profeta Ezequiel también describe este número de órdenes bajo tantos nombres de piedras, cuando hablaba del primado del ángel apóstata. Todo, dice, piedra preciosa era tu cobertura: sardio, topacio, y jaspe, crisólito, y ónice, berilo, zafiro, y carbunclo, y esmeralda. Con este número de piedras se designaron los mismos órdenes de ángeles, que el ángel apóstata antes de su caída tenía como en un vestido de ornamento, a cuya comparación, al verse más claro que todos, inmediatamente se hinchó, y elevó su corazón a la soberbia.

16. Los ángeles siempre se alegran en Dios, no en sí mismos. El diablo, en cambio, es malo porque no buscó lo que es de Dios, sino lo que es suyo. No hay mayor iniquidad que querer gloriarse no en Dios, sino en uno mismo.

17. Los ángeles conocen todas las cosas en la palabra de Dios, antes de que se hagan en la realidad; y lo que entre los hombres aún está por venir, los ángeles ya lo saben, revelado por Dios. Los ángeles prevaricadores, aunque han perdido la santidad, no han perdido el sentido vivaz de la criatura angélica. Viven con agudeza de presciencia de tres maneras, es decir, por la sutileza de la naturaleza, la experiencia de los tiempos, y la revelación de las potestades superiores.

18. Cada vez que Dios se enoja con este mundo con cualquier flagelo, los ángeles apóstatas son enviados para el ministerio de la venganza: sin embargo, son restringidos por el poder divino, para que no dañen tanto como desean. Los ángeles buenos, sin embargo, están destinados al ministerio de la salvación humana, para que administren los cuidados del mundo, y gobiernen todo por mandato de Dios, como testifica el Apóstol: ¿No son todos espíritus administradores, enviados para el ministerio, por causa de aquellos que han de heredar la salvación?

19. Los ángeles toman los cuerpos en los que aparecen a los hombres del aire superior, y asumen una forma sólida del elemento celestial, por la cual se manifiestan más claramente a los ojos humanos.

20. Se cree que cada nación tiene ángeles prepuestos, lo que se muestra con el testimonio del ángel hablando a Daniel: Yo, dice, vine para anunciarte, pero el príncipe del reino de Persia me resistió. Y después de otras cosas: No hay quien me ayude, sino Miguel vuestro príncipe.

21. También se prueba que todos los hombres tienen ángeles, hablando el Señor en el Evangelio: En verdad os digo que sus ángeles siempre ven el rostro de mi Padre, que está en

los cielos. Por eso también Pedro, en los Hechos de los Apóstoles, cuando golpeaba la puerta, dijeron dentro los apóstoles: No es Pedro, sino su ángel.

22. Si los ángeles ven y contemplan a Dios, ¿por qué dijo el apóstol Pedro: En quien desean los ángeles de Dios contemplar? De nuevo, si no lo ven ni lo contemplan, ¿cómo, según la sentencia del Señor, sus ángeles siempre ven el rostro del Padre, que está en los cielos? Pero ambas cosas son ciertas. Pues creemos verdaderamente que los ángeles ven a Dios y desean verlo, y lo tienen y se esfuerzan por tenerlo, y lo aman y se esfuerzan por amarlo.

23. Pues si desean verlo de tal manera que no disfrutan del efecto de su deseo, este deseo tiene necesidad, esa necesidad es penal; pero de los ángeles bienaventurados está lejos toda pena, porque nunca convienen pena y bienaventuranza. De nuevo, si decimos que se sacian con la visión de Dios, la saciedad suele tener fastidio, y sabemos que ellos no pueden fastidiarse de la visión de Dios, que también desean.

24. ¿Qué es, pues, sino que de manera maravillosa creemos ambas cosas a la vez, que desean y se sacian? Pero desean sin trabajo, y se sacian sin fastidio. Para que no haya necesidad en el deseo, se sacian deseando. Y de nuevo, para que no haya fastidio en la saciedad, desean saciarse. Por lo tanto, los ángeles ven el rostro del Padre por saciedad; pero porque esa saciedad no conoce el fastidio, los ángeles desean siempre contemplarlo.

25. Dondequiera que en las Escrituras sagradas se pone ángel por Dios, no se entiende al Padre, ni al Espíritu Santo, sino solo al Hijo por la dispensación de la encarnación.

26. Antes del advenimiento de la encarnación del Señor, había discordia entre los ángeles y los hombres. Pero viniendo Cristo, hizo la paz en sí mismo, tanto con los ángeles como con los hombres. Pues al nacer Él, clamaron los ángeles: En la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Por la encarnación de Cristo, no solo el hombre fue reconciliado con Dios, sino que también se restauró la paz entre los hombres y los ángeles.

27. Por eso se reconoce principalmente que antes del advenimiento de Cristo había discordia entre los hombres y los ángeles, porque en el Antiguo Testamento, cuando los ángeles eran saludados por los hombres, despreciaban ser saludados por ellos. Lo que en el Nuevo Testamento, hecho por Juan, el ángel no solo lo recibe reverentemente, sino que también le prohíbe hacerlo.

28. Por esto el hombre en el Antiguo Testamento es despreciado, y no es saludado por el ángel, porque el hombre aún no había pasado a Dios.

29. Pero el hombre es recibido por Dios, y reverentemente saludado por el ángel. Pues se lee que el ángel Gabriel saludó a María, y al ángel que saludaba a Juan, el mismo ángel le dice: Mira que no lo hagas, porque soy consiervo tuyo, y de tus hermanos. Por lo cual se reconoce que por la encarnación del Señor se devolvió la paz a los hombres y a los ángeles.

CAPÍTULO XI. Del hombre.

1. Todo bajo el cielo fue hecho por causa del hombre, pero el hombre por causa de sí mismo; por eso todo se refiere figurativamente a su semejanza. Todo lo natural es común al hombre con todo lo que existe, y en el hombre se contiene todo, y en él consiste la naturaleza de todas las cosas (se manifiesta). El hombre es una gran parte de la creación del universo; y es tanto más excelente que las demás criaturas, cuanto más cercano está a la imagen divina. Cuanto más aventaja el hombre a las demás criaturas en dignidad de virtud, se aprende de la misma

reverencia de la creación, pues en todo dijo Dios: Hágase y se hizo, pero quiso crear al hombre con una cierta deliberación de consejo eterno, diciendo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.

2. Porque fuimos naturalmente creados buenos, por culpa de algún modo merecidamente nos hemos hecho malos contra la naturaleza.

3. Así como Dios previó que el hombre pecaría, también previó cómo lo repararía por su gracia, quien por su libre albedrío podría perecer.

4. Originalmente, Adán y Eva fueron creados juntos, pero de manera especial, después, la mujer fue formada del costado del hombre. Por lo tanto, ambos fueron creados al mismo tiempo en el orden de la razón, no en la unidad del tiempo.

5. El hombre fue hecho a imagen de Dios, la mujer fue formada a imagen del hombre; por lo cual, ella está sujeta a él por ley natural.

6. Asimismo, el hombre fue hecho por sí mismo, la mujer fue creada como ayuda para el hombre.

7. El hombre fue entregado al diablo por el pecado cuando escuchó: "Eres polvo, y al polvo volverás". Entonces también se dijo al diablo: "Comerás polvo". Por eso el profeta dice: "El polvo será el alimento de la serpiente". La serpiente es el diablo; el polvo, los impíos; y ellos son el alimento del diablo.

8. Porque con voluntad torcida caemos a lo más bajo, nos levantamos correctamente para hacer el bien con esfuerzo: lo cual no sería así si el placer no hubiera persuadido a los primeros hombres a pecar, para quienes bastaba solo querer para vivir bien, y la acción obedecía sin dificultad.

9. La división y lucha en el alma del hombre es el castigo del pecado, propagado desde el primer hombre a todos sus hijos, de modo que quien no quiso estar unido a Dios, quedó dividido en sí mismo, y quien no quiso estar sujeto al Señor que manda, se hizo rebelde y contrario a sí mismo. Por lo tanto, no podrá someterse a sí mismo si primero no se somete a Dios, y servirá a sí mismo a regañadientes, quien no quiso servir a Dios voluntariamente.

10. ¡Cuán variadamente se ha dispersado el género humano por diversos caminos, al apartarse de la solidez estable y siempre constante de la divinidad! Pues cuando desea cualquier obra, parece fijar allí el descanso de su mente. Pero como no le basta, cambia de intención y pasa a otras acciones; y mientras busca un descanso sólido en diversas cosas, no lo encuentra, vive en miseria y variedad, y permanece vacío de descanso. Aunque esta misma mutabilidad no fue creada con el hombre, sino que le sobrevino por el mérito de la primera transgresión, ya se ha hecho natural, porque originalmente, desde el primer hombre, como la muerte, pasa a todos los hombres.

CAPÍTULO XII. Sobre el alma y los demás sentidos.

1. La vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Dios. Y así como el cuerpo está muerto sin el alma, así el alma está muerta sin Dios.

2. El alma del hombre no es el hombre, sino el cuerpo, que fue hecho del polvo, eso es solo el hombre. Sin embargo, al habitar en el cuerpo, el alma recibe el nombre de hombre por la participación de la carne, como el Apóstol dice que el hombre interior es el alma, no la carne, creada a imagen de Dios. Por lo tanto, es erróneo creer que el alma del hombre es corpórea, ya que fue hecha a imagen de Dios, no para ser inmutable como Dios, pero sí incorpórea como Dios.

3. Al igual que los ángeles, las almas tienen un comienzo, pero no un fin. Pues algunas cosas en el mundo son temporales, otras perpetuas, y otras eternas. Temporales son aquellas que tienen origen y fin; perpetuas, aquellas que tienen origen pero no fin; eternas, aquellas que no tienen ni origen ni fin.

4. Está claro que el alma no es parte de la sustancia o naturaleza divina; ni existe antes de mezclarse con el cuerpo, sino que se crea cuando se crea el cuerpo al que parece unirse. Las opiniones de los filósofos dicen que el alma existe antes de nacer en el cuerpo. Lo cual no se aprueba con ninguna evidencia. Pues si hubiéramos existido antes, ni nosotros mismos lo sabemos, ni tenemos a alguien que lo diga. Por lo tanto, no se debe buscar lo que al buscar es más motivo de burla.

5. Los gentiles y herejes intentan discutir sobre el alma, pero ¿cómo pueden tener una opinión correcta sobre ella, quienes no conocen al autor a cuya imagen fue hecha? Y por eso han dicho muchas cosas dignas de error.

6. El alma es mutable, no localmente, sino temporalmente, por sus afectos. El cuerpo, sin embargo, es mutable tanto en lugar como en tiempo, porque se cambia en tiempo y se varía en lugar. Lo que es para el cuerpo el cambio de lugares, es para el alma la mutabilidad de pensamientos. Esta variedad de movimiento malo se adhirió a la mente cuando el primer hombre, alejándose de la contemplación de las cosas eternas, no quiso permanecer en aquel de quien se apartó mal, y por justa condena, inconstante, fue arrastrado por la variedad de las cosas.

7. El alma posee mucho de su esplendor natural, pero se oscurece por la mezcla de la carne, en la que se retiene encerrada. Pues por esa parte se inclina a la debilidad del pecado, como enseña Salomón: "El cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas".

CAPÍTULO XIII. Sobre los sentidos de la carne.

1. No por virtud, no por sentido del cuerpo, sino por razón de la mente, superamos a los demás animales.

2. Para usar las cosas corporales basta el sentido de la carne, no para captar las espirituales. Sin embargo, los hombres atraídos por el uso de las cosas corporales no creen que haya nada más allá de lo que conciben con el sentido de la carne. Así como los sentidos corporales se superan entre sí por la diversidad de lugares, así se superan entre sí por la virtud de sentir; pues así como el olfato es superior al gusto, tanto por la posición del lugar como por la distancia de sentir, así el oído al olfato. Pues oímos más lejos de lo que olemos; y así los ojos al oído: vemos más lejos de lo que oímos.

3. Sin embargo, el ánimo se eleva sobre todos estos sentidos tanto en lugar como en mérito. Pues establecido en la cima de la cabeza, lo que aquellos no alcanzan corporalmente, este lo

contempla intelectualmente. El sentido de la vista supera a los demás sentidos, ya que de lo que pertenece a los otros sentidos decimos: "Mira cómo suena, mira cómo sabe", etc.

4. Así como el ojo, también el ánimo ve las demás cosas, pero no se contempla a sí mismo. Percibe los orígenes, especies y magnitudes de otras cosas; pero sobre sí mismo está tan lleno de ignorancia de la verdad, que en todas estas cosas no contempla nada más incierto.

5. Hombre, que te maravillas de la altura de las estrellas y de la profundidad del mar, entra en el abismo de tu ánimo y maravíllate, si puedes. Muchas cosas contemplamos sin el sentido de la carne y sin imágenes vivas, solo con el ánimo, y las retenemos con la memoria que las fija en la mente. También entendemos muchas cosas con el sentido que no podemos expresar con la lengua.

6. Los infantes son inocentes en obra, pero no son inocentes en pensamiento, porque el movimiento que tienen en la mente aún no pueden realizarlo en obra, y por eso en ellos la edad es débil, no el ánimo. Pues la fragilidad del cuerpo aún no obedece al mandato de la voluntad; ni pueden dañar tanto en obra como se mueven en pensamiento.

7. La cogitación ha recibido su nombre de la causa. Pues al forzar al ánimo a recordar lo que se ha encomendado a la memoria, se llama cogitación. La memoria es el tesoro de todas las cosas. Es la guardiana de las cosas descubiertas, la guardiana de las cosas pensadas; sobre la cual es difícil que alguien discuta con precisión, porque su complejidad es grande, y el ánimo es ella misma.

8. La imagen alejada de los sentidos del cuerpo deja en la memoria la semejanza de su especie; pero la bienaventuranza no la recordamos a través de imágenes como las demás cosas, sino como el gozo sin imagen. Cuando recordamos el olvido, no está presente por sí mismo. Pues si estuviera presente por sí mismo, ciertamente no olvidaríamos.

9. La memoria es común al hombre y a los animales, pero ningún animal irracional tiene intelecto, solo el hombre dotado de razón. Pues para los demás, en la misma cualidad de su consideración, el sentido de la carne es, no la inteligencia de la mente.

CAPÍTULO XIV. Sobre Cristo.

1. La perfecta natividad del Hijo de Dios, ni comenzó a ser, ni dejó de ser, para que no sea pasada si dejó de ser, y para que no sea imperfecta si aún se hace; sino que así como es eterna, así es perfecta, de modo que en esa natividad se tenga eternidad y perfección.

2. Cristo es llamado menor que el Padre desde el vientre de la Virgen, evidentemente según la asunción humana, no según la divinidad.

3. Cristo es siervo en la forma de siervo, y no siervo en la forma de siervo. En la forma de siervo del Señor es siervo; en la forma de siervo es Señor de todos. Cristo en la forma de siervo, por la excelencia de la concepción, es Señor de todos, porque aunque asumió carne, no fue por la contagiosa lujuria de la carne.

4. El mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, no es de ninguna manera otro en la humanidad, otro en la deidad, sino que en ambas naturalezas es el mismo uno. No fue concebido como puro hombre, ni nacido como puro hombre, ni después recibió el mérito de ser Dios; sino que el Verbo de Dios, manteniendo la esencia inmutable, que es coeterna

con el Padre y el Espíritu Santo, asumió carne para la salvación humana, en la cual pudo mostrarse impasible sufriendo, inmortal muriendo, y eterno antes de los siglos temporal.

5. El mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, aunque es una cosa del Padre, otra de la Virgen; no obstante, no es otro del Padre, otro de la Virgen; sino que él mismo es eterno del Padre, él mismo es temporal de la madre; él mismo que hizo, él mismo que fue hecho; él mismo del Padre sin madre, él mismo de la madre sin padre; él mismo el templo del creador, él mismo el creador del templo; él mismo el autor de la obra, él mismo la obra del Autor; permaneciendo uno de ambos, y en ambas naturalezas, ni confundido por la unión de las naturalezas, ni duplicado por la distinción de las naturalezas.

6. Por eso Dios vino en el hombre, porque no pudo ser conocido por los hombres por sí mismo. Pero de donde nos aconsejó, de allí soportó el desprecio, porque el hombre soberbio despreció la debilidad que asumió por nosotros. Por esto eligió lo débil y lo necio del mundo, para confundir lo más fuerte y lo más sabio por lo que no era conocido.

7. Así como un niño débil no puede tomar alimento sólido, a menos que primero sea digerido por la madre y convertido en leche, para que lo que no pudo usar en el alimento, lo beba en la leche a través de la carne; así también nosotros, mientras éramos débiles para contemplar la eternidad del Verbo, el Verbo se hizo carne, para que alimentados por la carne, y hechos más fuertes, contemplemos el alimento sólido, es decir, el Verbo del Señor eterno con el Padre, y nos saciemos como los ángeles.

8. Los primeros dones de Dios son aquellos por los cuales nos muestra que somos culpables ante nosotros mismos. Pues mientras yacíamos bajo la culpa, creíamos que éramos justos. Vino el médico, reveló la herida, se ofreció a sí mismo, y de su muerte nos preparó la medicina, para que no solo fuera el revelador de la herida, sino también el sanador.

9. Cristo vino primero a Israel, como también dice: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". Pues vino primero al pueblo de Israel, pero el profeta no calló que no creerían, diciendo: "El primero dirá a Sion: Aquí estoy, y daré a Jerusalén un evangelista. Y vi, y no había, ni existía quien tomara consejo, y preguntado respondiera palabra". Pero porque pasó a los gentiles, sigue: "He aquí mi siervo, lo recibiré, mi elegido, mi alma se complace en él; he puesto mi espíritu sobre él, llevará juicio a las naciones".

10. Aunque el diablo no conocía el orden de nuestra liberación, sabía sin embargo que Cristo vino por la salvación de los hombres, pero ignoraba que nos redimiría con su muerte; por eso lo mató. Pues si el diablo hubiera sabido que Cristo redimiría al género humano por la muerte, ciertamente no lo habría matado.

11. Que el diablo sabía que Cristo vino por la salvación del género humano, se enseña con el testimonio del Evangelio; cuando lo vio, lo reconoció y temió, diciendo: "¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a destruirnos?"

12. Cristo, así como no cometió pecado digno de castigo, así asumió el castigo de nuestro pecado, para que con su castigo indebido aboliera nuestra culpa debida, para que el diablo perdiera a aquellos que tenía como culpables, al matar a uno que no había cometido pecado. Por eso perdió a aquellos que tenía como justamente retenidos, porque injustamente mató a nuestro Redentor.

13. El diablo fue engañado por la muerte del Señor, como un ave. Pues Cristo, mostrando la mortalidad de su carne, que aquel deseaba destruir, ocultó su divinidad, para que con una

trampa prudente lo atraparía como a un ave desprevenida. Pues si Cristo, inocente, no hubiera sido matado, el hombre entregado al diablo por la transgresión no habría sido absuelto.

14. El diablo, mientras ataca en Cristo la carne de la humanidad, que estaba expuesta, como hombre fue capturado por su divinidad, que estaba oculta. En Cristo, el anzuelo es la divinidad, el cebo es la carne, la línea es la genealogía, que se recita en el Evangelio. Quien sostiene esta línea es Dios Padre, de quien el Apóstol dice: "La cabeza de Cristo es Dios". Y Lucas, tejiendo la línea de la generación de Cristo desde lo más bajo hasta lo más alto, comienza con José y termina en Dios, diciendo: "Que fue de Helí"; y completando la línea del linaje, dice: "Que fue de Dios".

15. Por eso el Señor descendió al infierno, para abrir el camino a aquellos que no eran detenidos por él penalmente, para regresar al cielo, según el testimonio de Isaías que dice: "Pusiste en el abismo del mar un camino, para que pasaran los liberados". Cristo puso un camino en el abismo del mar cuando, descendiendo al infierno, mostró a los santos el camino de regreso al cielo.

16. Los santos, desde el momento de la resurrección de Cristo, tan pronto como salen del cuerpo, ascienden inmediatamente a la morada celestial, lo que no se daba a los antiguos Padres. Pues antes de la venida del Salvador, aunque sin el castigo del suplicio, las almas de los santos no eran retenidas en el cielo, sino en el infierno, por cuya liberación el Señor descendió al infierno.

17. Cristo, ascendiendo al cielo, se fue en carne, pero está presente en majestad, según lo que dice: "He aquí, yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo".

18. Cristo está sentado a la derecha del Padre, no porque el Padre tenga una derecha corporal; sino que la derecha del Padre es la bienaventuranza, como la izquierda es la miseria.

CAPÍTULO XV. Sobre el Espíritu Santo.

1. El Espíritu Santo es creador, como el Padre y el Verbo, según el testimonio del profeta: "El Espíritu del Señor me hizo, y el aliento del Todopoderoso me dio vida".

2. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo; y por eso el Padre y el Hijo son uno, porque el Padre no tiene nada que no tenga el Hijo. Pues una cosa no puede proceder simultáneamente de dos consustanciales y estar en ambos, a menos que sea uno de quienes procede. La Iglesia ha recibido al Espíritu Santo como prenda, para que por él los creyentes sean uno en un solo cuerpo, por quien el Padre y el Hijo son uno esencialmente, como dice el Salvador al Padre: "Para que sean uno, como nosotros somos uno".

3. Cristo no solo testifica que fue enviado por el Padre, sino también por el Espíritu Santo, como dice el profeta: "Acercaos a mí, y escuchad esto: No he hablado en secreto desde el principio: desde el tiempo, antes de que existiera, allí estaba; y ahora el Señor me ha enviado, y su espíritu".

4. El Espíritu Santo, porque es consolador, se llama Paráclito. Pues en latín, *paraclesis* significa consolación. Y en verdad, mientras distribuye los dones de los sacramentos, ofrece consuelo al alma. Creo ciertamente que siente gran alegría quien aprende algo, revelado por el espíritu de Dios.

5. El don del Espíritu Santo se divide individualmente en los miembros de la Iglesia, y a cada uno se le otorgan dones individuales. Cristo, sin embargo, tuvo toda la plenitud de las gracias, de quien se lee: "Lleno de gracia y verdad". En Cristo, por lo tanto, está toda la plenitud de las gracias. Pues a cada uno de los elegidos se le otorgan dones individuales.

6. En el Espíritu Santo reside toda la gracia de los dones. Pues él, como quiere, otorga la gracia de los dones, dando a unos el don de la sabiduría, a otros el de la ciencia, a otros la fe, y así a cada uno se le otorga la división de las gracias por la virtud del Espíritu Santo, y en todos se encuentra el mismo uno. Pues él también enseña cosas inefables, que el lenguaje humano no puede expresar.

7. Antes de la venida del Señor, solo los profetas, y pocos justos de todo el pueblo, merecían el don del Espíritu Santo; pero después de la venida del Señor, el Espíritu Santo ha sido distribuido a todos los creyentes, según lo que el Señor dice por el profeta: "Y será en los últimos días, derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas". Pues ahora la gracia del Espíritu Santo ha sido dada a todas las naciones, y no en unos pocos, como en el pueblo de Israel, sino que la gracia del Espíritu Santo permanece en toda la multitud de creyentes.

8. A veces se confieren los dones del Espíritu Santo a los indignos y reprobos, como a Saúl se le dio la profecía, y a Balaam. Por eso muchos al final dirán: "Señor, en tu nombre hicimos milagros"; a quienes el Señor dirá: "No sé de dónde sois".

9. No solo los santos del pueblo judío esperaban profetizando la venida de Cristo, sino que también hubo en las naciones muchos hombres santos que tenían el don de la profecía, a quienes Cristo era revelado por el Espíritu Santo, y por quienes se esperaba su venida, como Job, como Balaam, quienes ciertamente predijeron la venida de Cristo.

10. La conversión de las naciones estaba oculta al pueblo antiguo, pero estaba en el consejo de Dios que se hiciera; y entonces los santos profetas, ocultamente por el Espíritu Santo, predicaban la venida de Cristo, como dice el profeta: "Cuando se acercaron los años, serás conocido; cuando llegue el tiempo, serás mostrado". Ahora se revela claramente lo que entonces estaba oculto a los carnales, pero era conocido por los espirituales, aunque aún no se decía manifestamente, porque no era el tiempo de la manifestación.

CAPÍTULO XVI. Sobre la Iglesia y las herejías.

1. La belleza de la Iglesia es doble: una que aquí se consigue viviendo bien; otra, por la cual allí será glorificada por la retribución.

2. Existen para la Iglesia, por causa de Cristo, dos tipos de tribulaciones, es decir, las que sufrió de los paganos en los mártires, y las que sufre de los herejes en diversas contiendas. Pero supera ambas por la gracia de Dios, en parte soportando, en parte resistiendo.

3. La santa Iglesia católica, así como tolera pacientemente a los que viven mal en su seno, así rechaza a los que creen mal.

4. La santa Iglesia se esfuerza en oponer sabiduría y paciencia contra la obstinación de los gentiles y herejes; pero su sabiduría se ejercita cuando es tentada con palabras; su paciencia se ejercita cuando es tentada con espadas. Pues ahora es atacada por persecuciones, ahora es provocada por falsas afirmaciones.

5. La causa de la propagación de doctrinas heréticas es la Iglesia; pues antes solo florecía con una fe simple. Por la ocasión de los herejes, se propagaron los doctores en la fe, y a través de las sutilezas de las herejías, crecieron los maestros de la Iglesia. Pues la afirmación de la verdad se manifiesta más claramente cuando se revela cualquier disensión.

6. La Santa Iglesia se llama católica porque está universalmente difundida por todo el mundo. Las iglesias de los herejes están confinadas en partes del mundo, mientras que esta se expande por todo el orbe, como atestigua el apóstol Pablo: Doy gracias a mi Dios por todos vosotros, porque vuestra fe es anunciada en todo el mundo. Las herejías, sin embargo, se encuentran en algún rincón del mundo o en una sola nación. La Iglesia católica, así como se extiende por todo el mundo, también se construye con la sociedad de todos los gentiles.

7. ¿Quiénes son los herejes, sino aquellos que, dejando la Iglesia de Dios, eligieron sociedades privadas? De ellos dice el Señor: Dos males ha hecho mi pueblo, me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas que no pueden contener agua.

8. ¿Por qué se produce la herejía? Para el ejercicio de la fe. El camino por el cual se produce es la oscuridad de las Escrituras divinas, en las que los herejes, al estar en tinieblas, entienden algo diferente de lo que es; y no pueden ser, porque lo que son las herejías, ya no son. Pues al pensar mal no adquieren conocimiento, ya que tienden a la nada.

9. Los herejes aprenden sus mentiras con gran estudio y se esfuerzan vehementemente para no venir a la unidad de la Iglesia: de ellos se dice adecuadamente por el profeta: Enseñaron su lengua a hablar mentira, y trabajaron para actuar inicualemente.

10. Mientras los herejes se desgarran mutuamente, cuando se inducen unos a otros a sus propias sectas, sin embargo, se enfrentan entre sí de tal manera que luchan contra la Iglesia con el mismo espíritu de error. Y aquellos que están divididos entre sí, en la adversidad de la Iglesia están juntos como uno; y a aquellos que, porque las herejías parecen tener tanta fuerza, se les debe responder: No por eso deben preferirse las enfermedades a la salud, porque a menudo ocupan el mundo de tal manera que dejan poco lugar para la salud.

11. No pueden los herejes obtener el perdón, sino a través de la Iglesia católica, como consta, así como los amigos de Job no pudieron aplacar a Dios por sí mismos, a menos que Job ofreciera un sacrificio por ellos.

12. Las buenas obras que hacen los herejes y su justicia no les aprovechan, como testifica el Señor por Isaías: Porque te has olvidado de mí, he aquí que anunciaré tu justicia, y tus obras no te aprovecharán.

13. Los herejes, aunque cumplan la ley y los profetas, sin embargo, por no ser católicos, Dios no está en sus asambleas; como testifica el mismo Señor: Aunque Moisés y Samuel se presenten ante mí, mi alma no está con este pueblo. Échalos de mi presencia, y salgan. Por Moisés y Samuel se entiende la ley y los profetas, que aunque los herejes se esfuercen por cumplir en obra, por la impiedad del error son arrojados de la presencia de Dios y separados de las asambleas de los justos.

14. Pagano y hereje: aquel que nunca estuvo con el pueblo de Dios; este, porque se apartó del pueblo de Dios; ambos, al apartarse de Cristo, pertenecen al cuerpo del diablo.

15. Los que pasan de la idolatría al judaísmo o a la herejía, según el profeta, han salido de mal en mal, y no han conocido al Señor, porque han pasado del error de la infidelidad a otro error.

16. De quienquiera que siga la doctrina, de este también es llamado hijo, como dice el Señor por el profeta que Israel tiene por padre al amorreo y por madre a la getea, no por nacimiento, sino por imitación. Así también, en la mejor parte, son llamados hijos de Dios aquellos que guardan los preceptos de Dios. Por lo tanto, nosotros clamamos a Dios no por naturaleza, sino por adopción, diciendo: Padre nuestro, que estás en los cielos.

17. No solo por nacimiento, sino también por imitación, se puede llamar hijos de alguien. Pues los judíos, según la carne, son hijos de Abraham; según la conducta, son llamados hijos del diablo; y por lo tanto, son la descendencia de Abraham aquellos que imitan su fe, no los que son engendrados de su carne.

18. De algunos se toma tanto el nombre como la culpa del autor del error, para que sean considerados por el nombre de aquel cuyo error siguen, como se dice a la Iglesia de Pérgamo en el Apocalipsis: Tienes a los que sostienen la doctrina de Balaam y Jezabel; por lo tanto, se dice que Tiatira tiene la doctrina de Balaam, por imitación, no por presencia corporal.

CAPÍTULO XVII. De las naciones.

1. Los filósofos de las naciones, al no buscar a Dios como debían, cayeron en ángeles transgresores; y el diablo se convirtió en su mediador hacia la muerte, como Cristo lo es para nosotros hacia la vida.

2. Los filósofos del mundo son muy alabados en la dimensión de los tiempos, el curso de los astros y la discusión de los elementos; y sin embargo, esto no lo tuvieron sino de Dios. Pues volando con soberbia, como aves, describieron el aire; y sumergiéndose en lo profundo, como peces, el mar; y caminando como bestias, la tierra; sin embargo, no quisieron entender con toda su mente a su Autor.

3. ¿Por qué no pueden interrogar a los animales brutos? Porque no saben razonar. Por eso, los hombres gentiles no fueron diferentes de los animales; que al no considerar tales cosas, y amándolas más hasta su culto, se desvanecieron.

4. Cristo es el camino; si alguien no camina en él, no hay manera de llegar a Dios. Los filósofos del mundo ciertamente conocieron a Dios, pero porque les desagradó la humildad de Cristo, se desviaron y no en el camino. Por lo tanto, desvaneciéndose, cambiaron la gloria de Dios en mentira, y dejando la rectitud del camino, cayeron en los laberintos de los errores.

5. Lo primero para cada uno es saber qué desea; lo segundo es que lo que desea lo alcance. La sabiduría es imperfecta si se sabe a dónde se tiende, pero no se sabe el camino por el cual conviene ir. ¿De qué sirve si alguien en tiempo de hambre ve una región de abundancia, pero ignora el camino por el cual llegar a ella? He aquí que cada uno busca la patria, pero quien pierde el camino camina errando, no avanzando; cuanto más camina, más se aleja de lo que busca.

6. Quien abandona el camino real, es decir, a Cristo, aunque vea la verdad, la ve de lejos, porque a menos que sea por el camino, no hay manera de acercarse a ella. Y si caminando por el desierto encuentra un león, se reproche a sí mismo, mientras queda atrapado en las fauces del diablo.

CAPÍTULO XVIII. De la ley.

1. El camino por el cual se va a Cristo es la ley, por la cual van a Dios aquellos que la entienden como es.
2. La profundidad de las Sagradas Escrituras es como montes de pasto (Salmo VI), a los cuales cuando cada uno de los justos asciende, se regocija al encontrar la restauración de un pasto inagotable.
3. En las sagradas escrituras, como en montes elevados, los hombres perfectos tienen sublimes inteligencias, con las cuales levantan los pasos de la contemplación como ciervos, y los simples, como pequeños animales, encuentran pequeños entendimientos, a los cuales humildemente se refugian.
4. La escritura sagrada parece humilde en palabras para los débiles y pequeños de entendimiento, según la historia, pero con los hombres más excelentes avanza más alto, mientras les revela sus misterios, y por lo tanto permanece común para ambos, pequeños y perfectos.
5. La escritura sagrada varía según la inteligencia de cada lector, como el maná, que al pueblo antiguo daba un sabor variado según el deleite de cada uno. Según la capacidad de los sentidos, la palabra del Señor se adapta a cada uno. Y aunque sea diversa según el entendimiento de cada uno, en sí misma permanece una.
6. Por eso en los libros sagrados se encuentran algunas cosas oscuras y otras claras, para que se aumente el entendimiento y el estudio del lector. Pues si todo fuera evidente, al ser comprendido de inmediato, se volvería vil. Por otro lado, si todo estuviera cerrado, generaría desconfianza. Para que no haya desesperación por lo oscuro, lo que es manifiesto satisface; y para que no haya hastío por lo comprendido, lo que está cerrado excita el deseo. Pues muchas cosas cuanto más ocultas están, más ejercicio proporcionan.
7. En las Sagradas Escrituras a menudo se narran como hechos las cosas que han de venir, como aquello: Dieron en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre. Pero ¿por qué se escriben las cosas futuras como pasadas, sino porque lo que aún ha de hacerse en obra ya está hecho en la predestinación divina? Por lo tanto, nos suceden temporalmente las cosas que al Creador de todo se le proveen sin tiempo.
8. Por eso la profecía de las cosas futuras mezcla hechos presentes, para que se crean aquellas futuras, así como estas se ven cumplidas. Según su costumbre, habla de lo futuro a través de lo presente, como en la persona de Jerusalén sobre la Iglesia, y como en la persona de Efraín sobre los herejes.
9. Por los hechos divinos a menudo se ponen palabras; por eso, porque Dios no obra con operación de manos, sino con el imperio de decir, como está escrito: Dijo, y fue hecho; mandó, y fueron creadas.
10. Que en las Escrituras sagradas una sentencia se repita dos veces, es por causa de confirmación o de misterio, como la ley y la gracia, como el principio y la perfección, como el bien y el mejor.

11. La ley divina se distingue en tres partes: en historia, en preceptos y en profecía. La historia está en lo que se ha hecho, los preceptos en lo que se ha mandado, la profecía en lo que se ha predicho que sucederá.

12. La ley divina debe ser entendida de tres maneras. Primero, históricamente; segundo, tropológicamente; tercero, místicamente. Históricamente según la letra, tropológicamente según la ciencia moral, místicamente según la inteligencia espiritual. Por lo tanto, así como históricamente se debe mantener la fe, también debemos interpretarla moralmente y entenderla espiritualmente.

13. Tres y siete son diez preceptos; pero tres pertenecen al amor de Dios, siete a los hombres. Aquellos tres que pertenecen a Dios fueron escritos en una tabla, los otros siete en la segunda. En la primera tabla de los tres mandamientos, el primero es: Amarás al Señor tu Dios. En la segunda: Honra a tu padre y a tu madre.

14. De ahí que el Salvador al escribir que le preguntaba cuál es el primer mandamiento en la ley, dijo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios, este es el primero. El segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Dijo un mandamiento de la primera tabla, que pertenece al amor de Dios; el otro de la otra tabla, que pertenece al amor del hombre.

CAPÍTULO XIX. De las siete reglas.

1. Algunos sabios han dicho que hay siete reglas entre otras de las locuciones de las Sagradas Escrituras.

2. La primera regla es sobre el Señor y su cuerpo, que habla de uno o a uno, y en una persona, a veces muestra la cabeza, a veces el cuerpo, como dice Isaías: Me ha vestido con vestidura de salvación, como un esposo adornado con corona, y como una esposa adornada con sus joyas. En una persona con doble vocablo nombrada, manifestó la cabeza, es decir, el esposo, y la Iglesia, es decir, la esposa.

3. Por lo tanto, se debe notar en las Escrituras cuando se describe especialmente la cabeza, cuando tanto la cabeza como el cuerpo; o cuando se pasa de uno a otro, o de uno a otro, y así el lector prudente entienda qué conviene a la cabeza y qué al cuerpo.

4. La segunda regla es sobre el cuerpo verdadero y mixto del Señor. Pues se debe ver que algunas cosas convienen a una sola persona, que sin embargo no son de una sola, como aquello: Tú eres mi siervo, Israel, he aquí que he borrado, como nube, tus iniquidades, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, y te redimiré. Esto no concuerda con uno solo.

5. Pues una parte es a la que le borró los pecados, y a la que dice: Tú eres mi siervo. Y otra a la que dijo: Vuélvete a mí, y te redimiré. Si se convierten, sus pecados son borrados. Por esta regla, así habla la Escritura a todos, para que los buenos sean reprendidos con los malos, y los malos sean alabados por los buenos. Pero lo que corresponde a cada uno, lo aprenderá quien lea prudentemente.

6. La tercera regla es sobre la letra y el espíritu, es decir, sobre la ley y la gracia: la ley, por la cual se nos amonesta a hacer los preceptos; la gracia, por la cual se nos ayuda a obrar. O que la ley no solo debe ser entendida históricamente, sino también espiritualmente. Pues tanto históricamente se debe mantener la fe, como espiritualmente entender la ley.

7. La cuarta regla es sobre la especie y el género, por la cual se toma una parte por el todo, y el todo por una parte, como si Dios hablara a una sola nación o ciudad, y sin embargo se entienda que afecta a todo el mundo, como en los Salmos: Y le adorarán, dice, las hijas de Tiro con presentes. Las hijas de Tiro, las hijas de las naciones, de la especie al género; pues por Tiro, entonces vecina a esta tierra donde estaba la profecía, significaba a todas las naciones que creerían en Cristo.

8. Por eso bien sigue: Su rostro suplicarán todos los ricos de la tierra. Así también por el profeta Isaías, mientras el Señor amenaza contra Asiria, diciendo: Quebrantaré al asirio en mi tierra, y en mis montes lo pisotearé. Y Babilonia, aquella gloriosa, y célebre entre los reinos, será como cuando el Señor destruyó a Sodoma y Gomorra. Pues aunque el Señor amenace a través del profeta Isaías contra una sola ciudad, Babilonia, sin embargo, mientras habla contra ella, pasa del género a la especie, y convierte el discurso general contra todo el mundo.

9. Ciertamente, si no hablara contra todo el orbe, no añadiría después generalizando: Y destruiré toda la tierra, y visitaré sobre el orbe las maldades, y las demás cosas que siguen pertenecientes a la destrucción del mundo; por eso añadió: Este es el consejo que he pensado sobre toda la tierra, y esta es su mano extendida sobre todas las naciones.

10. Asimismo, mientras bajo la persona de Babilonia acusa al mundo entero, diciendo: Destruiré toda la tierra, y visitaré sobre el orbe las maldades, y las demás cosas que siguen, pertenecientes a la destrucción del mundo; de nuevo regresa a la misma como de género a especie, diciendo lo que le ocurrió especialmente a esa ciudad: He aquí que yo levantaré sobre ellos a los medos. Pues reinando Belsasar, Babilonia fue tomada por los medos.

11. Así también la carga de Egipto bajo su persona quiere entender todo el mundo, diciendo: Y haré que los egipcios se enfrenten unos a otros, reino contra reino, cuando se escribe que Egipto no tenía muchos reinos, sino uno solo.

12. La quinta regla es sobre los tiempos, por la cual se introduce una parte mayor del tiempo por una parte menor, o una parte menor del tiempo por una parte mayor, como es sobre los tres días de la sepultura del Señor, cuando no estuvo en el sepulcro tres días y noches completos, pero sin embargo se toma el todo por la parte.

13. También la parte por el todo, como aquello: Y serán los días de la vida del hombre ciento veinte años, cuando solo se encuentran cien hasta el diluvio, desde que esto fue establecido por el Señor; o como aquello, que Dios había predicho que los hijos de Israel servirían en Egipto cuatrocientos años, y así saldrían de allí: que sin embargo no sirvieron cuatrocientos años, porque, bajo el dominio de José, dominaron Egipto; donde de nuevo se añade el todo por la parte, porque no salieron inmediatamente después de cuatrocientos años, como había sido prometido, sino que, cumplidos cuatrocientos treinta, se retiraron de Egipto.

14. A esta regla de los tiempos pertenecen también aquellas cosas que, mientras aún son futuras, se narran como ya hechas, como aquello: Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos; y dividieron entre sí mis vestiduras, y cosas similares. En las cuales las cosas que aún debían hacerse ya se narran como hechas.

15. Pero cuando se pronuncia que algo debe hacerse, se dice según nosotros; cuando lo que ha de venir ya se dice hecho, se debe entender según la eternidad de Dios, porque lo que para nosotros aún es futuro, en la predestinación de Dios ya está hecho, en quien todo está hecho lo que ha de venir.

16. La sexta regla es sobre la recapitulación. La recapitulación es cuando la Escritura regresa a aquello cuya narración ya había pasado, como cuando la Escritura había mencionado a los hijos de los hijos de Noé, dijo que estaban en sus lenguas y naciones, y sin embargo después, como si esto también siguiera en el orden de los tiempos: Y era, dice, toda la tierra de un solo labio, y una sola voz para todos (Gén. XI, 1). ¿Cómo entonces estaban según sus naciones y sus lenguas, si había una sola lengua para todos, sino porque la narración recapitulando ha regresado a aquello que ya había pasado?

17. La recapitulación es cuando las causas de las cosas pasadas se mezclan con los hechos futuros, como también en el Génesis, cuando dice que el hombre fue hecho el sexto día, de nuevo recapitula diciendo que fue formado: Dios formó al hombre a su imagen (Gén. II, 7). Y también donde, después de haber completado todas las obras, dice que Dios descansó el séptimo día, recapitulando añade: Estas son las generaciones del cielo y la tierra, cuando fueron creados, en el día en que Dios creó el cielo y la tierra, y toda planta del campo, antes de que brotara sobre la tierra. Pues aún no había llovido el Señor Dios sobre la tierra, y no había hombre que trabajara la tierra; sino que un manantial subía de la tierra regando toda la superficie de la tierra. Todas estas cosas recapitulando se enlazan en la serie de la narración con los hechos futuros; aunque dentro de seis días también estas parecen haber sido realizadas.

18. La séptima regla es sobre el diablo y su cuerpo, porque a menudo se dicen de su cabeza cosas que más bien convienen a su cuerpo; a menudo, sin embargo, parecen dichas de sus miembros, y no convienen sino a la cabeza. Como en Isaías, donde después de haber dicho muchas cosas contra Babilonia, es decir, contra el cuerpo del diablo, de nuevo deriva la sentencia del oráculo a la cabeza, es decir, al diablo, diciendo: ¿Cómo caíste del cielo, lucero, hijo de la mañana? (Isaías XIV, 12).

19. En efecto, por el nombre del cuerpo se entiende la cabeza, como en el Evangelio sobre la cizaña mezclada con el trigo, cuando el Señor dice: "Un enemigo ha hecho esto" (Mateo XIII, 28), llamando al diablo mismo hombre, y por el nombre de la cabeza se significa el cuerpo, como se dice en el Evangelio: "A vosotros doce os elegí, pero uno de vosotros es un diablo" (Juan VI, 71); indicando a Judas, porque fue cuerpo del diablo. El ángel apóstata es la cabeza de todos los inicuos, y el cuerpo de esta cabeza son todos los inicuos. Así, con sus miembros es uno, de modo que a menudo lo que se dice a su cuerpo se refiere más bien a él; y de nuevo lo que se dice a él, se deriva a sus miembros.

CAPÍTULO XX. De la diferencia de los Testamentos.

1. Algunos no aceptan el Antiguo Testamento porque en tiempos antiguos se hacía una cosa y en el nuevo se hace otra. No entienden que Dios, con una gran distribución, concedió a cada tiempo lo que le convenía: como en la ley manda el matrimonio (Deuteronomio XXV), en el Evangelio recomienda la virginidad (Mateo XIX); en la ley quitar ojo por ojo (Deuteronomio XIX), en el Evangelio ofrecer la otra mejilla al que golpea (Mateo V).

2. Pero aquello era para un pueblo frágil en su tiempo, y esto para el perfecto, acomodando a cada uno lo que le convenía en su tiempo. Y sin embargo, por este cambio no se debe creer que Dios es mutable, sino más bien se debe proclamar admirable, porque permaneciendo inmutable, concedió con gran distribución lo que fue conveniente para cada tiempo (como hemos dicho).

3. Bajo el Antiguo Testamento, los pecados eran de menor culpa, porque en él no estaba la verdad misma, sino la sombra de la verdad. Pues en el Nuevo Testamento, con preceptos más altos, se nos manda abandonar ciertas cosas que en aquel pueblo servían como sombras de la verdad. Allí, por ejemplo, la fornicación y la retribución de injurias estaban permitidas y no dañaban; pero en el Nuevo Testamento, si se cometen, son condenadas con grave advertencia.

CAPÍTULO XXI. Del símbolo y la oración.

1. El símbolo de la fe y la oración del Señor son suficientes para los pequeños de la Iglesia para alcanzar los reinos celestiales. Pues toda la amplitud de las Escrituras se concluye en la misma oración del Señor y en la brevedad del símbolo. Por eso el profeta Isaías dice: "He oído una abreviación del Señor Dios de los ejércitos sobre toda la tierra. Prestad atención y escuchad mi palabra" (Isaías V, 23).

2. Pero esta abreviación se entiende, o bien por lo que el Señor dice: "Toda la ley y los profetas dependen de dos preceptos de amor a Dios y al prójimo"; o bien por la misma brevedad de la Oración del Señor o del símbolo, en los cuales (como se ha dicho) vemos que toda la amplitud de las Escrituras se reduce.

CAPÍTULO XXII. Del bautismo y la comunión.

1. Solo la Iglesia católica tiene el bautismo para la salvación, como testifica el profeta Zacarías: "En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y los habitantes de Jerusalén, para la ablución del pecador y de la menstruante" (Zacarías XIII, 1). La casa de David y Jerusalén es la Iglesia de Cristo, en la cual mana la fuente para la ablución de los pecados. Los herejes, sin embargo, solo lo hacen con una ostentación imaginaria; por eso, a ellos el bautismo no se les da para la remisión de los pecados, sino como testimonio de castigo.

2. Solo por la culpa original sufren penas en el infierno los infantes recién nacidos, si no han sido renovados por el lavacro. Por lo tanto, cuando se condena al infante recién nacido, si no es regenerado, es porque se le destruye por la nocividad de su origen.

3. ¿Por qué los pequeños, que carecen del pecado original, son lacerados por bestias y otras penas, aunque aún no tienen delito propio? Esta es la causa: el bautismo libera de la pena eterna, no del castigo de la vida presente. Si los hombres fueran liberados del castigo presente por el bautismo, se pensaría que el premio del bautismo es este, y no el eterno. Por lo tanto, una vez absuelta la culpa del pecado, permanece sin embargo cierta pena temporal, para que se busque con más fervor aquella vida que estará libre de todas las penas.

4. Ningún fiel niega que incluso después del bautismo, por el cual se borran los pecados, debemos convertirnos a Dios diariamente, mientras estemos en este mundo. Aunque esto debe hacerse sin interrupción cada día, nunca será suficiente haberlo hecho.

5. Los que están en los vientres maternos no pueden ser bautizados con la madre, porque quien aún no ha nacido según Adán, no puede renacer según Cristo. Pues no se puede decir regeneración en quien no ha precedido la generación.

6. Los que no viven dentro de la Iglesia según la dignidad de la Iglesia, sino que destruyen con obras la fe que profesan con palabras, de ellos se lee: "Se han multiplicado más allá del número" (Salmo XXXIX, 6), para que entiendas, en el reino de los predestinados.

7. Los que viven de manera perversa en la Iglesia y no dejan de comulgar, pensando que se purifican con tal comunión, deben aprender que no les aprovecha nada para su purificación, como dice el profeta: "¿Qué es lo que mi amado ha hecho en mi casa, cometiendo muchos crímenes? ¿Acaso las carnes santas quitarán de ti tus maldades?" (Jeremías XI, 15). Y el Apóstol: "Examínese, dice, el hombre a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz" (I Corintios XI, 28).

CAPÍTULO XXIII. Del martirio.

1. El siervo de Dios no se quiebra por ninguna adversidad, sino que se ofrece voluntariamente al combate por la defensa de la verdad, y nunca desconfía por la verdad.

2. A menudo se eligen discípulos para el martirio, que preceden a sus maestros a la corona; y los que son últimos en orden, a veces se convierten en los primeros en el combate.

3. El hombre santo debe ofrecerse voluntariamente al combate de la justicia; pero viendo el fruto abundante del combate, no debe declinar el peligro del trabajo. Si el trabajo es mayor que el lucro de las almas, debe evitarse el trabajo que acompaña un mínimo aumento. Pues el Apóstol hizo ambas cosas, se entregó voluntariamente a los peligros donde vio un gran lucro de almas; y sabiamente se abstuvo del peligro donde percibió que el trabajo era mayor que el lucro. Pablo se ofreció voluntariamente a los peligros en Éfeso, porque vio más lucro en el peligro. Pero en Damasco se sustrajo del peligro porque no consideró que hubiera fruto en ese peligro.

4. Aprende cómo alguien debe ofrecerse voluntariamente al martirio, o cómo, según la sentencia de Dios, debe ser ceñido por otro y llevado donde no quiere, a menos que, por la gloria futura del combate, el justo se regocije, y por la violencia de la pasión, rehúse someterse a lo que duele.

5. Toma un ejemplo de cómo abordar el martirio bajo la trepidación del uso de la guerra, en la que alguien ejercitado en la batalla aborda el combate con audacia y se mueve con cautela por temor.

6. También toma un ejemplo de martirio de la reparación del cuerpo humano para la salud; mientras alguien se regocija por la esperanza de la reparación, y se lamenta por las incisiones como por pociones amargas.

CAPÍTULO XXIV. De los milagros de los santos.

1. Aunque a los apóstoles se les dio el poder de los signos para nutrir la fe de las naciones, a la Iglesia se le dio el poder de las obras para adornar la misma fe. Y sin embargo, en los mismos apóstoles, era más admirable el poder de las obras que el poder de los signos. Así también ahora en la Iglesia es más importante vivir bien que hacer signos.

2. La razón por la que ahora la Iglesia no hace los mismos milagros que hacía bajo los apóstoles es porque entonces era necesario que el mundo creyera por los milagros, pero ahora ya creyente debe resplandecer por las buenas obras. Pues entonces se hacían signos exteriores para que la fe se fortaleciera interiormente.

3. Ahora, quienquiera que busque milagros en la fe, busca la vana gloria para ser alabado. Pues está escrito: "Las lenguas son un signo, no para los fieles, sino para los infieles" (I Corintios XIV, 22). He aquí, el signo no es necesario para los fieles, que ya han creído, sino

para los infieles, para que se conviertan. Pues Pablo, por la incredulidad de los no creyentes, cura al padre de Publio de la fiebre con virtudes (Hechos XXVIII, 8), pero al fiel Timoteo enfermo, no lo trata con oración, sino medicinalmente, para que sepas que los milagros se hacen para los incrédulos, no para los fieles.

4. Antes de que aparezca el Anticristo, cesarán las virtudes y los signos de la Iglesia, para que la persiga con más audacia como si fuera más despreciable. Por esta utilidad cesarán bajo el Anticristo los milagros y las virtudes de la Iglesia, para que por ello se manifieste la paciencia de los santos y la ligereza de los réprobos que se escandalizarán, y se haga más feroz la audacia de los perseguidores.

CAPÍTULO XXV. Del Anticristo y sus signos.

1. Todo aquel que no vive según la norma de la profesión cristiana o enseña de otra manera, es Anticristo.

2. Sin embargo, muchos no verán los tiempos del Anticristo, y sin embargo se encontrarán en los miembros del Anticristo.

3. Antes de que venga el Anticristo, muchos de sus miembros lo han precedido, y por el mérito de su acción perversa han anticipado a su propia cabeza, según la sentencia del Apóstol, quien afirma que el misterio de la iniquidad ya está operando, incluso antes de que se revele (II Tesalonicenses II, 7).

4. La magnitud de los signos hará que bajo el Anticristo los elegidos, si es posible, sean llevados al error (Mateo XXIV, 24). Pero si son elegidos, ¿cómo serán llevados al error? Por lo tanto, irán al error de la titubeación por un breve tiempo ante la multitud de prodigios, pero no serán derribados de su estabilidad por el impulso de los terrores y los signos. Por eso se dice "si es posible", porque los elegidos no pueden perecer, sino que pronto corregirán el error del corazón con la religión: sabiendo que el Señor ha predicho que cuando los adversarios hagan esto, los santos no se turben.

5. El Anticristo hará prodigios y signos tan maravillosos que incluso a los elegidos les surgirá cierta duda en el corazón, que sin embargo pronto superará en ellos la razón, por la cual sabrán que esos signos se hacen para la decepción de los réprobos y la prueba de los elegidos. En ese tiempo, los santos serán gloriosos por la paciencia, no por los milagros, como lo fueron los primeros mártires. Pues ellos soportarán tanto a los perseguidores como a los que hacen prodigios. Por lo tanto, soportarán una guerra más dura, porque no solo lucharán contra los perseguidores, sino también contra los que resplandecen con milagros.

6. En los tiempos del Anticristo, la Sinagoga se ensañará más gravemente contra la Iglesia que en el mismo advenimiento del Salvador persiguió a los cristianos.

7. Cuando el diablo ya haya ejercido gran crueldad incluso estando atado, será más cruel en los tiempos del Anticristo, cuando también será desatado. Pues si tanto hizo estando atado, ¿cuánto más hará estando desatado?

8. Cuanto más cerca ve el diablo el fin del mundo, tanto más cruelmente ejerce persecuciones, para que, al ver que será condenado pronto, multiplique sus compañeros con los que será condenado a los fuegos del infierno.

9. Cuanto menos tiempo ve el diablo que le queda para ser condenado, tanto más se mueve con gran ira de persecución, permitiéndolo la justicia divina, para que los elegidos sean glorificados, los inicuos se ensucien, y para que crezca más dura la sentencia de condenación para el diablo.

CAPÍTULO XXVI. De la resurrección.

1. El inicio de la paz de los santos es en esta vida, no la perfección. Pero entonces será la plenitud de la paz, cuando, absorbida la debilidad de la carne, se fortalezcan en la contemplación de Dios.

2. La resurrección de los muertos, como dice el Apóstol, será en un hombre perfecto, en la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios IV, 13); en la edad de la juventud, que no necesita progreso, y sin inclinación de defecto, en perfección por ambas partes, es plena y robusta.

3. Aunque ahora los hombres fieles son llamados hijos de Dios (Romanos VIII, 14), sin embargo, por el hecho de que aún sufren esta servidumbre de corrupción, están sujetos al yugo de la servidumbre, y recibirán la plena libertad de los hijos de Dios, cuando "esto corruptible se vista de incorrupción" (I Corintios XV, 53).

4. Ahora Dios se conoce a través de un espejo, pero en el futuro cada elegido se presentará cara a cara, para contemplar la misma apariencia que ahora intenta ver a través del espejo (I Corintios XIII, 12).

5. En esta vida se dice que se completa el número de los elegidos que pertenecen a la derecha, y de los réprobos que irán a la izquierda, en la Iglesia de Dios; pero al final del siglo, como la cizaña se separa del trigo.

CAPÍTULO XXVII. Del juicio.

1. Cristo conoce el día del juicio, pero en el Evangelio no quiso decirlo ni que los discípulos lo supieran. Pues cuando el mismo Señor dice por el profeta: "El día de la venganza está en mi corazón" (Isaías LXIII, 4), indica que no lo ignora, sino que no quiere indicarlo.

2. El juicio comienza por la casa del Señor, como está escrito (I Pedro IV, 17), cuando los elegidos, es decir, la casa de Dios, son juzgados aquí por los azotes. Los impíos, sin embargo, serán juzgados allí para condenación. Por eso sigue: "Si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que no creyeron?"

3. En el examen estricto del juez, ni siquiera la justicia del justo está segura, sino por la piedad divina, para que también la justicia, por la cual alguien es justo, sea justificada por Dios. De lo contrario, ante Dios, incluso eso es pecado. Por eso dice Job: "El consume al inocente y al impío". El inocente es consumido por Dios cuando su inocencia, más claramente examinada y comparada con la divina, no es nada, a menos que también allí el hombre sea justificado por la piedad de la misericordia divina. El impío también es consumido por Dios cuando, al ser examinada la sutileza del juicio divino, se descubre su impiedad y es juzgada y condenada.

4. El inocente y el impío son consumidos juntos al final de la carne, no por la pena de condenación.

5. Tanto el sabio como el ignorante mueren, pero por la muerte de la carne, no por la pena de condenación. Todos van al mismo lugar, cuando por la muerte corporal el justo y el impío vuelven a la tierra (Eclesiastés II, 16; III, 20). Sin embargo, la retribución es diferente, como dice el mismo Salomón: "¿Qué más tiene el sabio que el necio, sino que va allí donde está la vida?" (Eclesiastés VI, 8). Por lo tanto, todos vuelven a la tierra por igual. Pero no van por igual donde está la vida.

6. El impío es castigado con una doble sentencia, ya sea aquí por sus méritos, golpeado con ceguera de mente para que no vea la verdad; o será condenado al final para pagar las penas debidas.

7. El juicio divino es doble: uno por el cual los hombres son juzgados aquí y en el futuro; otro, por el cual son juzgados aquí para que no sean juzgados allí. Por lo tanto, para algunos la pena temporal sirve para la purificación; para otros, aquí comienza la condenación y allí se espera la perdición completa.

8. En el juicio, los réprobos verán la humanidad de Cristo, en la cual fue juzgado, para que se lamenten, pero no verán su divinidad, para que no se alegren. Pues a quienes se les muestra la divinidad, ciertamente se les muestra para gozo.

9. Por la diversidad de conciencias, Cristo aparecerá en el juicio tanto manso para los elegidos como terrible para los réprobos. Pues tal como sea la conciencia que alguien lleve, tal será el juicio que tendrá; de modo que, permaneciendo Cristo en su tranquilidad, solo aparecerá terrible a aquellos a quienes la conciencia acusa en el mal.

10. Hay dos diferencias u órdenes de hombres en el juicio, es decir, de los elegidos y de los réprobos; que sin embargo se dividen en cuatro. Un orden de los perfectos es aquel que juzga con el Señor, y otro que es juzgado; ambos, sin embargo, reinarán con Cristo. De manera similar, el orden de los réprobos se divide en dos, mientras que los que están dentro de la Iglesia son malos y serán juzgados y condenados; los que se encuentran fuera de la Iglesia no serán juzgados, sino solo condenados.

11. Por lo tanto, el primer orden de aquellos que son juzgados y perecen se opone a aquel orden de los buenos de los que son juzgados y reinan. El segundo orden de aquellos que no son juzgados y perecen se opone a aquel orden de los justos en el que están aquellos que no son juzgados y reinan. El tercer orden de aquellos que son juzgados y reinan es contrario a aquel orden de los que son juzgados y perecen. El cuarto orden de aquellos que no son juzgados y reinan se opone a aquel orden contrario en el que están aquellos que no son juzgados y perecen.

CAPÍTULO XXVIII. Del infierno.

1. Hay un doble castigo para los condenados en el infierno, cuya mente es quemada por la tristeza y su cuerpo por la llama, según la alternancia, para que quienes en mente tramaron lo que realizarían con el cuerpo, sean castigados tanto en el alma como en el cuerpo.

2. El fuego del infierno tiene luz para algo, pero no para otra cosa; es decir, tiene luz para la condenación, para que los impíos vean de qué dolerse; y no tiene luz para el consuelo, para que no vean de qué alegrarse.

3. Se hace una comparación adecuada del horno de los tres jóvenes como ejemplo del fuego del infierno. Pues así como aquel fuego no ardió para el castigo de los tres jóvenes, y ardió

para quemar las ligaduras de sus ataduras, así el fuego del infierno brillará para los miserables para aumentar sus penas, para que vean de qué dolerse, y no brillará para el consuelo, para que no vean de qué alegrarse.

4. Hay mucha diferencia entre la miseria de esta vida y la infelicidad futura. Allí hay miseria por la tortura de los dolores, y tinieblas por la aversión de la luz: de las cuales una está en esta vida, es decir, la miseria, la otra no está; en el infierno, sin embargo, ambas están.

CAPÍTULO XXIX. De los castigos de los impíos.

1. Así como los haces de leña se recogen de semejantes para la combustión (Mateo XIII, 30), así en el día del juicio los culpables de culpa similar se unirán a sus semejantes, para que la pena los ate por igual como en un haz a aquellos que la acción hizo semejantes en el mal.

2. Así como cada santo será glorificado en el juicio futuro por la cantidad de virtudes, así también cada impío será condenado por la cantidad de crímenes; y no faltará en el castigo futuro el orden de la condenación, sino que, según la calidad de los crímenes, habrá una discreción de las penas, como afirma el Profeta.

3. A los difuntos se les añade también el castigo de los sufrimientos de sus seres queridos, como predica el sermón evangélico sobre el rico en el infierno (Lucas XVI, 19); como para aumentar el castigo de Judas, también dice el salmo: "Que sus hijos sean movidos por la conmoción y mendiguen" (Salmo CVIII, 9).

4. Los impíos serán castigados más duramente en el juicio por el dolor de la mente, al ver que los justos han merecido la bienaventuranza de la gloria.

5. El diablo será precipitado a la vista de todos, cuando bajo la mirada de todos los buenos ángeles y hombres será arrojado al fuego eterno con aquellos que estarán de su parte.

6. Cuando el diablo sea eliminado para ser condenado, muchos elegidos, que se encontrarán en el cuerpo al venir el Señor al juicio, serán sacudidos por el miedo, viendo que el impío es castigado con tal sentencia: con este terror serán purificados, porque, si algo de pecado les queda aún del cuerpo, serán purificados por el mismo miedo al ver al diablo condenado. De ahí que Job diga: "Cuando sea eliminado, los ángeles temerán y, aterrados, serán purificados" (Job 41, 16).

7. Muchos pueden perecer de entre aquellos que ahora parecen ser elegidos y santos, como dice el profeta: "El Señor llamará al juicio al fuego, y devorará el abismo mucho, y consumirá parte de la casa". En efecto, parte de la casa será devorada, porque incluso el infierno absorberá a aquellos que ahora se glorían de estar en los preceptos celestiales; de los cuales el Señor dice: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, e hicimos muchas maravillas? Entonces les confesaré que nunca os conocí. Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad, no sé quiénes sois" (Mateo 7, 22-23).

CAPÍTULO XXX. De la gloria de los santos.

1. En el futuro, el corazón de los justos no se verá afligido por la compasión hacia los condenados, donde habrá tal gozo de los santos en la contemplación de Dios, que no se permitirá la entrada de la tristeza.

2. Así como el color blanco comparado con el negro se vuelve más hermoso, así también el descanso de los santos comparado con la condenación de los malvados será más glorioso.
3. Así crece la justicia frente a la injusticia, así la virtud frente al vicio. Por lo tanto, la gloria de los santos crecerá mientras los impíos sean castigados con la pena debida.
4. Después de la resurrección, a los santos en la carne se les ha prometido la ascensión a los cielos, como Cristo dice al Padre: "Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo" (Juan 17, 24). Pues si somos miembros de la cabeza, y Cristo es uno en sí mismo y en nosotros, ciertamente donde él ascendió, también nosotros ascenderemos.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I. De la sabiduría.

1. Todo el que es sabio según Dios es bienaventurado. La vida bienaventurada es el conocimiento de la divinidad. El conocimiento de la divinidad es la virtud de la buena obra. La virtud de la buena obra es el fruto de la eternidad.
2. El que es sabio según el mundo es necio según Dios. Por eso también el profeta dice: "Necio se ha hecho todo hombre por su ciencia" (Jeremías 10, 14).
3. Lo primero en el estudio de la ciencia es buscar a Dios, luego la honestidad de vida con la obra de la inocencia.
4. Nadie recibe plenamente la sabiduría de Dios, sino aquel que se esfuerza por apartarse de todo cuidado de acciones. Por eso está escrito: "La sabiduría del escriba se manifiesta en el tiempo de ocio, y el que disminuye en la acción, él la percibirá" (Eclesiástico 38, 25).
5. No alcanza la cima de la inteligencia quien sabe que no puede penetrar los secretos de Dios. Sin embargo, Dios se conoce correctamente cuando negamos que podemos conocerlo perfectamente.
6. A veces conviene ignorar ciertas cosas. Sin embargo, nadie está en mayor culpa que aquel que no conoce a Dios.
7. La investigación de la verdad es buscar de muchos, pero encontrar de pocos. Sin embargo, no deben investigarse aquellas cosas que están por encima de la inteligencia humana. Cualquier cosa que esté por encima del intelecto humano no debe buscarse. Debe reservarse al consejo divino, para que se crea que es justicia lo que ha complacido a la voluntad divina. Pues no puede ser injusto lo que complace al juez justo.
8. Toda sabiduría consiste en ciencia y opinión. Sin embargo, es mejor la sentencia que viene de la ciencia que la que viene de la opinión. Pues aquella es verdadera, esta es dudosa.
9. Pertenece al cúmulo de mayor culpa saber lo que se debe seguir y no querer seguir lo que se sabe. Por eso también el Señor dice: "El siervo que conoce la voluntad de su señor y no la hace, será azotado con muchos golpes" (Lucas 12, 47). Y Santiago: "Al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado" (Santiago 4, 17).
10. La simplicidad con pereza se llama necedad, pero la simplicidad con prudencia se llama sabiduría.

11. Es útil saber mucho y vivir rectamente. Pero si no podemos ambas cosas, es mejor seguir el estudio de vivir bien que el de saber mucho.

12. No pertenece a la consecución de la bienaventuranza la ciencia de las cosas, ni es bienaventurado saber mucho, sino que es grande vivir bienaventuradamente.

13. No aprovecha nada saber toda la prudencia con ignorancia de Dios, y no perjudica nada a los que conocen a Dios la ignorancia del mundo. Sin embargo, conoce perfectamente quien sabe más bien a Dios y estas cosas no por sí mismo, sino por Dios.

14. No perjudica a nadie si por simplicidad siente indignamente sobre los elementos, siempre que pronuncie la verdad sobre Dios. Pues aunque no pueda alguien disputar sobre las naturalezas incorpóreas y corpóreas, lo hace bienaventurado la vida recta con fe.

CAPÍTULO II. De la fe.

1. No se puede llegar a la verdadera bienaventuranza sino por la fe; pero es bienaventurado quien, creyendo rectamente, vive bien, y viviendo bien, guarda la fe recta.

2. Dios, si se cree, con razón se invoca y se busca; y por tanto, se le alaba perfectamente cuando se le invoca y se cree.

3. No solo se debe creer lo que discernimos con el sentido de la carne, sino más aún lo que contemplamos con el intelecto de la mente, es decir, a Dios. Sin fe, nadie puede agradar a Dios (Hebreos 11, 6): "Todo lo que no proviene de fe es pecado" (Romanos 14, 23).

4. La fe no se extorsiona por la fuerza, sino que se persuade por la razón y los ejemplos. De quienes se exige violentamente, no puede perseverar en ellos: como dice alguien, ejemplo del árbol joven, cuyo ápice, si alguien lo dobla violentamente, al soltarse, vuelve inmediatamente a lo que era.

5. Así como el hombre, creado con libre albedrío, se aparta de Dios por su propia voluntad, así por la conversión de su mente, creyendo, vuelve a Dios, para que se reconozca la libertad del albedrío por la propia voluntad, y el beneficio de la gracia por la verdad de la fe recibida.

6. Dios mira la fe en el corazón, donde los hombres no pueden excusarse, quienes simulan con la boca la profesión de la verdad y retienen en el corazón la impiedad del error.

7. Así como no aprovecha la fe que se retiene con la boca y no se cree con el corazón, así tampoco aprovechará la fe que se tiene en el corazón si no se profesa con la boca. Pues de tal fe el profeta reprende a algunos, diciendo: "Ha perecido la fe, ha sido quitada de su boca" (Jeremías 7, 28). La fe que se cree con el corazón se profesa para salvación con la confesión de la boca (Romanos 10, 10).

8. La fe sin obras es vacía, y se engaña en vano quien se halaga con la sola fe, si no se adorna con buenas obras.

9. Quien lleva la cruz debe también morir al mundo. Pues llevar la cruz y morir es mortificarse a sí mismo; llevarla y no morir es la simulación de los hipócritas.

10. Quienes tienen el conocimiento de Dios por la fe y se oscurecen con las obras, siguen el ejemplo de Balaam; quien, cayendo en la obra, tenía los ojos abiertos por la fe de la contemplación.

11. Los carnales buscan la fe no por virtud del alma, sino por conveniencia temporal. Por eso también el Señor dice: "Me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque comisteis de los panes" (Juan 6, 26).

12. El mal cristiano, al no vivir según la doctrina del Evangelio, también pierde fácilmente la fe misma que profesa con la palabra cuando surge la tentación.

13. Muchos son cristianos solo por la fe, pero en la obra disienten de la doctrina cristiana. Muchos también no aman la fe de Cristo de corazón, sino que por temor humano fingen retenerla por hipocresía. Y quienes no pueden ser abiertamente malos, por temor se les conoce como falsamente buenos.

14. Los amantes del mundo a veces luchan por la fe, y aunque benefician a otros, ellos mismos, implicados en el amor terrenal, no buscan las cosas celestiales, sino que solo defienden la fe con la palabra.

15. Algunos persiguen a los herejes por la fe, pero por arrogancia desprecian a los que están dentro de la Iglesia. Confutan a los adversarios de la fe por su infidelidad, pero oprimen a los fieles con el peso de la soberbia.

CAPÍTULO III. De la caridad.

1. Aunque algunos parecen ser partícipes de la fe y de las obras santas, sin embargo, al carecer de la caridad del amor fraterno, no tienen ningún incremento de virtud. Pues como dice el Apóstol: "Si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo caridad, de nada me sirve" (1 Corintios 13, 3).

2. Sin el amor de la caridad, aunque alguien crea correctamente, no puede llegar a la bienaventuranza, porque tan grande es la virtud de la caridad, que incluso la profecía y el martirio sin ella se consideran nada.

3. Ninguna recompensa se compara con la caridad. La caridad, en efecto, tiene el principado de todas las virtudes. Por eso también el Apóstol la llama el vínculo de la perfección (Colosenses 3, 14), ya que todas las virtudes se ligan con su vínculo.

4. El amor de Dios se compara con la muerte, como dice Salomón: "Fuerte como la muerte es el amor" (Cantar de los Cantares 8, 6); por eso, así como la muerte separa violentamente el alma del cuerpo, así el amor de Dios separa violentamente al hombre del amor mundano y carnal.

5. Quien desprecia los mandamientos de Dios, no ama a Dios. Pues no amamos al rey si odiamos sus leyes.

6. Debe mantenerse la unidad de la caridad con los hombres santos; y cuanto más se aleja uno del mundo, tanto más debe asociarse con la compañía de los honorables.

7. La caridad consiste en el amor de Dios y del prójimo. Conserva en sí el amor de Dios quien no se separa de la caridad del prójimo. Quien se separa de la sociedad fraterna, se priva

de la participación de la caridad divina. Ni puede amar a Dios quien se sabe errar en el amor al prójimo. Cristo es Dios y hombre. Por lo tanto, no ama a Cristo entero quien odia al hombre.

8. Es propio de los discretos no odiar a las personas, sino las culpas; y no despreciar lo que se dice correctamente por lo falso, sino probarlo.

9. Quienes son imperfectos en el amor de Dios, a menudo disponen superar los vicios; pero, cargados por el peso de los vicios, vuelven a aquellos vicios que desean dejar.

CAPÍTULO IV. De la esperanza.

1. Quienes no dejan de obrar mal, con vana esperanza buscan la indulgencia de la piedad de Dios; la cual buscarían correctamente si cesaran de la acción mala.

2. Es muy de temer que ni por la esperanza del perdón que Dios promete pequemos perseverantemente; ni porque justamente castiga los pecados, desesperemos del perdón; sino que, evitando ambos peligros, nos apartemos del mal y esperemos el perdón de la piedad de Dios. Todo justo, en efecto, brilla por la esperanza y el temor, porque ahora la esperanza lo eleva al gozo, ahora el terror del infierno lo somete al temor.

CAPÍTULO V. De la gracia.

1. A veces, cuando pecamos, Dios no retira sus dones, para que la mente humana se levante a la esperanza de la propiciación divina. Pues no puede despreciar al convertido, a quien, pecando, con sus beneficios provoca a volver a él.

2. La confesión del hombre no es de la virtud humana. Pues si Dios no obra en nosotros la confesión de la buena obra, ¿por qué se dice por el profeta: "Confesión y magnificencia son obra suya" (Salmo 110, 3)? De él, en efecto, nos son dados todos los bienes, prevenidos por la gracia. Pues no hemos dado nada de buena obra por lo cual merezcamos recibir la confesión de la fe.

3. El progreso del hombre es don de Dios. Ni puede corregirse a sí mismo, sino por el Señor. Pues el hombre no tiene nada bueno propio, cuya vía no es suya, como testifica el profeta: "Sé, Señor, que no es del hombre su camino; ni del hombre es caminar y dirigir sus pasos" (Jeremías 10, 23).

4. Sepan los defensores del libre albedrío que nada puede prevalecer en el bien por su propia virtud, si no son sostenidos por la ayuda de la gracia divina. Por eso también el Señor dice por el profeta: "Tu perdición viene de ti, Israel, solo en mí está tu ayuda" (Oseas 13, 9). Como si dijera: "Para que perezcas, por tu mérito; para que seas salvo, por mi ayuda".

5. El mérito del hombre no encuentra la gracia suprema para que venga, sino que, una vez que ha venido, la hace; y al venir a una mente indigna, hace en ella el mérito que recompensa quien solo había encontrado lo que castigar. Pues ¿qué mereció por sí mismo aquel ladrón, que de las fauces del diablo subió a la cruz, de la cruz fue al paraíso? Ciertamente culpable, y vino manchado de sangre fraterna, pero por la gracia divina en la cruz fue transformado. Debe saberse que nuestra justicia está en lo que hacemos correctamente; y la gracia de Dios, en que la merecemos. Esta es tanto del Dios que da como del hombre que recibe. Así como también decimos nuestro pan, que sin embargo pedimos recibir de Dios.

6. La gracia espiritual no se distribuye a todos, sino que solo se da a los elegidos. Pues no todos tienen fe, la cual, aunque muchos la reciban, no alcanzan la obra de la fe.
7. En la división de los dones, diferentes personas reciben diferentes dones de Dios; sin embargo, no se conceden todos a uno, para que haya por el estudio de la humildad algo que uno admire en otro. Pues lo que en Ezequiel las alas de los animales se golpean una a otra (Ezequiel 1), se designan las virtudes de los santos que se provocan mutuamente con afecto y se instruyen mutuamente con ejemplo alterno.
8. Los dones de las gracias se otorgan a unos estos, a otros aquellos. Ni se dan para que uno los tenga todos, de modo que no necesite del otro.
9. No se duda que puede suceder que aquellos a quienes algunos superan en excelencia de virtudes, prevenidos por la gracia repentina de Dios, superen a algunos en el camino de la santidad; y mientras son últimos en la conversión, de repente se hacen primeros en la cumbre de la virtud.
10. Cuando alguien recibe algún don, no debe apetecer más de lo que ha merecido, no sea que, al intentar usurpar la función de otro miembro, pierda lo que ha merecido. Pues perturba todo el orden del cuerpo quien, no contento con su función, usurpa la ajena.
11. Los malos reciben los dones para su condenación, porque no los usan para la alabanza de Dios, sino para su vanidad. Usan mal los bienes quienes asumen para malos usos lo que les ha sido donado por Dios, como el ingenio, así como los demás dones de Dios.
12. Nos alegramos de muchos dones de Dios, que sabemos que hemos recibido de él. Pues lo que somos sabios, lo que somos poderosos, no es de otro, sino más bien por el don divino. Usemos, pues, óptimamente de los beneficios divinos, para que ni a Dios le pese haber dado, ni a nosotros nos sea inútil haber recibido.
13. Dios se dice que quita a alguien un don que no tenía, es decir, que no mereció recibir. Así como también se dice que endurece a alguien, no haciendo él la dureza, sino no quitando la que él mismo ha nutrido. No de otro modo se dice que ciega a algunos, no para que él haga en ellos la misma ceguera, sino porque por sus méritos inútiles no les quita la ceguera.
14. A muchos se les dan los dones de Dios, pero no se les da la perseverancia del don. Y de ahí que algunos tienen buenos principios de conversión, pero se cierran con un mal final. Los elegidos, en cambio, reciben tanto el don de la conversión como la perseverancia del don. Esta es la causa, pues, de que algunos comiencen bien y terminen bien.

CAPÍTULO VI. De la predestinación.

1. La predestinación es doble, ya sea de los elegidos al descanso, ya sea de los réprobos a la muerte. Ambas se realizan por el juicio divino, para que siempre haga que los elegidos sigan las cosas superiores e interiores, y siempre permita que los réprobos se deleiten en las cosas inferiores y exteriores.
2. Así como el hombre ignora el término de la luz y las tinieblas, o cuál es el fin de ambas cosas, así no sabe plenamente quién antes de su fin será prevenido por la luz de la justicia, o quién será oscurecido por las tinieblas de los pecados hasta su término, o quién después de la caída de las tinieblas se convertirá y resurgirá a la luz. Todas estas cosas son patentes a Dios, pero ocultas al hombre.

3. Aunque la conversación de los justos en esta vida sea probable, es incierto para los hombres a qué fin están predestinados, pero todo se reserva para el juicio futuro.

4. Es admirable la disposición de la distribución suprema, por la cual aquí el justo se justifica más, el impío se ensucia más (Apocalipsis 22); a veces el malo se convierte al bien, a veces el bueno se refleja al mal. Alguien quiere ser bueno y no puede; otro quiere ser malo y no se le permite perecer. Se da a quien quiere ser bueno; otro ni quiere ni se le da que sea bueno. Este nace en el error y muere; aquel en el bien que comenzó, hasta el fin perdura. Este permanece hasta que cae; aquel, viviendo mal mucho tiempo, al final se salva, y convertido por la mirada.

5. El justo quiere ser útil en el bien y no prevalece; el malo quiere hacer daño y prevalece. Este quiere dedicarse a Dios y se ve impedido por el mundo; aquel desea implicarse en negocios y no lo logra.

6. El malo domina al bueno, el bueno es condenado por el impío, el impío es honrado por el justo. Y en esta gran oscuridad el hombre no puede escrutar la disposición divina, ni considerar el orden oculto de la predestinación.

CAPÍTULO VII. De los convertidos.

1. No se promete premio a los que comienzan, sino a los que perseveran, como está escrito: "El que persevere hasta el fin, este será salvo" (Mateo 10, 22; 24, 13).

2. Entonces agrada a Dios nuestra conversión, cuando el bien que comenzamos lo completamos con un fin perseverante. Pues como está escrito: "¡Ay de los que han perdido la paciencia!", es decir, que no han consumado la obra buena (Eclesiástico 2, 16).

3. La indulgencia de los pecados, se debe saber, dónde, cuándo o a quiénes se da. ¿Dónde, sino dentro de la Iglesia católica? ¿Cuándo, sino antes del día de la salida venidera? Porque he aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (2 Corintios 6, 2). ¿A quiénes, sino a los convertidos, que por la humildad pasan a la imitación de los pequeños? de los cuales se dice: "De ellos es el reino de los cielos" (Mateo 19, 14).

4. Nadie puede considerar cuánto pesa la justicia, o cuánta claridad tiene el rayo de la justicia, sino quien primero se convierte a Dios con todo el esfuerzo de su mente, para que, iluminado por la misma luz, reconozca su propia fealdad y entienda la luz que no contemplaba con el corazón ciego.

5. Entonces, la justicia divina, que es inalcanzable, puede ser comprendida cuando alguien intenta seguirla al convertirse, porque la luz no se entiende a menos que se vea. 6. El juicio que reside en el poder del hombre es la gracia de la conversión, por la cual nos juzgamos a nosotros mismos cuando lloramos y castigamos nuestros males, y nos adherimos más firmemente al bien que proviene de Dios.

7. Se describe que el progreso de cada convertido es tripartito: primero, corregirse del mal; segundo, hacer el bien; tercero, alcanzar la recompensa de la buena obra. Pues lo que dice el profeta: "Desata las ataduras de opresión" (Isaías 58, 6), es la enmienda del mal; lo que añade: "Parte tu pan con el hambriento", es la acción de la buena obra. Y lo que sigue: "Entonces tu luz despuntará como la aurora", es la retribución de la buena obra. Por lo tanto,

no sirve de nada hacer el bien si no se ha corregido el mal. Nadie puede progresar en la contemplación de Dios a menos que primero se ejercite en buenas acciones.

8. Dios aterra a los hombres de muchas maneras para que, aunque tarde, se conviertan, y así se avergüencen más de haber sido esperados tanto tiempo para regresar. Pues a veces con amenazas, a veces con castigos, a veces con revelaciones, sacude a algunos para que, quienes desprecian convertirse por voluntad, sean corregidos por el miedo.

9. Muchos se convierten a Dios solo por devoción de mente; sin embargo, algunos se convierten forzados por los castigos, quienes no se convertían por devoción, según el versículo del salmo que dice: "Con freno y con brida sujeta sus mandíbulas, porque no se acercan a ti" (Salmo 31, 9).

10. Sin embargo, muchos, mientras no se convierten por devoción, son golpeados por los estímulos del castigo; pero ni siquiera bajo el azote sienten para corregirse de alguna manera, como Egipto, que sufrió penas y no pudo ser enmendado. De tales dice el profeta: "Los golpeaste, y no les dolió; los quebrantaste, y rehusaron recibir disciplina" (Jeremías 5, 3).

11. Algunos hombres mundanos, hinchados por la altivez de la mente, después de convertirse a Dios, siguen a Cristo con obediencia religiosa; y quienes antes se hinchaban con la altitud mundana, después cambian esa altivez por el estudio de la humildad.

12. Hay quienes ya se han convertido en secreto, cuya conversión, al no hacerse pública, se piensa que son como eran según la estimación humana; sin embargo, ya han resucitado ante los ojos de Dios. Asimismo, algunos todavía parecen estar firmes según el juicio humano; sin embargo, ya han caído ante los ojos de Dios.

13. Muchos son reprobados ante los hombres y elegidos ante Dios; y asimismo, muchos son considerados elegidos ante los hombres y reprobados ante Dios, como dice Salomón: "Vi a los impíos sepultados, que mientras vivían estaban en el lugar santo, y eran alabados en la ciudad como si fueran de obras justas" (Eclesiastés 8, 10). Por lo tanto, nadie debe considerarse elegido, no sea que ya sea reprobado ante Dios.

CAPÍTULO VIII. De los comienzos de los convertidos.

1. Hay tres tipos de conversión a Dios: el inicio con dulzura, la mediación con trabajo, la perfección con descanso. Sin embargo, a menudo algunos comienzan con dulzura, otros con la amargura de las tentaciones.

2. Todo convertido debe comenzar por el temor de los pecados y así pasar al deseo de lo celestial. Primero, deben ser purgados con lágrimas los vicios que hemos cometido, y entonces, con la mirada limpia de la mente, contemplemos lo que buscamos, para que, mientras antes se limpia la niebla del pecado llorando, con los ojos del corazón purificados, se contemple libremente lo celestial.

3. Primero es necesario convertirse a Dios por temor, para que con el miedo a las penas futuras se venzan las tentaciones carnales. Luego, es necesario, desechado el temor, pasar al amor de la vida eterna. Porque la caridad perfecta echa fuera el temor (1 Juan 4, 18); y quien teme, tiene castigo, y no es perfecto. Por eso también el Apóstol dice: "No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción" (Romanos 8, 15); por el cual ya no nos oprime la pena del pecado como siervos, sino que el amor a la justicia nos hace libres.

4. Es necesario que todo convertido, después del temor, se eleve al amor de Dios como un hijo, y no permanezca siempre bajo el temor como un siervo. Entonces mostramos el amor de nuestra conversión, si de nuevo amamos como a un padre a quien antes temíamos con mente servil como a un Señor.

5. Los comienzos de los convertidos deben ser consolados con modos suaves, no sea que si comienzan con aspereza, aterrados, regresen a sus caídas anteriores. Porque quien educa a un convertido sin suavidad, sabe más bien exasperar que corregir.

6. Todo convertido debe ser corregido primero en la obra, y después en el pensamiento, para que primero refrene la acción perversa, y luego el apetito del delito, para que lo que ya no aparece en la obra, no perdure en el pensamiento.

7. Toda nueva conversión aún tiene mezcla de la vida anterior: por eso, la virtud no debe mostrarse a los ojos de los hombres hasta que la antigua conversación sea completamente extirpada del alma.

8. Quien ya ha comenzado a ser mejor desde una condición peor, debe cuidarse de ser ensalzado por las virtudes recibidas, no sea que caiga más gravemente por la vana gloria de lo que antes yacía por la caída de los vicios.

CAPÍTULO IX. Del conflicto de los convertidos.

1. Si un convertido desea pisotear de inmediato todos los estímulos de la carne y se esfuerza por alcanzar las máximas virtudes, si todavía soporta alguna adversidad por las molestias de la carne, no debe desanimarse, porque el dispensador de los bienes sabe reprimir las adversidades con la sucesión de las virtudes.

2. Entonces, uno reconoce que está más gravado por el impulso de los vicios cuando se acerca al conocimiento de Dios, así como el pueblo de Israel fue oprimido con una carga más pesada por los egipcios cuando a través de Moisés se les reveló el conocimiento divino (Éxodo 5).

3. Los vicios antes de la conversión tienen como una paz en el hombre, pero cuando son expulsados, se levantan con mayor fuerza. Se vuelven enemigos del convertido, aquellos que halagaban al pecador; y se vuelven halagadores para el convertido, aquellos que eran adversos al pecador.

4. El siervo de Dios tiene muchos conflictos por el recuerdo de las obras pasadas; y muchos, después de la conversión, incluso sin querer, soportan el impulso de la lujuria, lo cual no toleran para condenación, sino para prueba, para que siempre tengan un enemigo que resistir para sacudir la inercia, siempre que no consientan. Por eso, los siervos de Dios deben saber que ya están limpios de pecados, pero aún son golpeados por la interpelación de pensamientos impuros.

5. Antes de la conversión precede la multitud de pecados, después de la conversión sigue la multitud de tentaciones. Aquellos se interponen para que no nos convirtamos a Dios; estos se imponen para que no veamos a Dios con los ojos del corazón libres: la insolencia de ambos tumultos nos genera, y a menudo interrumpe nuestra intención con fraude múltiple.

6. Es útil para el siervo de Dios ser tentado después de la conversión, para que, con los vicios incitantes, prepare su mente para las virtudes mediante el ejercicio de los vicios.

CAPÍTULO X. De la conversión relajada.

1. Muchos son llevados de nuevo a los errores anteriores por una conversión relajada, y se disuelven en el tiempo de vivir; por lo tanto, cada convertido debe evitar sus ejemplos, no sea que, comenzando a temer a Dios por inercia, se sumerja de nuevo en los errores mundanos.

2. El tibio en la conversión no percibe que las palabras ociosas y los pensamientos vanos son nocivos; pero si despierta de la inercia de la mente, inmediatamente teme como horribles y atroces aquellos que consideraba leves.

3. El fraude y la desidia deben temerse en toda buena obra. Hacemos fraude a Dios cada vez que nos alabamos a nosotros mismos, no a Dios, por nuestra buena obra. Y actuamos con desidia cada vez que, por inercia, realizamos con languidez las cosas de Dios.

4. Toda arte de este siglo tiene amantes diligentes y muy dispuestos a ejecutarla; y esto sucede porque tiene la recompensa de su obra presente. Pero el arte del temor divino tiene muchos seguidores lánguidos, tibios, congelados por la inercia de la pereza; pero esto sucede porque su labor no es recompensada en el presente, sino que se difiere para el futuro. Por eso, mientras su labor no es seguida inmediatamente por la retribución de la recompensa, casi se disuelven por la esperanza. Por lo tanto, se prepara una gran gloria para aquellos que consolidan los principios de la vida de buena conversión con un aumento más sólido, y se preparan para merecer la retribución más claramente, cuanto más firmemente inician y completan los trabajos del duro camino.

5. Algunos, con el primer fervor de la conversión, se ciñen a las virtudes, pero con el progreso, al dedicarse desmedidamente a las cosas terrenales, se oscurecen con el polvo del apetito inferior; por eso el Señor dice de las buenas semillas: "Lo que cayó entre espinos, estos son los que oyen la palabra de Dios" (Mateo 13), y la preocupación del siglo o el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa.

6. Los recién convertidos no deben ser llevados a las preocupaciones exteriores. Porque si se enredan, inmediatamente, como un arbolito plantado y aún sin raíz firme, se sacuden y se secan.

7. A veces, el cambio de lugar es útil para los convertidos por la salvación del alma. Porque a menudo, al cambiar de lugar, también cambia el afecto de la mente. Es conveniente, pues, alejarse corporalmente de donde uno ha servido a las tentaciones; porque el lugar donde alguien ha vivido mal, presenta en la mente lo que siempre allí pensó o hizo.

CAPÍTULO XI. De los ejemplos de los santos.

1. Para la conversión o corrección de los mortales, los ejemplos de los buenos son muy útiles. Porque las costumbres de los principiantes no pueden progresar hacia una buena vida, a menos que sean formadas por los ejemplos de los padres perfectos.

2. Sin embargo, los reprobos no atienden a las enseñanzas de los buenos, que podrían imitar para mejorar; sino que se proponen a sí mismos ejemplos de los malos, que usan para empeorar en la perversidad de sus costumbres.

3. Por esta utilidad se escriben las caídas y reparaciones de los santos, para que den esperanza de salvación humana, no sea que alguien, después de caer, desespere de obtener el perdón al ver que los santos también fueron reparados después de su caída.

4. Sepan los entregados al vicio para qué utilidad se proponen los ejemplos de los santos, a saber, para que tengan a quienes imitar para su reparación, o al menos, por comparación con ellos, sean más duramente castigados por su desobediencia.

5. Por eso Dios propuso las virtudes de los santos como ejemplo nuestro, para que cuanto más puedan conferirse a nosotros los premios de la justicia por su imitación, tanto más graves sean los tormentos por la perseverancia en el mal.

6. Porque si para el incentivo del bien faltaran los preceptos divinos que nos amonestan, los ejemplos de los santos nos bastarían como ley. Pero al contrario, mientras Dios nos amonesta con sus preceptos y nos propone los ejemplos de la buena obra de la vida de los santos, ya no hay excusa por la culpa, porque la ley de Dios golpea nuestros oídos diariamente, y los documentos de las buenas obras provocan lo más íntimo de nuestro corazón.

7. Y si a menudo hemos seguido los ejemplos de los perversos, ¿por qué no imitamos los hechos dignos y agradables a Dios de los santos? Y si hemos sido aptos para imitar a los inicuos en el mal, ¿por qué somos perezosos para imitar a los justos en el bien?

8. Debemos orar a Dios para que las virtudes que preparó para la corona de los santos nos sean puestas para nuestro progreso, no para nuestro castigo. Y serán para nuestro progreso si queremos imitar tantos ejemplos de virtudes. Ciertamente, si los rechazamos en lugar de imitarlos, serán para nuestra condenación, porque al leerlos, hemos descuidado cumplirlos.

9. Muchos imitan la vida de los santos y toman de las costumbres de otro la imagen de la virtud, como si se mostrara una imagen cualquiera, y de su semejanza se formara una figura pintada; así, se hace semejante a la imagen aquel que vive según la semejanza de la imagen.

10. Quien imita a un hombre santo, contempla como un modelo, y se ve a sí mismo en él, como en un espejo, para añadir lo que reconoce que le falta de virtud. Porque el hombre se considera menos a sí mismo por sí mismo; pero al mirar a otro, añade lo que le falta de luz.

11. Es propio de los hombres ya perfectos no imitar a cualquier santo, sino contemplar la verdad misma, a cuya imagen fueron hechos, para obrar la justicia. Esto indica lo que está escrito: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Génesis 1, 26), porque al entenderla, imita la divinidad, a cuya semejanza fue hecho. Por lo tanto, es tan grande que no necesita un hombre que le muestre la justicia, sino que al contemplarla, imita la justicia.

12. Los ejemplos de los santos, por los cuales el hombre es edificado, hacen que se sigan varias virtudes: la humildad de Cristo, la devoción de Pedro, la caridad de Juan, la obediencia de Abraham, la paciencia de Isaac, la tolerancia de Jacob, la castidad de José, la mansedumbre de Moisés, la constancia de Josué, la benignidad de Samuel, la misericordia de David, la abstinencia de Daniel; así también, las demás obras de los antiguos, con qué labor, con qué moderación, o con qué intención o compunción se llevan a cabo, el hombre santo lo considera imitando.

CAPÍTULO XII. De la compunción del corazón.

1. La compunción del corazón es la humildad de la mente con lágrimas, que surge del recuerdo del pecado y del temor al juicio.
2. Esa es la afectación de compunción más perfecta para los convertidos, que repele de sí todos los afectos de los deseos carnales, y fija su intención con todo el estudio de la mente en la contemplación de Dios.
3. Hay una doble compunción por la cual el alma de cada elegido es afectada por Dios, es decir, ya sea cuando considera los males de sus obras, o cuando suspira por el deseo de la vida eterna.
4. Hay cuatro cualidades de afectos por las cuales la mente del justo se compunge con saludable tedio: esto es, la memoria de los crímenes pasados, el recuerdo de las penas futuras, la consideración de su peregrinación en la longitud de esta vida, el deseo de la patria celestial, para que pueda llegar a ella lo más pronto posible.
5. Cuando alguien se compunge por la memoria de sus pecados hasta las lágrimas, entonces debe saber que es visitado por la presencia de Dios, cuando lo que recuerda haber cometido interiormente lo avergüenza, y ya lo castiga con su propio juicio al arrepentirse. Porque entonces Pedro lloró, cuando Cristo lo miró (Mateo 26, 75). Por eso también el salmo dice: "Miró, y se conmovió, y tembló la tierra" (Salmo 17, 8).
6. Los pasos de Dios son la fuerza interior en el corazón del hombre, por la cual surgen buenos deseos, para que se pisen los malos. Por lo tanto, cuando estas cosas suceden en el corazón del hombre, se debe saber que entonces Dios está presente en el corazón humano por gracia; por eso, el hombre debe agudizarse más para la compunción cuando siente a Dios obrando interiormente.
7. Cómo la mente del justo es arrebatada por la verdadera compunción, y cómo regresa debilitada por la magnitud de la luz degustada, puede saberlo aquel que ya ha probado algo de ello.
8. Hay quienes no se convierten en acusadores de sí mismos por verdadera compunción del corazón, sino que solo se declaran pecadores para encontrar un lugar de santidad con la falsa humildad de la confesión.

CAPÍTULO XIII. De la confesión de los pecados y la penitencia.

1. Cada uno comienza a ser justo desde el momento en que se convierte en acusador de sí mismo. Sin embargo, muchos, por el contrario, se confiesan pecadores, pero no se apartan del pecado.
2. Ya es una gran parte de la justicia que el hombre se conozca a sí mismo como malo, para que, al reconocer su debilidad, se someta más humildemente a la virtud divina.
3. El justo se juzga bien en esta vida, para no ser juzgado por Dios con condenación perpetua. Y uno toma juicio sobre sí mismo cuando, por una penitencia digna, condena sus malas acciones.
4. La amargura de la penitencia hace que el alma examine más sutilmente sus acciones y recuerde llorando los dones de Dios que despreció. Sin embargo, nada es peor que reconocer la culpa y no llorarla.

5. Todo pecador debe tener un doble llanto en la penitencia, ya sea porque por negligencia no hizo el bien, o porque por audacia cometió el mal. Pues no hizo lo que debía; y hizo lo que no debía hacer.

6. Quien hace penitencia dignamente, llora su culpa con satisfacción legítima, condenando y llorando lo que hizo, tanto más profusamente en el llanto cuanto más proclive fue en el pecado.

7. Quien hace penitencia dignamente, llora los males pasados de tal manera que no comete de nuevo los futuros. Porque quien llora el pecado y vuelve a cometerlo, es como quien lava un ladrillo crudo, que cuanto más lo lava, más lodo hace.

8. Aunque alguien sea pecador e impío, si se convierte a la penitencia, se cree que puede obtener el perdón.

9. Nadie duda de la bondad de Dios, pero solo la perversidad de los que reciben niega que se les conceda el perdón.

10. En esta vida, la libertad de la penitencia está abierta; después de la muerte, no hay licencia para la corrección. Por eso el Señor dice: "Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras es de día; viene la noche, cuando nadie puede trabajar" (Juan 9, 4). Y el profeta dice: "Dad gloria al Señor vuestro Dios, antes de que oscurezca" (Jeremías 13, 16); es decir, antes de que la muerte eterna llegue. En esta vida, mientras estáis, glorificad a Dios por la penitencia.

11. Aún en este mundo, la misericordia de Dios ayuda a los que obran la penitencia. En el futuro, ya no obramos, sino que damos cuenta de nuestras obras.

12. A menudo, los inicuos empeoran por lo que, por la paciencia de Dios, reciben tiempo para enmendarse; pero no usan ese tiempo para la penitencia, sino que lo usurpan para pecar con audacia. Y va de mal en peor quien convierte el tiempo concedido para la penitencia en libertad para la obra perversa.

13. Cada uno debe apresurarse a Dios arrepintiéndose mientras pueda, no sea que, si no quiere cuando puede, cuando quiera tarde, ya no pueda. Por eso el profeta dice: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadlo mientras está cerca" (Isaías 55, 6). ¿Y dónde puede ser hallado, sino en esta vida, en la que también está cerca de todos los que lo invocan? Porque entonces ya estará lejos cuando diga: "Id al fuego eterno" (Mateo 25, 41). Ahora no se ve, y está cerca; entonces se verá, y no estará cerca, porque podrá ser visto, pero no podrá ser hallado.

14. Si alguien se arrepiente cuando puede pecar, y corrige su vida de todo crimen mientras vive, no hay duda de que al morir pasará al descanso eterno.

15. Pero quien, viviendo mal, hace penitencia en el peligro de muerte, así como su condenación es incierta, también lo es su perdón. Por lo tanto, quien desea estar seguro en la muerte sobre el perdón, que se arrepienta sano, y sano llore los crímenes cometidos.

16. Hay quienes prometen seguridad rápidamente a los penitentes, a quienes bien se les dice por el profeta: Curan la contrición de la hija de mi pueblo con ignominia, diciendo paz, paz, y

no hay paz. Con ignominia, por tanto, cura la contrición quien promete seguridad al pecador que no se arrepiente legítimamente. De donde sigue: Se confundieron, porque hicieron abominación: es decir, se confundieron no arrepintiéndose, sino sufriendo las penas.

17. De manera diferente se confunde ante el juez el culpable, mientras es castigado, y de otra manera quien, avergonzándose de su mala obra, es reprendido. Aquel, porque ha sido reprendido, se confunde; este, porque se recuerda de haber hecho mal.

18. Aunque por la penitencia haya propiciación de los pecados, sin embargo, el hombre no debe estar sin temor, porque la satisfacción de la penitencia se mide solo por el juicio divino, no humano. Por lo tanto, como la misericordia de Dios es oculta, es necesario llorar sin cesar. Pues nunca debe el penitente tener seguridad sobre sus pecados. Porque la seguridad engendra negligencia, y la negligencia a menudo lleva al incauto de regreso a los vicios pasados.

212

19. Cuando por la penitencia hayan sido expulsados del hombre los vicios, si acaso después de esto, mediando la seguridad, se desliza cualquier culpa, inmediatamente las antiguas delectaciones de los vicios se infiltran más ávidamente en la mente, y golpeando al hombre lo arrastran más gravemente a las obras acostumbradas, de modo que el último estado de aquel es peor que el primero.

CAPÍTULO XIV. De la desesperación de los pecadores.

1. No se avanza ni se retrocede de Dios por espacios de lugares, sino por buen o mal afecto. Pues no con el paso de los pies, sino con el paso de las costumbres nos alejamos o nos acercamos a Dios.

2. Cometer algún delito es la muerte del alma; despreciar la penitencia y permanecer en la culpa es descender al infierno después de la muerte. Por lo tanto, pecar pertenece a la muerte, pero desesperar es descender al infierno. De donde también la Escritura dice: El impío, cuando ha llegado al fondo de los males, desprecia (Proverbios XVIII, 3).

3. A menudo el diablo lleva a la desesperación a aquellos que ve que se convierten a la penitencia, golpeados por la enormidad de sus crímenes, para que, quitada la esperanza de perdón, los arrastre a la desconfianza a quienes no pudo retener perseverantemente en la culpa. Pero el penitente debe prever las astutas insidias del enemigo contra él; y así temer la justicia de Dios, pero confiar en su misericordia, aunque esté en grandes crímenes.

4. Dios se alegra más de un alma desesperada y alguna vez convertida, que de aquella que nunca estuvo perdida. Como del hijo pródigo, que estaba muerto y revivió, estaba perdido y fue hallado, de cuyo regreso se hace gran gozo del padre (Lucas XV).

5. No de otra manera ante Dios y los ángeles hay más gozo por aquel que es liberado del peligro que por aquel que nunca conoció el peligro del pecado. Pues cuanto más entristece una cosa perdida, tanto más, si es hallada, alegra: como en el Evangelio se regocija aquel pastor que encuentra la oveja perdida y la lleva gozoso sobre sus hombros (Mateo XVIII, 12; Lucas XV, 5).

6. Nadie debe desesperar del perdón, incluso si se convierte a la penitencia cerca del final de su vida. Pues Dios juzga a cada uno por su final, no por la vida pasada. Esto se enseña

también por el testimonio de la ley, que el hombre es justificado por su extremo, cuando Dios mandó ofrecer una oveja por el primogénito del asno, es decir, cambiar la impureza de la vida anterior en la inocencia de un buen final. De donde también se manda ofrecer la cola en sacrificio, es decir, los extremos de la vida en penitencia.

7. Muchos, mirados por la gracia celestial, en sus últimos momentos se vuelven a Dios por la penitencia, y purgan con lágrimas diarias cualquier mal que hayan hecho, y cambian las malas acciones en buenas obras; a quienes justamente se les perdona todo lo que han delinquido, porque ellos reconocen lo que han hecho mal al arrepentirse.

8. En la vida del hombre se debe buscar el final, ya que Dios no mira cómo hemos vivido antes, sino cómo somos al final de la vida.

CAPÍTULO XV. De aquellos que son abandonados por Dios.

1. Cuando Dios abandona, nadie se arrepiente; cuando Dios mira, cada uno ve sus males, los llora y piensa de dónde ha caído. Pues algunos son tan despreciados por Dios, que no pueden lamentar sus males, incluso si quisieran.

2. El consejo de los espíritus inmundos es este: que, como a ellos se les negó regresar a la justicia después de la transgresión, desean cerrar el acceso a la penitencia a los hombres, para que no regresen a Dios; y se esfuerzan por tenerlos como compañeros en la perdición, insistiendo con cualquier fraude, para que sean abandonados por Dios o desesperen por la enormidad del castigo.

3. Se debe gemir continuamente y, dejando de lado la seguridad, llorar, para que el hombre no sea abandonado por el juicio secreto y justo de Dios, y sea dejado para perderse en el poder de los demonios. Pues en verdad, a quien Dios abandona, los demonios lo reciben.

214

4. Los despreciadores del precepto del Señor, tan pronto como se apartan de Dios, son ocupados por espíritus malignos, quienes también les persuaden para que hagan el mal. De ahí el dicho profético: A los enemigos de Dios los persiguen las tinieblas (Nahum I, 8), que se entienden como demonios. De donde también en el salmo se lee: Envíos por ángeles malos (Salmo LXXVII, 49).

5. Algunos de los reprobados son reducidos al poder de los demonios por el juicio oculto y justísimo de Dios, como testifica Isaías: Él les asignó su suerte, y su mano les dividió la tierra en medida, la poseerán para siempre (Isaías XXXIV, 17).

6. Algunos de los elegidos son dejados por la justicia divina para caer en el error del pecado, pero sin embargo, por su misericordia, son llevados de nuevo a la conversión. De tales habla el Señor por el profeta: Y lo dejé, y lo traje de vuelta, y le devolví el consuelo (Isaías LVII, 18).

7. A veces, al regresar Dios, visita de nuevo al hombre que había abandonado, afligiéndolo, y lo purga de sus pecados a través de los lamentos de las lágrimas y la aflicción de la penitencia, diciendo Job a Dios: Por la soberbia, dice, como un león me atraparás, y volviendo me afliges maravillosamente (Job X, 16). Pues Dios, al regresar, aflige al hombre, cuando a quien había abandonado pecando, lo visita de nuevo castigándolo.

8. No debemos provocar más la ira celestial con malas acciones contra nosotros; más bien, si actuamos dignamente de Dios al arrepentirnos, cambiaremos su severidad en clemencia. Pues aquel que nos tolera siendo malos, no hay duda de que perdonará clementemente a los que se convierten. Pues el hecho de que se nos conceda tiempo para la penitencia, para que no seamos sepultados de inmediato por una muerte precipitada, sino que se nos dé lugar para la satisfacción, todo esto procede de la clemencia de Dios, para que no nos condene cruelmente, sino que nos espere pacientemente para la penitencia.

CAPÍTULO XVI. De aquellos que vuelven al delito después de las lágrimas.

1. Es un burlador, no un penitente, quien aún hace lo que lamenta; 215 ni parece pedir a Dios como un súbdito, sino burlarse como un soberbio.

2. El perro que vuelve a su vómito es el penitente que vuelve al pecado. Pues muchos derraman lágrimas sin cesar, y no dejan de pecar. Algunos reciben lágrimas para la penitencia, y no tienen el efecto de la penitencia, porque por la inconstancia de la mente, ahora por el recuerdo del pecado derraman lágrimas, ahora, reviviendo el hábito, cometen de nuevo lo que lloraron.

3. Quien quiere llorar lo pasado y dedicarse a las acciones mundanas, no tiene purificación, porque aún hace lo que puede llorar al arrepentirse.

4. Isaías dice a los pecadores: Lavaos, sed limpios (Isaías I, 16). Se lava y es limpio, quien llora lo pasado y no admite de nuevo lo que debe llorar. Se lava, pues, y no es limpio quien llora lo que ha hecho, no lo abandona, y después de las lágrimas repite lo que lloró. Así, en otro lugar, la palabra divina increpa al alma penitente y que vuelve a delinquir, diciendo: ¡Cuán vil te has hecho, repitiendo tus caminos! (Jeremías II, 36). Por tanto, quien llora las culpas pasadas, debe mantener esta medida, para que así llore lo cometido, que no cometa de nuevo lo que debe llorar. ¡Ay de mí, miserable Isidoro, que ni me arrepiento de lo pasado, ni dejo de cometer lo que debo arrepentirme!

CAPÍTULO XVII. Del pecado.

1. El pecado se comete de dos maneras, es decir, por la fuerza del deseo o por el miedo del temor, mientras alguien quiere obtener lo que desea, o teme incurrir en lo que teme.

2. El pecado se comete de cuatro maneras en el corazón, y de cuatro maneras se lleva a cabo en la obra. En el corazón: por la sugestión de los demonios, la delectación de la carne, el consentimiento de la mente, la defensa de la soberbia. En la obra: a veces ocultamente, a veces abiertamente, a veces por costumbre, a veces por desesperación. Por estos grados, por tanto, se delinque en el corazón y se lleva a cabo la malicia en la obra.

3. El pecado se lleva a cabo de tres maneras, es decir, por ignorancia, por debilidad, por industria; pero con diferente peligro de penas. Pues Eva pecó en el paraíso por ignorancia (Génesis III), como dice el Apóstol: El hombre no fue seducido, pero la mujer, seducida, cayó en transgresión (I Timoteo II, 14). Por tanto, Eva pecó por ignorancia, pero Adán por industria, porque no fue seducido, sino que pecó sabiendo y prudentemente. Quien es seducido, evidentemente ignora a qué consiente. Pero Pedro pecó por debilidad, cuando por miedo a la pregunta de una criada negó a Cristo; de donde después del pecado lloró amargamente (Mateo XXVI).

4. Es más grave pecar por debilidad que por ignorancia; y más grave pecar por industria que por debilidad. Pues peca por industria quien con estudio y deliberación de la mente hace el mal; pero por debilidad quien peca por casualidad o precipitación. Sin embargo, pecan más neciamente y de industria quienes no solo no viven bien, sino que aún desvían de la verdad a los que viven bien, si pueden.

5. Pues hay quienes pecan ignorante, y hay quienes pecan sabiendo. También hay quienes, para excusarse de la ignorancia, no quieren saber, para ser considerados menos culpables, pero no se protegen a sí mismos, sino que más bien se engañan.

6. No saber simplemente pertenece a la ignorancia; pero no querer saber, a la soberbia contumaz. Pues querer ignorar la voluntad de su propio señor, ¿qué otra cosa es sino querer despreciar al señor con soberbia? Nadie, por tanto, se excuse de ignorancia, porque Dios no solo juzga a aquellos que se apartan de su conocimiento, sino también a aquellos que no lo conocieron, como testifica el mismo Señor por el profeta: Destruiré, dice, a los hombres de la faz de la tierra, y a aquellos que se apartan tras el Señor, y que no buscaron al Señor, ni lo investigaron (Sofonías I, 3, 6). Y el salmo: Derrama, dice, tu ira sobre las naciones que no te conocieron (Salmo LXVIII, 25).

217 CAPÍTULO XVIII. De los pecados más leves.

1. Muchos pueden llevar una vida sin crimen, pero no sin pecado. Pues aunque en este mundo alguien resplandezca con gran claridad de justicia, nunca está completamente libre de las manchas de los pecados, como atestigua el apóstol Juan, quien dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I).

2. Hay ciertos hechos que son similares a los pecados; pero si se hacen con buena intención, no son pecados, como, por ejemplo, el poder, si no se venga por deseo de venganza, sino más bien por el afán de corregir al culpable.

3. Asimismo, hay pecados leves que son purgados por la satisfacción diaria de los principiantes, pero que son evitados por los hombres perfectos como si fueran grandes crímenes. ¿Qué deben hacer los hombres pecadores con respecto a los grandes crímenes, cuando incluso los perfectos lloran los pequeños delitos como si fueran gravísimos?

4. No solo los pecados graves, sino también los leves deben ser evitados. 218 Pues muchos pecados leves hacen uno grande, como suelen crecer los inmensos ríos de pequeñas y diminutas gotas. Pues la cantidad reunida en uno solo produce una abundante plenitud.

5. Los pecados que son leves para los principiantes, son considerados graves para los hombres perfectos.

6. Pues tanto mayor se reconoce ser el pecado, cuanto mayor se considera a quien peca. Crece, pues, el cúmulo del delito según el orden de los méritos, y a menudo lo que se perdona a los menores, se imputa a los mayores.

CAPÍTULO XIX. De los pecados más graves.

1. Por la experiencia de los pecados menores se cometen pecados mayores, para que sean golpeados más duramente por los grandes crímenes, quienes no quisieron corregirse de los

pequeños. Pero por el juicio divino caen en una culpa más grave quienes desprecian corregir sus pequeños hechos.

2. Muchos caen de crimen en crimen, quienes teniendo conocimiento de Dios, descuidan su temor; y a quien conocen por ciencia, no lo veneran por acción. Por eso son cegados por el juicio divino para cometer lo que debe ser castigado, y añadir un crimen peor al castigo del crimen cometido.

3. A menudo un pecado es causa de otro pecado, que se comete, cuando de él surge otro como su descendencia, como suele suceder, que nazca la lujuria de la excesiva glotonería del vientre.

4. Se admite el pecado como castigo del pecado, cuando por el mérito de cada pecado, al ser abandonado por Dios, se cae en otro pecado peor, del cual quien lo comete se ensucia más. Por tanto, el pecado precedente es causa del pecado siguiente: pero el pecado siguiente es castigo del delito precedente. Así, los pecados precedentes son causa de los crímenes siguientes, para que los que siguen sean castigo de los precedentes.

219

5. El castigo de los pecados precedentes se llama endurecimiento que viene de la justicia divina. De ahí que el profeta diga: Endureciste nuestro corazón, para que no te temiéramos (Isaías LXIII, 17); pues no es que cualquiera que sea justo sea impulsado por Dios para que sea malo; sino que, siendo ya malos, son endurecidos para que sean peores, como también dice el Apóstol: Porque no recibieron el amor de la verdad de Dios para ser salvos, Dios les envió un espíritu de error (II Tesalonicenses II, 10). Por tanto, Dios hace que algunos pequen, pero en aquellos en quienes ya han precedido tales pecados, para que por su justo juicio merezcan ir a peor. Pues tales pecados, precedidos por otros pecados, caen en el castigo que los pecados merecen.

6. Algunos pecados vienen de la ira de Dios, que se compensan por el mérito de otros pecados. De donde también el profeta dice: He aquí, tú estabas enojado, y nosotros pecamos, en ellos estuvimos siempre (Isaías LXIV, 5); como si dijera: Porque siempre estuvimos en pecados, te enojaste, para que pecáramos peor.

7. Pues el lector prudente debe saber qué es merecer la ira de Dios, y qué es provocarla. Pues es más grave la ira que se provoca que la que se merece. Pues merecemos, cuando pecamos por ignorancia; provocamos, cuando sabemos hacer el bien, y no queremos.

8. Ahora podemos evitar la ira de Dios, mientras vivimos. Temamos, pues, que, cuando venga aquel terror del juicio, pueda sentirse, pero no evitarse.

CAPÍTULO XX. De los pecados manifiestos y ocultos.

1. Es de mayor culpa pecar manifiestamente que ocultamente. Pues es doblemente culpable quien delinque abiertamente, porque actúa y enseña. De tales dice Isaías: Y sus pecados, como Sodoma, los proclamaron, no los ocultaron (Isaías III, 9).

2. Pues muchos, pecando públicamente, proclaman sus crímenes sin ninguna vergüenza, y no usan ninguna modestia en su maldad.

3. Pues ya es una parte de justicia que el hombre oculte su iniquidad, y en sí mismo se avergüence de sus propios pecados.
4. Cometer pecado es un crimen, proclamar el pecado es un clamor, de lo cual también dice el Apóstol: Y quítense de vosotros el clamor con toda malicia (Efesios IV, 31), es decir, con los mismos pecados.
5. Por el mismo hecho de que alguien oculta el pecado que comete, ya es indicio de juicio, porque no se avergüenza, sino de la culpa de la conciencia. Por tanto, por el mismo hecho de que alguien se avergüenza de su hecho, ya se hace juez de sí mismo.

CAPÍTULO XXI. Del amor al pecado.

1. Es una cosa no pecar por amor a la dilección de Dios, otra por temor al castigo. Pues quien no peca por amor a la caridad de Dios, aborrece todo mal, abrazando el bien de la justicia; ni le deleita el pecado, aunque se le prometa impunidad del crimen. Pero quien solo reprime en sí los vicios por el temor al castigo, aunque no cumpla la obra del pecado, vive sin embargo en él la voluntad de pecar; y le duele que le sea ilícito lo que se reconoce que la ley prohíbe. Por tanto, aquel recibe la recompensa de la buena obra que hace amando la justicia; no aquel que la guarda solo por temor a las penas.
2. Algunos aman el pecado y lo hacen; algunos solo lo aman, y no lo hacen; muchos, en cambio, solo lo hacen, y no lo aman. Algunos no hacen el pecado, y sin embargo odian la justicia. Pero peca más gravemente quien no solo ama el pecado, sino que también lo hace, que quien no lo hace, y lo ama; y a veces más gravemente, quien lo ama y no lo hace que quien lo hace, y lo odia. Es gravísimo no solo hacer, sino también amar el pecado.
3. Pues hay algunos que inmediatamente después de cometer el crimen se confunden, y hay quienes no solo no se duelen de haber hecho el mal, sino que también se glorían de la misma mala obra. Y así, en comparación con el mal, se hace peor, mientras se alegran de los vicios, se exaltan en lo peor. 221 De tales dice Salomón: Que se alegran cuando han hecho el mal, y se regocijan en las cosas malas (Proverbios XI, 14).

CAPÍTULO XXII. De la necesidad de pecar.

1. A veces somos malos por necesidad, no por voluntad. Pero la necesidad del mal debe convertirse en la voluntad del bien. Muchos no pecan por voluntad, sino solo por necesidad, temiendo la pobreza temporal. Y mientras huyen de la necesidad de este mundo presente, se privan de los bienes futuros.
2. Asimismo, algunos cometen pecado por voluntad, no por necesidad, y no siendo forzados por ninguna pobreza, son inicuos; sino que solo desean ser malos gratuitamente. Pues no aman la cosa misma que desean, sino que solo se deleitan en la malicia del pecado.

CAPÍTULO XXIII. De la costumbre de pecar.

1. Es mejor evitar el pecado que enmendarlo. Pues más fácilmente resistimos al enemigo por quien aún no hemos sido vencidos, que a aquel por quien ya somos conocidos como superados y vencidos.
2. Todo pecado, antes de ser cometido, se teme más. Pero por grave que sea, cuando se ha convertido en hábito, se considera leve y se comete sin ningún temor.

3. Por estos estímulos, como por ciertos grados, se consolida todo pecado. Pues el pensamiento perverso engendra la delectación, la delectación el consentimiento, el consentimiento la acción, la acción la costumbre, la costumbre la necesidad. Y así, el hombre implicado en estas cadenas, está atado por una cierta cadena de vicios, de modo que no puede ser arrancado de ella, a menos que la gracia divina tome la mano del que yace.

4. Cometer un pecado es caer en un pozo; pero hacer del pecado un hábito es estrechar la boca del pozo, de modo que quien ha caído no pueda salir. Sin embargo, a veces Dios también libera a tales personas, transformando su desesperación en una conversión hacia la libertad. Porque, al tener misericordia, los pecados son perdonados y, bajo su protección, se evita caer en pecados peores.

5. Pecar es lo más vil, pero hacer del pecado un hábito es aún peor. Es fácil levantarse del primero, pero del segundo se requiere esfuerzo, ya que se debe resistir a la mala costumbre.

6. El profeta afirma que el hábito de hacer el mal es un descenso (Isai. XXXI, 6), un abismo en el que el hombre queda atrapado por una especie de ley, de modo que incluso cuando no quiere, comete pecado. Levantarse rápidamente de una caída no es caer en el abismo.

7. El Apóstol llama ley del pecado a lo que está en nuestros miembros (Rom. VII, 23), una ley que es el hábito que adquirimos al pecar, y de la cual no nos alejamos cuando queremos, porque ya estamos retenidos por el vínculo de la necesidad a través del hábito.

8. El amor verdadero actúa mucho en el hombre, pero la carne responde bajo la ley del mal hábito. Sin embargo, se exalta audazmente por una buena conciencia quien valientemente reprime en sí mismo lo que insolentemente lo ataca.

9. Se debe evitar pecar frecuentemente; pues, aunque a menudo Dios obra nuestra salvación a partir de nuestro mal, cuanto más admirable es esto, tanto más raro es. Por lo tanto, es peligroso confiar en ser salvados de esta manera, no sea que, mientras esperamos ser sanados de los vicios, multipliquemos los vicios y no alcancemos la salvación. Por lo tanto, debemos esforzarnos por no caer o levantarnos rápidamente de una caída.

10. Se debe evitar pecar en absoluto, pero si por fragilidad humana se comete un pecado, debe corregirse de inmediato, ya que se siente que se ha cometido maliciosamente. Porque la culpa que se reconoce rápidamente se corrige rápidamente; sin embargo, la herida que ya está supurando se cura más lentamente cuando se aplican tratamientos mucho después.

223 11. La repetición del pecado es más grave, como si una enfermedad viniera sobre otra, como si una lluvia siguiera a otra.

12. La demora en pecar hace que el crimen sea monstruoso, por lo que el Profeta dice: ¡Ay de los que arrastran la iniquidad con cuerdas de vanidad, y el pecado como con cuerdas de carro! (Isai. V, 18). Porque arrastra la iniquidad como una cuerda quien tarda en convertirse a Dios. Arrastrar la iniquidad es demorar en la iniquidad. Por eso también el salmo dice: Prolongaron sus iniquidades; el Señor justo cortará los cuellos de los pecadores (Psal. CXXVIII, 2, 4).

CAPÍTULO XXIV. Sobre el recuerdo del pecado.

1. Es bueno que el hombre siempre tenga ante sus ojos sus propios delitos, según la sentencia del salmo: Y mi pecado está siempre ante mí (Psal. L, 5). Porque así como no se debe recordar el afecto del pecado, así es necesario que cada uno recuerde su pecado llorando.
2. En el justo, el recuerdo del pecado causa tedio del alma. Pero aquellos que están sujetos a la lujuria y la codicia, con altiva soberbia incluso se glorían de la misma obra del pecado.
3. El siervo de Dios debe tener tal recuerdo del pecado que siempre confiese con lágrimas lo que ha hecho. Por eso el salmo dice: Me convertí en aflicción mientras se clavaba la espina. Te hice conocer mi pecado. Dije: Proclamaré contra mí mis injusticias al Señor (Psal. XXXI, 4). Antes había dicho: Porque callé, es decir, no confesé, se envejecieron todos mis huesos mientras clamaba todo el día. ¿De qué se arrepiente de haber callado, sino de la confesión de los pecados? ¿De qué se duele de haber clamado, sino de la defensa de los males? Por lo tanto, quien ha sido defensor de sus pecados, es necesario que acusando en penitencia lo que admitió con soberbia, lo corrija.

224 CAPÍTULO XXV. Sobre el pensamiento.

1. La causa del pecado es bipartita, es decir, de obra y de pensamiento, de los cuales uno se llama iniquidad, que se lleva a cabo en la obra; el otro injusticia, que se comete en el pensamiento.
2. Primero debe cortarse la acción, luego el pensamiento; primero las obras malas, después los deseos. Sin embargo, también de los pensamientos proceden las obras, y de las obras nace el pensamiento, aunque incluso si uno está libre de una mala obra, por la malicia de un pensamiento perverso no será inocente. Por eso el Señor dice por Isaías: Quitad, dice, el mal de vuestros pensamientos de mis ojos (Isai. I, 16).
3. No solo pecamos con hechos, sino también con pensamientos, si nos deleitamos con ellos cuando nos asaltan ilícitamente.
4. Así como la víbora es destruida por los hijos que lleva en su vientre, así nuestras propias pensamientos nos matan cuando se nutren dentro de nosotros, y concebidos interiormente nos consumen con veneno de víbora, y destruyen nuestra alma con una herida cruel.
5. No está en nuestro poder evitar las sugerencias de pensamientos perversos; pero dejar que el pensamiento repose en el alma es asunto de nuestra voluntad. Por lo tanto, aquello no se considera culpa, pero esto se imputa a nuestra propia culpa. Porque que ocurran pensamientos ilícitos es obra de los demonios; deleitarse con pensamientos perversos es obra nuestra.
6. A menudo sucede que las imágenes impuras de cosas corporales que hemos aprendido se nos presentan a la mente, y las pensamos a pesar de nosotros mismos; y cuanto más nos esforzamos por apartar de ellas la mirada de la mente, más se imponen en el alma, y nos asaltan con movimientos obscenos. Pero esto ocurre por la condición mortal, que el primer hombre mereció como castigo por su pecado.
7. Cuando cada uno es prevenido por la iluminación divina, inmediatamente es asaltado por las molestias de pensamientos impuros. Pero el siervo de Dios, por el juicio del temor de Dios, rechaza de sí mismo sus deleites, y con buenos pensamientos opuestos repele los pensamientos impuros.

8. Se debe aplicar una gran vigilancia en la custodia del corazón, porque allí reside el origen de lo bueno o de lo malo, ya que, como está escrito: Del corazón salen los malos pensamientos (Matth. XV, 19). Por lo tanto, si primero resistimos al pensamiento perverso, no caeremos en la obra.

9. No se debe temer si vienen a la mente pensamientos buenos y malos; más bien se debe gloriarse si la mente distingue los malos de los buenos con el entendimiento de la razón.

10. Asimismo, de nada sirve que distingamos con un sentido más prudente entre el bien y el mal, a menos que en la obra evitemos el mal conocido o hagamos el bien entendido.

CAPÍTULO XXVI. Sobre la conciencia.

1. La condición humana, mientras perturba la mente con diversas vicisitudes, incluso antes de las penas del infierno, ya sufre las penas de la conciencia por un apetito desconocido del alma.

2. El hombre puede huir de todo excepto de su propio corazón. Porque nadie puede alejarse de sí mismo. Dondequiera que vaya, la conciencia de su culpa no lo abandona.

3. Aunque quien actúa mal pueda escapar de los juicios humanos, no puede escapar del juicio de su propia conciencia. Porque aunque oculte a otros lo que ha hecho, no puede ocultárselo a sí mismo, quien sabe plenamente que lo que ha hecho es malo. Por lo tanto, hay un doble juicio en él, porque aquí es castigado por la culpa de su conciencia, y allí es condenado con pena perpetua.

4. Esto significa: Un abismo llama a otro abismo a la voz de tus cascadas (Psal. XLI, 8). Porque un abismo llama a otro abismo cuando se pasa del juicio de la propia conciencia al juicio de la condenación perpetua. A la voz de las cascadas, es decir, en la predicación de los santos.

CAPÍTULO XXVII. Sobre la intención de la mente.

1. El ojo del hombre es la intención de su obra. Si su intención es buena, también la obra de su intención es buena. De lo contrario, incluso si la obra parece buena en los hechos, ya no es buena debido a su intención, porque se prueba buena o se reprueba indigna por su intención. Por lo tanto, la intención es buena cuando es por Dios; mala, cuando es por lucro terrenal o vanagloria.

227 2. Aquellos que no hacen una buena obra con buena intención, por esto mismo se ciegan más con la obra por la cual podrían haber sido iluminados.

3. Cada uno debe hacer la buena obra que realiza con buena intención; porque a menudo, por mala intención, perdemos la buena obra que hacemos, y estamos menos libres de culpa.

4. A menudo, lo que parece bueno ante el juicio de los hombres, se descubre reprobado ante el examen del juez más diligente y agudo. Por lo tanto, todo santo teme que tal vez lo bueno que hace, por alguna intención del alma, sea reprobado ante los ojos de Dios.

CAPÍTULO XXVIII. Sobre los sentidos de la carne.

1. A través de los sentidos de la carne, la enfermedad se infiltra en la mente. Por eso el Señor dice por el profeta: Todas las familias de la tierra vendrán del norte, y cada uno pondrá su trono a la entrada de las puertas de Jerusalén (Jerem. I, 15). Los reinos del norte son los vicios, que ponen sus tronos en las puertas cuando, a través de los sentidos de la carne, introducen la mancha en el alma; por eso reinan en las mismas puertas, es decir, en los mismos sentidos.

2. Porque no pecamos de otra manera que viendo, oyendo, tocando, gustando y palpando. Por eso también se dice en otro lugar: La muerte entró por nuestras ventanas. Y en otro lugar: Los extraños entraban por sus puertas, y echaban suertes sobre Jerusalén. Los extraños son espíritus inmundos, que, como por puertas, así a través de los sentidos de la carne, se infiltran en el alma y la conquistan seduciéndola.

228 CAPÍTULO XXIX. Sobre el discurso.

1. Mientras no evitamos ciertas palabras pequeñas de vicios, caemos en un gran crimen de la lengua; y mientras cometemos libremente y sin temor ciertos hechos no graves, caemos en crímenes mayores y horrendos por la costumbre de pecar.

2. Así como a menudo se reprende la necesidad de los habladores, también se denotan los vicios de los que callan demasiado. Porque aquellos, al soltar demasiado la lengua, caen en el vicio de la ligereza, y estos, al callar demasiado, se adormecen en la utilidad.

3. Los inexpertos, así como no saben hablar, tampoco pueden callar. Porque, sin erudición en la mente, son locuaces con la boca, hacen ruido con palabras, pero no dicen nada con sentido.

4. Así como los crímenes de falsedad son temidos por los que progresan, también las palabras ociosas son evitadas por los hombres perfectos. Porque como dice alguien: Así como se da cuenta por una palabra ociosa, también se paga una pena por un discurso injusto (Matth. XII, 36).

5. No deben haber palabras vanas en la boca de un cristiano. Porque así como las buenas conversaciones corrigen los malos hábitos, también las malas corrompen los buenos hábitos (I Cor. XV, 33).

6. Se pone una guardia en la boca (Psal. XL, 6), cuando cada uno no se confiesa justo, sino, lo que es más verdadero, pecador.

7. Pone la mano sobre la boca quien cubre los excesos de la lengua con buenas obras. Pone la mano sobre la boca quien cubre las culpas de mala locución con el velo de la buena acción.

8. Quien habla de lo que pertenece a Dios, aunque no lo haga, es inútil para sí mismo, pero beneficia a los oyentes.

9. Aquellos que desean ser alabados por su sabiduría, deben atender al profeta que habla: ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos! (Isai. V, 21).

10. Habla correctamente según el juicio quien siente el verdadero sabor de la sabiduría con el gusto del sabor interno. Porque la sentencia se llama así por sentir. Por lo tanto, los arrogantes, que hablan sin humildad, hablan solo de ciencia, no de sentencia.

11. Porque sabio es quien siente correctamente y según Dios.

12. Los maestros hablan para su propia vergüenza si, aunque hablen sabiamente, lo hacen demasiado elocuentemente. Porque la sabiduría aborrece el ámbito espumoso de las palabras y el adorno de la elocuencia mundana con discursos inflados.

13. Algunos curiosos se deleitan en escuchar a cualquier sabio, no para buscar la verdad de ellos, sino para reconocer la elocuencia de su discurso, al modo de los poetas, que siguen más la composición de las palabras que la sentencia de la verdad.

14. Hay cuatro modos de hablar, porque se debe prever qué, a quién, cuándo o cómo se debe decir algo.

15. Asimismo, hay cuatro modos de hablar, cuando o bien se dice algo bien con buen sentido, o no se dice nada con ningún sentido, o se ostenta solo la locuacidad con poco sentido, o se dice algo entendido óptimamente sin elegancia.

16. Asimismo, hay cuatro modos de hablar, cuando se dice bien lo bueno, o mal lo malo, o bien lo malo, o mal lo bueno.

17. Habla bien lo bueno quien parece anunciar humildemente lo que es recto. Habla mal lo malo quien intenta persuadir cualquier maldad. Habla bien lo malo quien parece predicar arrogantemente lo que es recto. Habla bien lo malo quien, narrando algún vicio, lo detesta para que los hombres se aparten de él.

18. Habla bien de corazón quien no simula la caridad. Habla bien de boca quien anuncia la verdad. Habla bien con hechos quien edifica a otros con buenos ejemplos.

19. Habla mal de corazón quien medita y piensa pensamientos nocivos interiormente. Habla mal de lengua quien murmura porque es castigado por lo que hace mal. Habla mal con hechos quien, viviendo mal, instruye a otros con sus ejemplos a actuar mal.

20. Habla bien una vez (Job. XXXIII, 14) quien se reprende a sí mismo en penitencia. Habla bien dos veces quien, viviendo bien, también instruye a otros.

21. Habla mal una vez quien, después de un vicio, se corrige rápidamente. Habla mal dos veces quien vive mal y enseña mal. Asimismo, habla mal dos veces quien piensa mal y relata mal lo pensado. Asimismo, habla mal dos veces quien no hace el bien que debía y comete el mal que no debía.

22. Los malos responden mal por bien, y adverso por óptimo. Los buenos responden bien por mal, y próspero por adverso.

23. Contra el insulto de la lengua se debe aplicar la fortaleza de la paciencia, para que la tentación de la palabra, que ataca desde fuera, se aleje vencida por la virtud de la tolerancia.

24. No todo el que sufre afrentas es justo; pero quien sufre inocente por la verdad, solo ese es justo.

25. Entre las vituperaciones de la lengua y los reproches de los hombres, la mente del justo se fortalece con este remedio, para que se fije más sólidamente en Dios interiormente, cuanto más es despreciada exteriormente por los sentidos humanos.

26. Quien soporta las injurias con ánimo tranquilo, revela el dolor del corazón y fácilmente rechaza el veneno que hierve en el alma.

231 27. Porque las heridas del alma abiertas exhalan rápidamente, pero las cerradas se ulceran demasiado.

28. Quien oculta el dolor de la injuria en su pecho cerrado, cuanto más reprime la lengua con silencio, tanto más nutre el dolor internamente. Por eso, un poeta pagano dijo verdaderamente: Cuanto más se oculta, más arde el fuego oculto. Porque la enfermedad ciega es vehemente y excesiva, ya que la herida silenciosa vive bajo el pecho.

CAPÍTULO XXX. Sobre la mentira.

1. Los mentirosos hacen que no se crea ni siquiera a quienes dicen la verdad. Porque la falsedad frecuente hace que una persona sea sospechosa incluso en la verdad.

2. A menudo, quien va a decir mentiras, comienza diciendo la verdad, para que, una vez ganada la confianza, haga a los oyentes crédulos para las mentiras restantes.

3. A muchos les parecen verdaderas cosas que son falsas, y por eso no hablan de Dios, sino de su propia mentira.

4. A veces, la falsedad se une al discurso veraz, y a menudo quien inventa mentiras comienza con la verdad.

5. A menudo, los venenos están ocultos bajo la miel de las palabras; y el engañador simula la verdad hasta que, engañando, logra su propósito.

6. A veces es peor meditar una mentira que decirla, porque a menudo alguien incauto puede decir una mentira por precipitación; pero no puede meditarla sin intención. Por lo tanto, se considera más grave mentir por intención que por mera precipitación.

7. Se debe evitar todo tipo de mentira, aunque a veces hay un tipo de mentira de culpa más leve, si alguien miente por la salvación de los hombres. Pero porque está escrito: La boca que miente mata el alma (Sap. I, 11), y: Destruirás a los que hablan mentira (Psal. V, 7); este tipo de mentira también es evitado por los hombres perfectos, para que no se defienda la vida de alguien por su engaño, no sea que dañen su propia alma mientras intentan beneficiar la carne ajena, aunque creemos que este tipo de pecado se perdona fácilmente. Porque si cualquier culpa se purga con una recompensa posterior, cuánto más se borra fácilmente esta, que lleva consigo la recompensa misma.

8. Muchos mienten y fingen muchas cosas por la alabanza de los hombres; y así, al mentir, se pierden a sí mismos y llevan a aquellos a quienes alaban a la ruina de la vanagloria.

9. Así como quien tiene buena conciencia no teme el reproche de la lengua ajena, tampoco quien es alabado por otro debe atender al error de la alabanza ajena; más bien, cada uno debe buscar el testimonio de su propia conciencia, a la que está más presente que aquel que lo alaba.

10. Porque cada uno debe probar su propia obra, como dice el Apóstol. Y entonces cada uno tendrá gloria solo en sí mismo, es decir, ocultamente en su propia conciencia, no abiertamente en la lengua ajena.

11. Los perfectos, que están fundados en una raíz profunda, aunque se inclinen de alguna manera por el impulso del viento de la alabanza y la vituperación, no son derribados completamente, sino que inmediatamente regresan a sí mismos por la firmeza de la raíz.

233 12. Una buena mente no es vencida por el mal ni por premios ni por terrores. Porque los inicuos mezclan el terror con las lisonjas, para que engañen a alguien con el placer o lo rompan con terrores.

13. Quien es alabado se inserta en el amor de los oyentes, pero si es alabado verdaderamente y no falsamente, es decir, si lo que se dice de él es verdad.

CAPÍTULO XXXI. Sobre el juramento.

1. Así como no puede mentir quien no habla, tampoco puede perjurar quien no desea jurar. Por lo tanto, se debe evitar el juramento, y no usarlo, excepto en caso de necesidad.

2. No es contra el mandamiento de Dios jurar, pero cuando hacemos del juramento un hábito, incurrimos en el crimen de perjurio. Por lo tanto, nunca debe jurar quien teme perjurar.

3. Muchos, mientras hablan, siempre se deleitan en jurar, cuando debería ser suficiente con decir: Sí, sí. No, no. Porque más que esto, es del mal (Matth. V, 37).

4. Muchos, para engañar, perjuran, para que con la fe del juramento hagan creer en su palabra, y así, engañando, mientras perjuran y mienten, engañan al hombre incauto.

5. A veces también somos engañados por lágrimas falsas, y se cree a quienes lloran, cuando no se debería haber creído.

6. A menudo, disponemos hablar sin juramento, pero por la incredulidad de aquellos que no creen lo que decimos, nos vemos obligados a jurar, y con tal necesidad hacemos del juramento un hábito.

7. Hay muchos que son lentos para creer, que no se mueven a la fe de la palabra. Sin embargo, pecan gravemente quienes obligan a los que hablan a jurar.

234

8. Cualquiera que sea el arte de las palabras con que alguien jure, Dios, que es testigo de la conciencia, lo toma tal como lo entiende aquel a quien se le jura. De dos maneras se hace culpable quien toma el nombre de Dios en vano y engaña a su prójimo con dolo. 9. No se debe mantener un juramento en el que se promete imprudentemente el mal, como si alguien prometiera fidelidad a una adúltera para permanecer con ella para siempre. Es más tolerable no cumplir el juramento que permanecer en el escándalo del adulterio.

10. Jurar es propio de Dios, esa providencia por la cual decide no alterar lo establecido. Sin embargo, el arrepentimiento de Dios es el cambio de las cosas; no arrepentirse es no revocar lo establecido, como aquello: Juró el Señor y no se arrepentirá (Salmo CIX, 4), es decir, no cambiará lo que juró.

CAPÍTULO XXXII. De los vicios.

1. El hombre que se aleja de Dios es inmediatamente entregado al poder de los vicios, para que, sufriendo los vicios hostiles, recapacite y regrese de donde cayó.
2. Y si los santos se esfuerzan con todas sus fuerzas por superar los vicios y no los extinguen, ¿qué hacen aquellos que no solo no odian los vicios, sino que los siguen con todo su amor?
3. Se acaricia demasiado delicadamente quien quiere superar los vicios sin esfuerzo, mientras que no puede cortar la ley del pecado, que se hizo sirviendo a los vicios, sin la violencia del dolor.
4. Renuncia perfectamente al vicio quien evita la ocasión de cometer el pecado. Pues si solo deseas no pecar, y pecas cuando se presenta la ocasión, eres tanto culpable como juez de ti mismo, porque condenas lo cometido y cometes lo condenado. Es culpable ante su propio juicio quien acusa y perpetra los vicios.
5. Algunos vicios, cuando no se evitan perfectamente, hacen que sus autores recaigan en ellos. Pues si se evita estrictamente un vicio y se descuidan otros, el esfuerzo es vano. No puede perdurar con fuerza en la observancia de una virtud quien tiene otros vicios dominando en su corazón.
6. A veces los vicios persiguen al hombre, porque quien antes los hizo sus compañeros voluntariamente, después los siente punzantes incluso sin querer.
7. Algunos no caen en el error de los vicios hasta que primero han perdido los ojos de la razón interior, como Sansón, que no fue atado por los filisteos a la máquina del error hasta que le fueron extirpados los ojos (Jueces XVI, 21).
8. Algunos, con la razón de la mente aún viva, son superados por el ataque de los vicios, y así pierden luego la intención de las buenas obras. Como el rey de Babilonia, que en presencia de Sedequías primero mató a sus hijos y luego le arrancó los ojos, y así, después de la costumbre de las malas obras y la destrucción de las buenas, también la razón de algunos perece.

CAPÍTULO XXXIII. Que de los vicios nacen vicios, y de las virtudes nacen virtudes.

1. Así se engendran pecados de pecado, que mientras no se evitan los pequeños, se cae en los grandes, y mientras se defienden los cometidos y no se lamentan, se pasa del escándalo al orgullo. De ahí que se hace doblemente culpable quien comete crímenes por voluntad y los defiende por la hinchazón de la contumacia.
2. Así se engendra vicio de vicio, como virtud se concibe de virtud. Del vicio nace el vicio. Así como David, que al no evitar el adulterio, cometió también homicidio (II Samuel XI, 6).
3. Asimismo, la virtud se concibe de la virtud, como por la virtud de la predicación evangélica los apóstoles merecieron la virtud del martirio.
4. En los corazones de los que viven mundanamente, los vicios se suceden entre sí, de modo que cuando uno se va, otro lo sucede, según el testimonio del profeta Joel, que dice: Lo que dejó la oruga lo comió la langosta, y lo que dejó la langosta lo comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón lo comió el hongo (Joel I, 4, 5). Por eso, estas cosas se recogen bajo la alegoría de los vicios, porque sigue: Despertad, borrachos, y llorad.

5. A veces se peca útilmente en vicios menores, para que se eviten más útilmente los mayores. Lee a Pablo apóstol permitiendo pecados menores para que no se cometan mayores. Pero verdaderamente se sanan los vicios que se excluyen con virtudes, no con vicios. Sin embargo, algunos vicios ocultos de algunos aparecen cuando cesan otros vicios.

CAPÍTULO XXXIV. De las virtudes mal usadas.

1. A veces las virtudes mal usadas engendran vicios por sí mismas: lo que ocurre por el apetito desmedido del alma, al que no le basta el don que ha merecido, a menos que de él busque alabanzas o ganancias condenables.

2. A veces las virtudes engendran vicios cuando no se relajan en el momento oportuno. Así sucede que lo que en lugar adecuado son virtudes, en lugar inadecuado se consideran vicios, como si por la llegada de un hermano no se rompiera el ayuno canónico.

3. Por tanto, toma la discreción de las virtudes del apóstol Pablo, quien actuó a tiempo lo que prohibió absolutamente hacer.

4. Asimismo, algunas virtudes, cuando no sirven a la discreción, se convierten en vicios. Pues a menudo la justicia, cuando excede su medida, engendra la crueldad; y la piedad excesiva produce la disolución de la disciplina, y el celo, cuando es más de lo necesario, se convierte en el vicio de la ira, y mucha mansedumbre engendra la pereza de la indolencia.

5. La discreción del hombre prudente prevé hábilmente no actuar el bien intemperantemente, y no pasar de la virtud al vicio.

6. Asimismo, en algunos, de la virtud se engendra el vicio, cuando alguien se gloria de los méritos de la castidad y la abstinencia. Pues quien da limosna por vanagloria, hace del vicio una virtud. Pero también quien tiene arrogancia por su sabiduría, y quien busca recompensa por la justicia, y quien convierte algún don de Dios que ha merecido en su propia alabanza, o lo usa para malos fines, sin duda transforma la virtud en vicio.

7. Los hombres nutren vicios de las virtudes, por los cuales perecen. Nuevamente, Dios, con arte poderosísima, forma virtudes de nuestro vicio, con las cuales nos reforma de la iniquidad.

CAPÍTULO XXXV. De las virtudes simuladas.

1. Algunos vicios presentan la apariencia de virtudes, y por eso engañan más perniciosamente a sus seguidores, porque se ocultan bajo el velo de las virtudes. Pues los vicios que inmediatamente aparecen contrarios a las virtudes, pronto, cuando se manifiestan abiertamente, se corrigen, por lo que sus seguidores se avergüenzan de tales crímenes.

2. Sin embargo, los carnales a menudo, por la insensibilidad de la mente, no reconocen que el vicio es culpable, lo que parece digno de condenación.

3. Asimismo, algunos vicios parecen ser especies de virtudes, pero no son virtudes. Pues a veces bajo el pretexto de la justicia se actúa con crueldad, y se cree que es virtud lo que en realidad es vicio, así como la negligencia remisa se cree mansedumbre, y lo que hace la negligencia torpe se cree que lo hace la indulgencia de la piedad. A veces también el vicio de la prodigalidad imita la virtud de la generosidad, y la triste avaricia imita la virtud de la moderación, y el vicio de la obstinación se oculta bajo la virtud de la constancia. Asimismo,

el miedo se oculta bajo la apariencia de obediencia, y se dice que es la virtud de la humildad, lo que sin embargo es el vicio del miedo. Pero también la procacidad de la voz se toma por la libertad de la verdad, y el vicio de la pereza imita la virtud de la quietud. Por otro lado, el vicio de la inquietud quiere llamarse virtud de la solicitud, y la facilidad de la precipitación se cree fervor del buen estudio, y la tardanza en hacer el bien parece ser la demora del consejo, mientras que esta es virtud, aquella es vicio. Por tanto, con tal ejemplo, los vicios imitan la apariencia de las virtudes; y algunos confían en ser justos por lo que más bien son reprobados.

4. Un ejemplo adecuado de los vicios se toma de la apariencia del ladrón. Pues así como el ladrón sale de las emboscadas, y se une a los que viajan, fingiendo ser compañero, hasta que engaña al desprevenido, y cuando de repente irrumpe, se muestra manifiestamente como ladrón para destrucción: así a veces los vicios se mezclan peligrosamente con las virtudes, hasta que toda la eficacia de la buena obra la arrebatan para sus propios usos, y el alma que se complacía en sí misma por las virtudes se ve engañada por los vicios condenables.

CAPÍTULO XXXVI. Del apetito de las virtudes.

1. Nos elevamos con dificultad hacia las virtudes, nos deslizamos hacia los vicios sin esfuerzo. Aquellas son arduas, estos son fáciles. Sufrimos grandes sudores para poder ascender al cielo.

2. Así como los que tienden a la cumbre de las virtudes no comienzan desde lo más alto, sino desde lo modesto, para alcanzar gradualmente lo más elevado, así también los que se deslizan hacia los vicios no comienzan inmediatamente con grandes crímenes, sino que se acostumbran a los pequeños, y así se precipitan en los mayores.

3. Así como poco a poco el hombre se precipita de los vicios menores a los mayores, así también gradualmente se esfuerza por alcanzar las virtudes excelsas desde las modestas.

4. Pero quien intenta comprender las virtudes desordenadamente, pronto se pone en peligro. Esta es la causa en la naturaleza de las cosas, que todo lo que tiende rápidamente al progreso, sin duda se termina rápidamente; como las hierbas, que perecen tanto más rápido cuanto más rápido crecen. Pero, por el contrario, los árboles, fundados en una raíz profunda, perduran más tiempo porque llegan gradualmente al progreso.

5. No sirve de nada hacer algún bien mezclado con el mal; primero hay que abstenerse del mal, luego practicar el bien. Esto lo indica el profeta cuando dice: Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien (Isaías I, 16).

6. Primero deben extirparse los vicios en el hombre, luego deben injertarse las virtudes. Pues no pueden coexistir y unirse la verdad con la mentira, la modestia con la petulancia, la fe con la perfidia, la castidad con la lujuria.

7. Algunas virtudes son supremas, otras son intermedias. La fe, la esperanza y la caridad son virtudes supremas. Pues quienes las poseen, ciertamente las poseen verdaderamente. Otras virtudes son intermedias, porque pueden tenerse tanto para utilidad como para perjuicio, si alguien se enorgullece arrogantemente de ellas, como la doctrina, el ayuno, la castidad, la ciencia, o las riquezas temporales, de las cuales podemos obrar bien o mal.

8. Quien ya ha comenzado a ser mejor desde lo peor, debe cuidarse de exaltarse por las virtudes recibidas, para no caer más gravemente por las virtudes que antes yacía por la caída de los vicios.

9. A quien Dios justifica, para que no se exalte nuevamente por las virtudes, le concede algunos dones de virtudes, y le retira otros, para que mientras la mente se exalta por lo que tiene, nuevamente se humille por lo que sabe que no tiene.

10. Quien, inspirado por el don de la gracia celestial, se eleva a las virtudes, si acaso es reprimido por alguna adversidad por la mano del Dios moderador, para que no se exalte por las virtudes recibidas, no debe quebrarse, porque también esto mismo, el soportar con ecuanimidad ser humillado por los golpes, es sin duda una gran virtud.

CAPÍTULO XXXVII. De la lucha de las virtudes contra los vicios.

1. Entonces los hombres santos se limpian más verdaderamente de la inmundicia de los vicios, cuando contra cada vicio se oponen virtudes individuales. A veces los vicios luchan con las virtudes para utilidad, para que con esa misma lucha la mente se ejercite o el ánimo convertido se restrinja de la exaltación.

2. Contra los impulsos de los vicios se debe luchar con virtudes contrarias. Contra la lujuria del corazón se debe aplicar la pureza, contra el odio se debe preparar el amor, contra la ira se debe proponer la paciencia. Por tanto, contra el miedo se debe aplicar la virtud de la confianza, contra la pereza la batalla del celo; también contra la tristeza se debe oponer la alegría, contra la acedia la fortaleza, contra la avaricia la generosidad, contra la soberbia la humildad. Así, las virtudes individuales reprimen los vicios que nacen contra ellas, y los movimientos de las tentaciones se extinguen con la virtud de la caridad divina.

3. La abstinencia doma la lujuria. Pues cuanto más se debilita el cuerpo con el ayuno, tanto más se retira la mente del apetito ilícito.

4. Contra la ira lucha la tolerancia; pero la ira se mata a sí misma, mientras que la paciencia soportando lleva la victoria.

5. La esperanza del gozo eterno supera la tristeza; y la dulzura de la tranquilidad interior alivia lo que la mente turbada sufre por las cosas exteriores.

6. Contra la envidia se debe preparar la caridad, y contra los incendios de la ira se debe aplicar la tranquilidad de la mansedumbre.

7. Los soberbios imitan la soberbia del diablo, contra la cual se opone la humildad de Cristo, por la cual se humillan los altivos.

8. La soberbia es la reina y madre de los siete vicios principales, y estos mismos siete principales engendran de sí muchos vicios, que están unidos entre sí por una cierta relación, de modo que de uno nace otro.

9. Así como la soberbia, príncipe de los siete vicios, nos somete a sus poderes, así Cristo, lleno de gracia septiforme, nos libera del dominio de los vicios; y a quienes aquella somete a siete vicios, este libera con el don de la gracia septiforme.

CAPÍTULO XXXVIII. De la soberbia.

1. La soberbia es peor que cualquier vicio, ya sea porque es asumida por las personas más altas y principales, o porque surge de la obra de la justicia y la virtud, y su culpa se siente menos. La lujuria de la carne es notoria para todos porque es inmediatamente vergonzosa por sí misma. Y sin embargo, a los ojos de Dios, la soberbia es menor. Pero quien está detenido por la soberbia y no la siente, cae en la lujuria de la carne: para que, humillado por esta, se levante de la confusión y de la soberbia.
2. Todo pecador es soberbio, porque al hacer lo prohibido desprecia los mandamientos divinos. Por tanto, el principio de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico X, 15), porque si no precede la desobediencia a los mandamientos de Dios, no sigue la culpa de la transgresión.
3. Toda soberbia yace tanto más en lo bajo cuanto más se eleva; y tanto más profundamente cae cuanto más alto se eleva. Pues quien se eleva por su propia soberbia, es inclinado por la justicia de Dios.
4. Los que se inflan de soberbia se alimentan de viento. Por eso el profeta dice: Todos tus pastores son alimentados por el viento (Jeremías XXII, 22), es decir, el espíritu de la soberbia.
5. Los que se enorgullecen de sus virtudes deben ser juzgados por las mismas obras que usan como virtudes, porque no hacen una cosa buena con buena voluntad. Pues en verdad, sin humildad, cualquier virtud, y sin caridad, se considera un vicio.
6. Con razón el diablo cayó de la bienaventuranza suprema por la soberbia. Por tanto, los que se exaltan por las virtudes imitan al diablo; y caen más gravemente porque caen desde lo alto.
7. La soberbia, así como es el origen de todos los crímenes, es la ruina de todas las virtudes. Es la primera en el pecado, la última en la lucha. Pues o al principio derriba la mente por el pecado, o finalmente la derriba de las virtudes. Por eso es el mayor de todos los pecados, porque tanto por las virtudes como por los vicios extermina la mente humana.
8. Que la soberbia caiga donde nace, para que no haya otra culpa para los soberbios, otra pena, sino que la misma culpa sea para ellos también pena.
9. Que la soberbia engendre la arrogancia, no que la arrogancia engendre la soberbia. Pues si no precede la oculta elevación de la mente, no sigue la abierta jactancia de la alabanza. Así, en la culpa, la soberbia se antepone a la arrogancia, como se prefiere en origen.
10. A menudo, para la corrección de la elevación, por la providencia de Dios, algunos caen en algún caso, por el cual, reprendidos, se humillan a sí mismos, y no buscan ser alabados por los dones de Dios, sino que alaban a Dios, de quien han recibido, por lo que quieren ser alabados.
11. Es más útil que el arrogante caiga en cualquier vicio, y se haga humilde ante Dios después de la caída, que enorgullecerse por la elevación, y recibir una condenación más grave por la soberbia.

CAPÍTULO XXXIX. De la fornicación.

1. De la culpa de la soberbia a menudo se pasa a la abominable inmundicia de la carne. Pues una cosa depende de la otra; pero así como por la soberbia de la mente se va a la prostitución

de la lujuria, así por la humildad de la mente se salva la castidad de la carne. Sin embargo, Dios a veces derriba la oculta soberbia de la mente por la manifiesta ruina de la carne.

2. La inmundicia de la lujuria nace de la oculta soberbia del alma, como ejemplo del primer hombre, que tan pronto como se enorgulleció contra Dios por la soberbia, inmediatamente sintió la lujuria de la carne y cubrió sus partes vergonzosas. Por tanto, cada uno debe atribuir a su propia culpa el haber caído, cada vez que es vencido por la lujuria, porque si no hubiera precedido la oculta soberbia, no seguiría la manifiesta ruina de la lujuria.

3. A veces el cristiano es atacado por el diablo con un doble vicio, tanto oculto por la elevación como público por la lujuria. Pero mientras alguien evita la lujuria, cae en la elevación. Asimismo, mientras descuidadamente evita la elevación, cae perezosamente en la lujuria; y así, del oculto vicio de la elevación se pasa al manifiesto de la lujuria, y del manifiesto de la lujuria se pasa al oculto de la elevación. Pero el siervo de Dios, considerando discretamente ambos, evita la lujuria de tal manera que no incurre en la elevación; y reprime la elevación de tal manera que no relaja el ánimo hacia la lujuria.

4. Los demonios son más favorables a los lujuriosos y soberbios, y mientras en otros vicios los espíritus malignos sirven, a estos sin embargo se unen con mayor familiaridad, y les sirven más según su deseo.

5. Principalmente con estos dos vicios el diablo domina al género humano, es decir, la soberbia de la mente y la lujuria de la carne. Por eso el Señor habla en Job sobre el diablo diciendo: Duerme bajo la sombra en el secreto del junco en lugares húmedos (Job XL, 16). Pues por el junco se demuestra la vana soberbia, y por los lugares húmedos se demuestra la lujuria de la carne. Por estos dos vicios el diablo posee al género humano, ya sea elevando la mente en soberbia, o corrompiendo la carne por la lujuria.

6. Muchos están sujetos a la lujuria, y con soberbia contumaz se glorían de la misma obra de la lujuria; y se elevan más por lo que debieron humillarse.

7. A la comparación del mal se hace peor, cuando no solo se cometen escándalos, sino que también se exaltan perdidamente por la vanidad de la alabanza de los mismos escándalos, como está escrito: Se alaba al pecador en los deseos de su alma (Salmo IX, 24). ¿Qué hay peor que alegrarse en los escándalos, de los cuales ya deberían llorar copiosamente?

8. La lujuria se busca más cuando se ve. Pues como dice un sabio: Las primeras flechas de la fornicación son los ojos, las segundas las palabras. Pero quien no es capturado por los ojos, puede resistir con palabras. La naturaleza es suficiente, donde aún el afecto es libre.

9. Quien refrena la delectación de la sugestión lujuriosa, no pasa al consentimiento de la lujuria. Pues rápidamente resiste a la obra quien no se acomoda a la delectación que lo titila.

10. Se impugna más duramente a quien es tentado hasta el consentimiento, aunque no hasta la perpetración, que a quien solo es tentado por la sugestión por la condición de la carne.

11. Los estímulos de la carne, que en Pablo, excitados por el ángel de Satanás, estaban (II Cor. XII), son de la ley del pecado, que habitan en los miembros de los hombres por la necesidad de la lujuria. La cual, resistiendo, mientras se combate en sí misma, se perfecciona, y de la debilidad de la titilación lujuriosa recibe la virtud del glorioso combate.

12. Los siervos de Dios enfrentan muchas luchas con su carne; pues aunque su intención en el amor de Dios sea inquebrantable, su mente, en la carne que llevan externamente, soporta batallas internas. Sin embargo, Dios, que permite esto para su prueba, no abandona a los suyos, protegiéndolos con su gracia.

13. Por eso, a veces los elegidos caen en un desliz carnal, para ser sanados del vicio de la soberbia, de la cual se enorgullecen por sus virtudes; y aquellos que se vuelven soberbios por el afecto de las virtudes, caen por el vicio de la carne para ser humillados y así levantarse.

14. Antes de que el adulterio se complete en la obra, ya existe en el pensamiento. Porque del corazón deben ser eliminadas primero las fornicaciones, y no se desbordarán en la obra. De ahí que el profeta diga: Ciñan sus lomos sobre sus pechos (Isaías XXXII, 11); esto es, corten en el corazón las lujurias que pertenecen a los lomos. Pues el corazón está sobre los pechos, no en los lomos.

15. La licencia desmedida de la lujuria no conoce límites. Pues cuando el alma viciosa se relaja en la satisfacción de la fornicación, con la carne lujuriosa, no obstante, pasa a otros crímenes nefandos, persuadida por los demonios; y cuando desmedidamente excede los límites de la modestia, añade crimen a crímenes, y poco a poco avanza hacia lo peor.

16. No es tan dulce la lujuria de la carne no experimentada de los amantes, o más bien de los insensatos, como la experimentada; ni deleita tanto la fornicación cuando se comete por primera vez, pues repetida introduce un mayor deleite. Y si llega a convertirse en hábito, se vuelve tan dulce para los perdidos, que es difícil superarla. Por eso, a menudo, por la costumbre de pecar, somos arrastrados a pecar como cautivos con cierta violencia, y sentimos que nuestros sentidos se rebelan contra nuestra voluntad recta.

17. Si la mente se deleita más con el placer de la fornicación que con el amor de la castidad, el pecado aún reina en el hombre. Ciertamente, si la belleza de la castidad íntima deleita más, ya no reina el pecado, sino la justicia. Pues no solo por la fornicación cometida el pecado reina en el hombre; sino que si aún se deleita y retiene el ánimo, sin duda reina.

18. La fornicación de la carne es adulterio, la fornicación del alma es servidumbre de los ídolos. Hay también fornicación espiritual, según lo que el Señor dice: Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mateo V, 28).

19. Toda contaminación impura se llama fornicación, aunque cada uno se prostituya con diversa voluptuosidad de torpeza. De la delectación de fornicar nacen varios crímenes, por los cuales se cierra el reino de Dios, y el hombre se separa de Dios.

20. Entre los otros siete vicios, la fornicación es el mayor crimen, porque por la impureza de la carne viola el templo de Dios, y tomando los miembros de Cristo, los hace miembros de una prostituta.

21. Más por la lujuria de la carne el género humano se somete al diablo que por otros vicios. Pues cuando él intenta pervertir a los hombres seducidos por varias tentaciones, sugiere más el deseo de adulterar, porque intenta que ambos sexos enfermen más en este vicio.

22. Los demonios, sabiendo que la belleza del alma es la castidad, y que por ella el hombre se iguala a los méritos angélicos de los cuales ellos cayeron, heridos por la envidia, infunden a través de los sentidos del cuerpo la obra y el deseo de la lujuria, para que arrastren el alma caída de los cielos hacia abajo, y se gloríen llevando a los que vencieron al infierno con ellos.

23. Cuando por impulso de los demonios la mente es llevada al deleite de la fornicación, se deben presentar ante los ojos el temor del juicio divino y las tormentas eternas del fuego, porque ciertamente todo castigo se supera por el temor de un suplicio más grave. Pues así como un clavo expulsa a otro clavo, así a menudo el recuerdo del ardor del infierno remueve el ardor de la lujuria.

24. Algunos que viven lujosamente en la juventud, en la vejez se deleitan en hacerse continentes, y entonces eligen servir a la castidad, cuando la lujuria los desprecia como siervos.

25. No deben llamarse continentes en la vejez aquellos que vivieron lujosamente en la juventud. Tales no tienen recompensa, porque no tuvieron la lucha del trabajo. La gloria espera a aquellos en quienes hubo luchas laboriosas.

CAPÍTULO XL. De la continencia.

1. La continencia es dada por Dios; pero pedid, dice, y recibiréis (Mateo VII, 7). Sin embargo, se concede cuando Dios es tocado por el gemido interno.

2. La virginidad es preferida al matrimonio. Aquello es bueno, esto es óptimo. El matrimonio es concedido (I Cor. VII), la virginidad solo es aconsejada, no ordenada. Pero solo es aconsejada porque es demasiado excelsa.

3. La virginidad es un bien doble, porque en este mundo pierde la preocupación del siglo, y en el futuro recibe la recompensa eterna de la castidad.

4. Las vírgenes son más felices en la vida eterna, como testifica Isaías: Esto dice el Señor a los eunucos: «Les daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar; y un nombre mejor que el de hijos e hijas, les daré un nombre eterno que no perecerá» (Isaías LVI, 4, 5). No hay duda de que quienes perseveran castos y vírgenes se hacen iguales a los ángeles de Dios.

5. Debe amarse la belleza de la castidad, cuya delectación probada se encuentra más dulce que la de la carne. La castidad es fruto de suavidad, y belleza inviolada de los santos. La castidad es seguridad de la mente, salud del cuerpo; de ahí que leemos que algunos gimnastas gentiles practicaron la abstinencia perpetua de Venus, para no quebrar su virtud con la lujuria. Pues la vida lujuriosa debilita rápidamente la carne, y la lleva rápidamente a la vejez.

6. Todo pecado recibe la sanidad de la herida por la penitencia; sin embargo, la virginidad, si cae, de ninguna manera se repara. Pues aunque al arrepentirse reciba el fruto del perdón, de ninguna manera recupera su incorruptibilidad original.

7. La virgen de carne, no de mente, no tiene recompensa en la promesa. Por eso el Salvador, viniendo en el juicio, dice a las vírgenes insensatas: En verdad os digo, no os conozco (Mateo XXV, 12). Donde encuentre la mente corrompida al juzgar, sin duda condenará la incorruptibilidad de la carne.

8. De nada sirve la incorruptibilidad de la carne, donde no hay integridad de mente. Y de nada vale ser puro de cuerpo quien está contaminado de mente.

9. Hay muchos de los reprobados que no conocen el contagio de la corrupción carnal; que así como son infecundos de cuerpo, permanecen estériles de mente, y en la fecundidad de la obra buena; que se alegrarían rectamente de la virginidad, si no sirvieran a otras obras perversas.

10. Quien profesa la continencia y no se aparta de otros deseos terrenales, aunque la lujuria de la carne no lo contamine, sin embargo, la diversa operación de la conversación mundana lo mancha.

11. Las vírgenes que se glorían de sus méritos son comparadas con los hipócritas, que buscan la gloria de la buena obra externamente, cuando debieron tenerla humildemente dentro de la conciencia. Tales, por tanto, no llegan a las promesas celestiales, porque ellos mismos se quitan la recompensa de la virginidad por el vicio de la elevación. Esto es no tener aceite en las lámparas en el Evangelio, es decir, no guardar dentro de la conciencia el testimonio de la buena obra, sino gloriarse en la cara ante los hombres, no en el corazón ante Dios.

12. La ruina del adulterio es seguida por el destino del matrimonio; y es mejor tomar esposa que perecer por el ardor de la lujuria.

13. A algunos no les deleita el honor conyugal por engendrar hijos, sino que lo buscan por la turbulenta costumbre de la carne y la lujuria, y así usan mal del bien.

14. Los vicios son malos por sí mismos, pero los matrimonios y las potestades son buenos por sí mismos; sin embargo, por lo que los rodea, se vuelven malos. Los matrimonios son malos por lo que dice el Apóstol: Quien está con esposa piensa en las cosas del mundo (I Cor. VII, 33). Y: Por causa de la fornicación, cada uno tenga su esposa (Ibid. VII, 2). Así también las potestades se vuelven malas por la elevación, por la opresión, y por la prevaricación de la justicia. Las riquezas dañan, y las potestades también, pero por lo que se les pone al lado, no por sí mismas; como el camino recto, junto al cual nacen espinas, que al crecer al lado dañan a quienes caminan por el camino recto.

CAPÍTULO XLI. De la codicia.

1. Nadie puede emprender las batallas espirituales, a menos que primero haya dominado los deseos de la carne.

2. La mente no puede estar libre para contemplar a Dios, si está ansiosa por los deseos de este mundo y las codicias. Pues no podrá ver lo alto el ojo que el polvo ciega.

3. La avaricia y el amor al dinero son peores que cualquier pecado. Por eso se dice por Salomón: Nada hay más inicuo que amar el dinero (Eclesiástico X, 10); pues hace su alma vendible, ya que en su vida arroja sus entrañas.

4. La codicia es madre de todos los crímenes. Por eso dice el Apóstol: La raíz de todos los males es la codicia; la cual algunos, al desearla, se desviaron de la fe (I Tim. VI, 10). Si, por tanto, se corta la raíz de los crímenes, no brotan las demás ramas de los pecados.

5. Muchos, por causa de la codicia terrenal, incluso han renunciado a la fe misma. La codicia vendió a Cristo. Pues en muchos hay tal deseo de cosas ajenas, que no dudan en cometer homicidio, como Acab, quien satisfizo su apetito de codicia con el derramamiento de sangre (III Reyes XXI).

6. A menudo los inicuos logran los males que codician, para que sean castigados más fuertemente por el afecto de su deseo maligno. Pero Dios no permite que sus elegidos lleguen a la perfección de sus deseos malignos, sino que convierte su mente al dolor por lo que malamente desean en el mundo, para que por esta experiencia recapaciten y vuelvan a Dios, de quien se apartaron con la mente. Sepa, por tanto, que Dios le es propicio al adversario, quien no se le permite cumplir lo que temporalmente codicia. Se cree que por el juicio secreto de Dios sucede que perecen más duramente aquellos cuya codicia es seguida inmediatamente por el efecto de la acción.

7. La codicia nunca sabe saciarse. Siempre el avaro necesita; cuanto más adquiere, tanto más busca; y no solo se atormenta por el deseo de aumentar, sino que también se ve afectado por el miedo a perder.

8. Nacemos pobres en esta vida, pobres nos iremos de la vida. Si creemos que los bienes de este mundo son perecederos, ¿por qué los deseamos con tanto amor?

9. Muchos poderosos son inflamados por tal rabia de codicia, que excluyen a los pobres de sus confines, y no les permiten habitar. A quienes correctamente se les dice por el Profeta: ¡Ay de los que juntan casa con casa, y campo con campo hasta el límite del lugar! ¿Acaso solo vosotros habitaréis en medio de la tierra? (Isaías V, 8, 14). El mismo profeta anuncia que tales hombres serán arrebatados por el infierno, es decir, por el diablo, a la perdición, diciendo: Por eso el infierno ha ensanchado su alma, y ha abierto su boca sin límite, y descenderán sus fuertes, y sus nobles, y sus gloriosos a él. No es de extrañar que sean destinados al fuego del infierno al morir, quienes no extinguieron la llama de su codicia mientras vivían.

10. Los que arden con el deseo de la codicia, son quemados por el soplo de la inspiración diabólica. Pues la soberbia encendió la mente de Eva para que comiera del árbol prohibido. La envidia encendió la mente de Caín para que matara a su hermano (Génesis III, 4). La lujuria encendió a Salomón para que, por amor a la lujuria, adorara ídolos. La codicia encendió a Acab para que uniera el homicidio a la avaricia (III Reyes XXI). Por estas inspiraciones el diablo corrompe los corazones de los hombres con codicias ocultas.

CAPÍTULO XLII. De la gula.

1. La primera sugerencia de la concupiscencia es el pan, al cual si no se cede, se reprimen los diversos deseos de la glotonería. Por eso Daniel dice: No comí pan de deseo (Daniel X, 3), es decir, no cumplí su concupiscencia.

2. La primera materia de la lujuria es la saciedad del pan. Por eso el profeta acusa a Sodoma de la saciedad del pan, diciendo: Esta fue la iniquidad de Sodoma, soberbia, saciedad de pan, y abundancia (Ezequiel XVI, 49). Los sodomitas, tomando el pan de manera immoderada, cayeron en la torpeza de los crímenes, y por eso merecieron, acompañados de soberbia, ser quemados por los incendios celestiales, ya que no mantuvieron la medida de la glotonería.

3. Es útil evitar la gula y la concupiscencia de los alimentos. Pues, ¿qué es tan nocivo como que el alma sirva al vientre y a la comida, que son para ser destruidas, como testifica el Apóstol, diciendo: Pero Dios destruirá tanto a este como a aquella (I Cor. VI, 13)?

4. La libido es próxima al vientre, tanto en lugar como en vicio. Pues donde hay cuidado del vientre, también hay de lo que está próximo al vientre. En el orden de los miembros, los

genitales están unidos al vientre. Y cuando uno de estos se alimenta immoderadamente, el otro se excita a la lujuria.

5. No se debe usar de los banquetes para la lujuria o la saciedad, sino solo para sustentar el cuerpo. Pues, como dicen los filósofos, los alimentos fueron inventados para contener el alma, no para corromperla.

6. Los que usan demasiado de los alimentos, cuanto más alimentan el vientre, tanto más embotan el sentido de la mente. Pues los griegos dijeron que de un vientre grueso no puede nacer un sentido sutil. Pues la saciedad excesiva de la gula embota la agudeza de la mente, y hace que el ingenio se desvanezca.

7. Los fuegos de la lujuria crecen con los fomentos de los alimentos; pero el cuerpo que la abstinencia debilita, la tentación no quema. Por eso los tres jóvenes abstinentes, aunque la llama del incendio babilónico los tocó, no los quemó, porque aunque el fuego de los deseos carnales inflama las mentes de los abstinentes, no las quema hasta el consentimiento de la concupiscencia o de la obra.

8. Quien tiene abundancia de banquetes, considere el castigo del rico ardiente, cuya tanta era la escasez en el infierno entre las llamas, cuanta aquí era la abundancia de banquetes. Pues en este mundo no quiso tener hambre y sed, por eso allí, sediento entre las llamas, buscó una gota de agua, y no la mereció.

9. Se debe considerar cuán vehementemente se reprende la comilona y los banquetes suntuosos. Pues el Señor amenaza por el profeta que no perdonará esta iniquidad a quienes la buscan con gusto. Dice por Isaías: «He aquí gozo y alegría, matar novillos, y degollar carneros, comer carne y beber vino. Si se perdona esta iniquidad hasta que muráis» (Isaías XXII, 13, 14).

10. Así como todas las concupiscencias carnales se cortan por la abstinencia, así todas las virtudes del alma se destruyen por el vicio de la glotonería. De ahí que el príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén, porque el vientre, al que sirven los cocineros, destruye las virtudes del alma. Pues nadie puede alcanzar la perfección de las virtudes, a menos que primero haya dominado la glotonería del vientre.

11. Nadie puede dominar los demás vicios, a menos que primero haya restringido la glotonería del vientre. Y nadie podrá fácilmente expulsar de sí mismo los espíritus inmundos, a menos que sea por la abstinencia de la gula. Pues entonces los enemigos que están fuera de nosotros son vencidos más fuertemente, cuando primero se extinguen los vicios que están dentro de nosotros. Pues en vano lucha afuera quien tiene peligro adentro.

12. No se debe evitar la calidad de los alimentos, sino su concupiscencia. Pues a menudo se degustan sin concupiscencia de gula los alimentos preparados con más esmero, y a menudo se toman con deseo de comer los alimentos despreciables y viles. Así se hace que no esté en culpa la calidad de los alimentos, sino que se considere como vicio lo que se degusta con deseo.

13. Hay cuatro tipos de distinciones en el apetito de la gula, es decir: qué, cuándo, cuánto, y cómo se apetece. Qué se refiere a la cosa misma que se apetece. Cuándo, si se apetece algo antes del tiempo legítimo. Cuánto se refiere a la immoderación. Cómo se atribuye a la impaciencia de la prisa.

14. Ningún acreedor es tan importuno para el hombre como el vientre, que cumple la retribución diaria de la comida con la exigencia diaria del hambre. Pues con los demás vicios, aunque a veces nacemos, a veces no morimos con ellos; pero con este nacemos, y con este morimos.

15. A menudo el placer de comer se infiltra bajo el pretexto de la necesidad, de modo que mientras se cree servir a la necesidad, se sirve al deseo de la voluptuosidad; y no se discierne fácilmente si lo que se toma se debe a la gula o a la necesidad.

CAPÍTULO XLIII. De la embriaguez.

1. La comida genera la indigestión, la bebida genera la embriaguez. La embriaguez genera perturbación de la mente, furia del corazón, llama de lujuria.

2. La embriaguez aliena tanto la mente, que no sabe dónde está. Por eso tampoco se siente el mal que se comete por la embriaguez. Es verdad lo que dice el profeta: La fornicación y la embriaguez quitan el corazón (Oseas IV, 11). Pues la fornicación, como en Salomón (III Reyes XI), hace insensato al sabio. La embriaguez, como en Lot (Génesis XIV), captura el sentido de la razón. Por eso en los Proverbios: Los poderosos, dice, no deben beber vino, no sea que al beberlo, olviden la sabiduría (Proverbios XXXI, 4).

3. Para muchos es un elogio beber mucho vino y no embriagarse. Que escuchen estos al profeta diciendo contra ellos: ¡Ay de los que son poderosos para beber vino, y hombres fuertes para mezclar embriaguez! (Isaías V, 22).

4. Isaías reprende así a los que se entregan al vino y viven lujosamente, diciendo: ¡Ay de los que se levantan temprano para seguir la embriaguez, y beben hasta el anochecer, para que ardan con el vino! (Isaías V, 11). De tales también se dice en otro lugar: ¡Ay de ti, ciudad cuyo rey es joven, y cuyos príncipes comen por la mañana! (Eclesiastés X, 16).

5. Muchos sirven a la embriaguez y a los placeres de la gula desde la mañana hasta el ocaso, y no entienden por qué nacieron; sino que, detenidos por la costumbre bestial, sirven solo a la lujuria y a los banquetes todo el día.

6. El profeta Joel clama a los que sirven a la embriaguez, diciendo: Despertad, borrachos; y llorad, y aullad, todos los que bebéis vino en dulzura (Joel I, 5). En este testimonio no dice solo: Llorad, todos los que bebéis vino, para que no se permita beber en absoluto; sino que añade, en dulzura, lo que se refiere a la efusión voluptuosa y pródiga. Pues lo que es suficiente para la necesidad, el Apóstol enseña a Timoteo a beber, diciendo: Usa un poco de vino.

7. No solo se embriagan los hombres con el vino, sino también con otros tipos de bebidas, que se preparan de diversas maneras. Por eso a los nazareos, que se santificaban al Señor, se les ordenó no beber vino ni sidra. Ambas cosas trastornan el estado de la mente, y hacen ebrios; ambas también generan igualmente la lujuria de la carne.

8. Algunos continentes, así como comen el pan con peso, también toman el agua con medida, afirmando que para la castidad de la carne conviene incluso la abstinencia del agua.

CAPÍTULO XLIV. De la abstinencia.

1. Este es el ayuno perfecto y razonable, cuando nuestro hombre exterior ayuna, el interior ora. Más fácilmente la oración penetra el cielo por el ayuno. Entonces el hombre, hecho espiritual, se une a los ángeles, y se une más libremente a Dios.
2. Por el ayuno también se revelan los misterios celestiales ocultos, y se desvelan los arcanos del sacramento divino. Así Daniel, por la revelación del ángel, mereció conocer los sacramentos de los misterios (Daniel X, 3). Pues esta virtud muestra tanto las manifestaciones de los ángeles como sus anuncios.
3. Los ayunos son armas poderosas contra las tentaciones de los demonios. Pues rápidamente son vencidos por la abstinencia. Por eso, nuestro Señor y Salvador también advierte que sus ataques se superan con ayunos y oraciones, diciendo: Este género no sale sino con oración y ayuno (Mateo XVII, 20). Pues los espíritus impuros se lanzan más donde ven más comida y bebida.
4. Los santos, mientras habitan en la vida de este mundo, llevan su cuerpo seco con el deseo del rocío celestial. Por eso también el salmo dice: Mi alma tiene sed de ti, mi carne también (Salmo LXII, 1). Pues la carne tiene sed de Dios cuando se abstiene y se seca por el ayuno. La abstinencia vivifica y mata: vivifica el alma, mata el cuerpo.
5. A menudo la abstinencia se practica de manera simulada, y los ayunos se ejercen con hipocresía. Pues algunos laceran su cuerpo con una increíble inanición, desfigurando, como dice el Evangelio, sus rostros para parecer a los hombres que ayunan (Mateo VI, 16). Palidecen de rostro, se debilitan de cuerpo, suspiran profundamente de corazón. Incluso antes de la muerte se entregan a suplicios mortales; y persiguen tan miserable ejercicio de trabajo, no por amor a Dios, sino por la sola admiración de la alabanza humana.
6. Algunos se abstienen de manera increíble para parecer santos a los hombres curiosos; pero este bien de la abstinencia no debe ser considerado virtud para tales, sino vicio, porque usan mal del bien.
7. El ayuno y la limosna aman estar en secreto, para que solo Dios, que ve todo, recompense el mérito de las buenas obras. Pues quienes las hacen bajo manifestación popular, de ninguna manera son justificados por Dios, porque según el sermón evangélico han recibido su recompensa de los hombres (Mateo VI, 5).
8. Los ayunos son aceptables a Dios cuando se acompañan de buenas obras. Pero quienes se abstienen de alimentos y actúan mal, imitan a los demonios, que no tienen comida y siempre tienen maldad. Pues bien se abstiene de alimentos quien también ayuna de actos de malicia y de las ambiciones del mundo.
9. Quienes se abstienen de las carnes por odio, no por voto de abstinencia, deben ser más bien execrados, porque rechazan la criatura de Dios concedida para el uso humano. Pues nada es impuro para los fieles, y nada se juzga inmundo, como atestigua el apóstol Pablo: Todo es puro para los puros; pero para los contaminados e infieles, nada es puro, porque están contaminados su mente y su conciencia (Tito I, 15).
10. Se desprecia el ayuno que se recompone con la plenitud de alimentos al anochecer. Pues no debe considerarse abstinencia donde sigue la saciedad del vientre.

11. Se desprecia el ayuno que se compensa con delicias al anochecer, diciendo el profeta Isaías: He aquí que en el día de vuestro ayuno se encuentra vuestro placer (Isaías LVIII, 3); pues el placer se entiende como delicias. Así como la repetición de deudas, las disputas, las contiendas y los golpes, también las delicias son reprobadas por el profeta en el ayuno.

12. Pues todo el día rumia banquetes en su pensamiento quien se prepara delicias por la noche para saciar su gula.

13. No debe aplicarse al cuerpo una abstinencia desmedida, no sea que, al ser más gravada la carne por el peso de la inanición, ni haga mal después, ni comience a hacer bien, y lo que se destina a evitar el mal, pierda también el oficio del bien al ser más oprimida. Por tanto, con cuidadosa discreción debe moderarse la materia de la carne, a saber, que no se extinga completamente ni se relaje desmedidamente.

14. Nadie puede alcanzar la perfección prevaleciendo la excesiva debilidad de la carne. Pues aunque alguien tenga amor por la santidad, no puede ejecutar el mérito de la obra, al que intenta servir con la intención del corazón.

15. La excesiva debilidad del cuerpo también quiebra las fuerzas del alma, y hace marchitar el ingenio de la mente, y no puede completar nada bueno por la debilidad.

16. Nada en exceso. Pues todo lo que se hace con medida y temperancia es saludable; pero todo lo que es excesivo y más allá de la medida se vuelve pernicioso, y su esfuerzo se vuelve en contra. Por tanto, en toda obra es necesario tener medida y temperancia. Pues todo lo que excede es peligroso; como el agua, que si ofrece lluvias excesivas, no solo no proporciona ningún uso, sino que también presenta peligro.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO. De los castigos de Dios.

1. La sutileza de la Sabiduría Divina, así como interiormente, como testigo, escudriña las conciencias, así exteriormente, como juez, impone penas; para que sea verdadero el testimonio del profeta: Porque él es tanto testigo como juez (Jeremías XXIX, 23). Ten piedad, Señor, del miserable Isidoro, que actúa indignamente y sufre dignamente, pecando continuamente y soportando tus castigos diariamente.

2. La misericordia de Dios está ordenada, que primero aquí corrige al hombre de sus pecados con castigos, y luego lo libera del suplicio eterno. Pues el elegido de Dios es afligido por los dolores de esta vida, para que gane las cosas más perfectas de la vida futura.

3. De ninguna manera Dios perdona al que delinque; porque al pecador lo hiere con un castigo temporal para su purificación, o lo deja para ser castigado por el juicio eterno, o el mismo hombre se castiga a sí mismo con penitencia por lo que ha hecho mal; y por tanto es que Dios no perdona al que delinque.

4. Para el justo, los castigos temporales contribuyen a las alegrías eternas; por eso el justo debe alegrarse en las penas, y el impío temer en las prosperidades.

5. Ni al justo ni al réprobo Dios les quita la misericordia y la justicia. Pues a los buenos aquí los juzga con aflicción, y allí los recompensa con misericordia; y a los malos aquí los recompensa con clemencia temporal, y allí los castiga con justicia eterna.

6. En esta vida Dios perdona a los impíos, y sin embargo no perdona a los elegidos; en aquella perdonará a los elegidos, pero no perdonará a los inicuos.

7. Es peligrosa la seguridad en esta vida de los malos, y el dolor tranquilo de los buenos. Pues el iniquo es llevado a ser torturado después de la muerte; el justo duerme seguro después del trabajo.

8. No solo debe entenderse de las pasiones corporales, sino también de las espirituales, que cuanto más alguien soporta castigos en el cuerpo o en la mente, tanto más espera ser recompensado al final.

9. A menudo, por el juicio oculto de Dios, los réprobos están fuera de la corrección del castigo en este mundo: y aunque parezcan haber cometido muchas cosas condenables, despreciados por Dios, no son heridos por ningún azote de corrección.

10. Más es corregido con el castigo aquel a quien Dios ama, si ha pecado, diciendo el profeta Amós: Solo a vosotros he conocido de todas las familias de la tierra, por eso visitaré sobre vosotros todas vuestras iniquidades. Porque el Señor corrige al que ama, y azota a todo hijo que recibe.

11. Es muy necesario que el justo en esta vida sea tentado por los vicios y azotado con castigos, para que, mientras es golpeado por los vicios, no se enorgullezca de las virtudes. Y mientras es afligido por el dolor del alma o del cuerpo, se reserva del amor del mundo. Es necesario que el justo sea tentado, pero con la tentación del castigo, no con la tentación de la lujuria.

12. Dios actúa más duramente con sus elegidos en esta vida, para que, mientras son golpeados con los más fuertes agujones del castigo, no les deleiten los placeres de la vida presente, sino que deseen incesantemente la patria celestial, donde se espera el descanso seguro.

13. Los elegidos son probados por la adversidad de esta vida, para que, según Pedro, el juicio comience por la casa de Dios (I Pedro IV, 17), mientras en esta vida Dios castiga a sus elegidos con el azote del juicio.

CAPÍTULO II. De la doble herida de Dios.

1. La herida divina es doble. Una en buen sentido, por la cual somos heridos en la carne para ser corregidos. La otra, por la cual somos heridos en la conciencia por amor, para amar más ardientemente a Dios.

2. Dios mira de dos maneras, ya sea para el perdón o para la venganza. Para el perdón, como a Pedro (Lucas XXII, 61). Para la venganza, como cuando testifica que descenderá y verá los hechos de los sodomitas (Génesis XVIII, 21).

3. Dios hiere a quienes quiere de tres maneras: para la condenación de los réprobos, para la purificación de los elegidos que ve errar, para propagar la gloria de los méritos de los justos. De la primera manera, Egipto fue herido para la condenación (Éxodo VII, 8). De la segunda manera, el pobre Lázaro para la purificación (Lucas XVI). De la tercera manera, Job fue herido para la prueba (Job II).

4. A menudo el hombre es azotado por Dios antes del pecado, para que no sea malo, como Pablo, que, instigado por el ángel de Satanás, soportaba los aguijones de la carne. También es azotado después del pecado, para que sea corregido, como aquel en el Apóstol, que fue entregado a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Corintios V).

5. Sin embargo, no murmura justamente, incluso quien no sabe por qué es azotado. Pues Dios a menudo azota al justo para que no caiga por enorgullecerse de su justicia.

6. En esta vida, Dios se esfuerza tanto más por perdonar cuanto más espera para azotar; pero a algunos corrige golpeando, y a otros mata golpeando. Corrige golpeando a aquellos de quienes dice: Yo reprendo y castigo a todos los que amo (Apocalipsis III, 19). Mata golpeando a aquellos que ve pecar incorrigiblemente, a quienes ya no golpea bajo disciplina, como un padre a sus hijos, sino con condenación estricta, como un adversario a sus enemigos. De quienes dice: Te ha herido con el azote del enemigo con castigo cruel (Jeremías XXX, 14). Y de nuevo: ¿Por qué clamas a mí por tu quebrantamiento? Tu dolor es incurable (Ibid., V, 15). Por lo tanto, cada uno debe apresurarse y temer no sea que su vida sea herida junto con su culpa. Pues el castigo solo borra la culpa cuando cambia la vida. Pues aquel cuyos hábitos no cambia, sus acciones no expía.

7. Toda herida divina es o purificación de la vida presente, o inicio del castigo siguiente. Pues para algunos los castigos comienzan en esta vida y perduran en la herida eterna. Por eso el Señor dice por Moisés: Un fuego se ha encendido en mi ira, y arderá hasta el infierno abajo (Deuteronomio XXXII, 22).

8. Algunos suelen decir: Dios no juzga dos veces lo mismo; pero no consideran lo que está escrito en otro lugar: Jesús, liberando al pueblo de la tierra de Egipto, destruyó después a los que no creyeron (Judas I, 5). Pues aunque una culpa no se golpea dos veces, sin embargo, se entiende una sola herida, que comenzada aquí se completa allí, para que en aquellos que no se corrigen en absoluto, la herida de los castigos precedentes sea el inicio de los tormentos siguientes.

9. De aquí que en el salmo se escriba: Cúbranse, como con un manto, de su confusión (Salmo CVIII, 29). Pues el manto es una vestidura doble, con la que figurativamente se visten aquellos que son condenados tanto con pena temporal como eterna. Por eso también Jeremías dice: Quebrantamiento sobre quebrantamiento (Jeremías IV, 20), es decir, doble condenación, tanto aquí como en el mundo futuro. Y el mismo en otro lugar: Quebrántalos con doble quebrantamiento (Jeremías XVII, 18), es decir, doble pena, presente y futura.

10. Para algunos, por el juicio secreto de Dios, aquí les va mal, allí bien, para que, mientras aquí son castigados y corregidos, sean liberados de la condenación eterna. Para otros, aquí les va bien, allí mal, como le sucedió a aquel rico que, aquí conspicuo por la claridad del poder, después de la muerte es entregado a los incendios del infierno para ser torturado (Lucas XVI). Pero para algunos, tanto aquí les va mal como allí les va mal, porque, no queriendo corregirse, comienzan a ser azotados en esta vida, y son condenados en la herida eterna.

11. Algunos se sumergen en tal profundidad de desesperación que no pueden ser corregidos ni siquiera por los castigos. De quienes el Señor dice correctamente por el profeta: En vano he azotado a vuestros hijos; no recibieron disciplina (Jeremías II, 30).

12. A menudo el justo llora y no sabe si sufre los castigos presentes por todos sus pecados, o solo por uno, y no sabe cuál es esa culpa por la que mereció sufrir tales suplicios, y por la misma incertidumbre se encuentra principalmente en el dolor.

13. Aunque los castigos presentes absuelven al justo de los pecados, todavía se turba bajo el temor de la venganza, no sea que las plagas que le sobrevienen no sean suficientes para purgar las faltas. Por tanto, mientras sufre lo presente y teme lo futuro, de alguna manera, como dice el profeta, recibe el doble por sus pecados (Isaías XL, 2).

CAPÍTULO III. De la debilidad de la carne.

1. Hay algunos hombres de esta calidad, que no saben corregirse, a menos que vean a otros ser azotados; y así progresan por comparación con los males, mientras temen que les suceda lo que ven que destruye a otros.

2. A algunos, viendo Dios que no quieren corregirse por su propia voluntad, los toca con los agujones de las adversidades. A algunos, previendo que pueden pecar mucho, los azota para su salvación con la enfermedad del cuerpo, para que no pequen, de modo que les sea más útil ser quebrantados por las enfermedades para la salvación del alma que permanecer sanos para la condenación.

3. La visita de Dios no siempre se toma en buen sentido, ni siempre en mal sentido. Se toma en buen sentido, como es aquello: Visítanos con tu salvación (Salmo CV, 4). En mal sentido, según aquello: En el tiempo de su visita perecerán (Jeremías X, 15).

4. Las enfermedades del cuerpo ocurren por tres causas, es decir, por el pecado, por la tentación, y por la pasión de la intemperancia; pero solo a esta última puede la medicina humana socorrer, a aquellas solo la piedad de la misericordia divina.

5. A quienes son más fuertes y sanos, les es útil enfermarse y no pecar, para que por el vigor de la salud no se manchen con deseos ilícitos de las pasiones y de la lujuria.

6. La dureza que oprime la mente, y no se siente, se cambia útilmente en la carne, para que se sienta y, comprendida, se corrija. Pues las heridas de la carne se sienten más rápidamente que las del alma; por eso, por los castigos de la carne, los errantes se corrigen más rápidamente. Esto lo indican las escamas de infidelidad en los ojos de Pablo, que al ser cambiadas por la reprensión en los ojos de la carne, inmediatamente se resolvió la dureza de la mente (Hechos IX, 18).

7. Hay una salud perniciosa que lleva al hombre a la desobediencia. Y hay una enfermedad saludable que, por la corrección divina, quiebra la mente de la dureza.

8. La debilidad del alma, es decir, la enfermedad de los pecados, es perniciosa, de la cual también dice el Apóstol: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Corintios XI, 29). Pues el mismo Apóstol aprueba que la debilidad de la carne es útil, diciendo: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Corintios XII, 10).

CAPÍTULO IV. De la tolerancia de la corrección divina.

1. El hombre pecador no debe murmurar en los castigos de Dios, porque principalmente por esto que es corregido se enmienda. Cada uno lleva más ligeramenta lo que sufre, si examina sus males por los cuales se le impone una justa retribución.

2. Aprenda a no murmurar quien sufre mal, incluso si ignora por qué sufre males; y por esto crea que sufre justamente, por lo cual es juzgado por aquel cuyos juicios nunca son injustos. Quien soporta los castigos y murmura contra Dios, acusa la justicia del juez. Pero quien se reconoce a sí mismo sufriendo de un juez justo lo que soporta, incluso si ignora por qué sufre, por esto ya es justificado, por lo cual se acusa a sí mismo y alaba la justicia de Dios.

3. Mientras el justo ofrece ejemplos útiles a los hombres con las cosas prósperas, es necesario que también sea tocado por las adversidades, para que su paciencia sea comprobada, de modo que nuevamente tomen de él ejemplos de fortaleza, quienes reconocieron su templanza en la prosperidad.

4. Quien es atormentado por las pasiones del alma por el adversario insidioso, no debe creer por eso que se aleja de Cristo, porque sufre tales cosas; sino que más bien debe considerar que por esto se hace más recomendable a Dios, si, mientras sufre estas cosas, alaba a Dios en lugar de acusarlo.

5. Por el juicio divino, la mente del justo es agitada por diversas tentaciones de las pasiones para gran utilidad, por las cuales, si da gracias a Dios y atribuye a su culpa el ser digno de tales cosas, esto que tolera por la pasión le será contado como virtud, porque reconoce la justicia divina y entiende su culpa.

CAPÍTULO V. De las tentaciones del diablo.

1. La mente del justo es golpeada en esta vida por muchas tentaciones de calamidades; por eso desea ser arrancado completamente de este mundo, para que carezca de aflicciones y encuentre allí una seguridad firme.

2. Hay mucha diferencia entre las penas que el justo sufre en el cuerpo y las que soporta en la mente por el engaño del diablo. Pues soporta más gravemente las que lamenta interiormente que las que soporta exteriormente. Pues estas las evita por el lugar y el tiempo: aquellas no puede evitarlas ni por el lugar ni por el tiempo.

3. El diablo no tienta más a los elegidos de lo que la voluntad de Dios permite. Tentando, sin embargo, sirve al progreso de los santos.

4. Aunque no quiera, el diablo sirve a la utilidad de los santos cuando no los derriba con sus tentaciones, sino que más bien los instruye. Pues las tentaciones que él mueve para la destrucción humana, a veces el Espíritu Santo las convierte en ejercicio de virtudes con saludable utilidad.

5. Las insidias del diablo y sus astucias, aunque se difunden aquí y allá buscando a quién devorar (I Pedro V, 8), no salen del poder divino, para que no dañen tanto como maliciosamente intentan. Pues, ¿cómo podría soportar tanta virtud de los santos si la dispensación celestial no frenara con piadosa moderación la maldad de los demonios? Y aunque el diablo siempre desea infligir tentación a los justos, sin embargo, si no recibe poder de Dios, de ninguna manera puede lograr lo que desea. Por eso toda la voluntad del diablo es injusta, y sin embargo, permitiéndolo Dios, todo poder es justo. Pues él desea tentar injustamente a cualquiera, pero aquellos que deben ser tentados, y como deben ser tentados, solo Dios permite justamente que sean tentados.

6. Por eso también en los libros de los Reyes está escrito sobre el diablo que el Espíritu del Señor malo irrumpía en Saúl (I Samuel XVI, 14). Donde justamente se pregunta: si es del Señor, ¿por qué malo? si es malo, ¿por qué del Señor? Pero en dos palabras se comprende tanto el justo poder de Dios como la injusta voluntad del diablo. Pues el espíritu malo por su voluntad malísima, y el mismo Señor por el poder justísimo recibido.

7. El diablo no es el causante, sino más bien el incitador de los vicios. Pues no enciende las llamas de la concupiscencia en otro lugar, sino donde primero ha visto las delectaciones de la mala cogitación; las cuales, si las despreciamos, sin duda él se retira confuso; y de inmediato se rompen las flechas de su concupiscencia: Yacen despreciadas, y sin luz sus antorchas.

8. Es necesario que el siervo de Dios comprenda diligentemente las insidias del enemigo y las evite; y así viva en la inocencia de la vida con simplicidad, pero con prudencia. Quien no mezcla la prudencia con la simplicidad, según el profeta, es una paloma engañada, sin corazón (Oseas VII, 11). Es una paloma porque es simple; pero no tiene corazón porque ignora la prudencia.

9. A menudo el fraude de Satanás se revela a los corazones de los santos, cuando, simulando ser un ángel de luz bajo la apariencia del bien, intenta engañar a los elegidos, pero es descubierto y despreciado. Así también Dios hace que sus santos comprendan las palabras de la doctrina engañosa, para que reconozcan interiormente el error diabólico y lo eviten diligentemente.

10. La discreción de los santos debe ser tal que, dotados de razón, juzguen entre el bien y el mal, para que el diablo no los engañe bajo la apariencia del bien. Esta es la pregunta de Josué: ¿Eres de los nuestros o de nuestros adversarios? (Josué V, 13). Por esto se dice a Jeremías: Si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca (Jeremías XV, 19). Entonces los santos juzgan bien de sí mismos, cuando Dios les hace comprender las tentaciones engañosas de los demonios.

11. Muchos son engañados por el diablo y no saben que han sido engañados, como declara el testimonio del profeta Oseas: Comieron extranjeros su fuerza, y él no lo supo (Oseas VII, 9). Los espíritus malignos son significados como extranjeros, que devoran las virtudes de la mente; pero los corazones de los negligentes no lo entienden.

12. El diablo es vencido como si estuviera desarmado cuando intenta corromper al hombre con iniquidad manifiesta; pero avanza armado cuando, bajo la apariencia de santidad y virtud, destruye lo que es santo, y quien es engañado no siente su propia pérdida, sino que sigue y ama los vicios como si fueran virtudes.

13. A los ojos de los carnales, el diablo es terrible; a los ojos de los elegidos, su terror es despreciable. Es temido por los incrédulos como un león; es despreciado por los fuertes en la fe como un gusano, y es rechazado en el momento en que se muestra.

14. Quien no recibe las sugerencias del diablo no cae en sus insidias. Pues es fácilmente rechazado en la obra consecuente si se rechazan sus primeras insinuaciones. El diablo es una serpiente resbaladiza, que si no se resiste a su cabeza, es decir, a la primera sugerencia, se desliza completamente en el interior del corazón sin ser sentido.

15. Los inicios de las tentaciones diabólicas son frágiles, que si no se evitan, sino que se convierten en costumbre por el uso, al final se fortalecen tanto que o nunca o con dificultad se vencen.

16. Aunque el diablo desea que el hombre transgreda durante toda su vida, se esfuerza más por engañarlo al final. Por esto, al principio se dijo al protohombre contra la serpiente: Y tú acecharás su calcañar, porque el diablo dispone suplantar al hombre que no engañó en el curso de su vida pasada al final. Por lo tanto, aunque alguien sea justo, nunca debe estar seguro en esta vida; sino que siempre debe ser humilde y precavido, y siempre temer con ansiedad no caer al final.

17. El diablo halaga a sus seguidores, pero trama tentaciones contrarias a los siervos de Dios, como el Señor, que después del bautismo fue tentado por el diablo (Mateo IV).

18. El diablo no posee a todos los santos reteniéndolos, sino persiguiéndolos con tentaciones. Pues como no reina en ellos interiormente, lucha contra ellos exteriormente. Y quien ha perdido el dominio interior, mueve la guerra exteriormente.

19. Entonces el diablo se enfurece más contra aquel a quien posee cuando sabe que será expulsado por la virtud divina. Por esto, el espíritu inmundo desgarró más gravemente al niño en quien habitaba cuando fue obligado a salir por el mandato de Cristo (Marcos IX). Este hecho también se refiere a las palabras de Job, donde al final Behemoth aprieta su cola como un cedro (Job XL, 12).

20. El diablo insiste más con diversas tentaciones contra aquellos que pueden beneficiar a otros con su utilidad, para que, mientras ellos son impedidos, no progresen quienes deben ser enseñados.

21. Los espíritus malignos intentan sin cesar ensuciar de nuevo lo que deseamos limpiar dentro de nosotros. Sin embargo, los santos, con espíritu previsor, prevén sus insidias, y cualquier cosa terrenal que sientan en sí mismos, la eliminan incesantemente con obras santas, para que sean encontrados puros en lo íntimo.

22. Ahora los hombres son engañados por el diablo con el mismo halago con el que los protohombres fueron engañados en el paraíso. Satanás engaña a las mentes de los reprobos con muchas ilusiones de vicios. Ahora engaña con promesas; ahora seduce con cosas transitorias, como si fueran necesarias; ahora incluso sugiere que los mismos castigos del infierno son leves y transitorios, para que disuelva los corazones de los miserables en codicia y lascivia, y los lleve consigo al tártaro.

23. Los argumentos de las maquinaciones y las semillas de los malos pensamientos que el diablo siembra en los corazones de los hombres a menudo atrapan la mente de tal manera que, desde cualquier parte que uno intente escapar, no puede salir sin peligro, como si juras hacer esto, que si lo haces, pecas; si no lo haces, eres culpable de perjurio. Por tanto, en tan gran peligro del mal, para que se abra un camino de escape, es mejor elegir los males menores para evitar los mayores.

24. Cuando el diablo busca engañar a alguien, primero observa la naturaleza de cada uno, y se aplica desde donde ve que el hombre es apto para pecar.

25. El diablo tienta a los hombres desde la parte donde ve que se inclinan fácilmente hacia los vicios por el humor creciente, para que aplique la tentación según la dispersión del humor

(Números 23). Lee a Balaam, quien en figura del diablo contra el pueblo de Dios ordena tender lazos perniciosos desde la parte donde siente que caerán más fácilmente. Pues quien conduce el agua a algún lugar, no la envía por otra parte que no sea donde dirige su impulso.

26. Nadie debe considerar culpa lo que soporta por su propia dispersión; pero, en la medida de lo posible, debe luchar contra lo que tolera. Pues si se cede a la dispersión, no se resiste a la tentación o al vicio.

27. Por eso el diablo en las sagradas escrituras es llamado Behemoth, es decir, animal, porque cayó de los cielos a la tierra. Por eso es llamado Leviatán, es decir, serpiente de las aguas, porque se mueve con astucia en el mar voluble de este mundo. Y es llamado ave porque se eleva con orgullo a las alturas. Y con razón se le llama con estos tres nombres, porque por su mérito obtuvo el aire como ave, la tierra como animal bruto, y como serpiente se agita en el mar de este mundo con insana fluctuación.

28. Por lo que el diablo opera a través de sus miembros, obtiene nombres: de modo que lo que cada uno hace, incitado por él, él es nombrado por ello. ¿A quién no engaña el diablo? Por lo que es animal, es decir, tienta por la lujuria de la carne; por lo que es serpiente, es decir, por la malicia de la codicia y el daño. A quien no engaña así, le acecha; por lo que es ave, es decir, por la ruina del orgullo. Prepara engaños por todas partes hasta que encuentra un camino por el cual engañar al incauto.

29. Es una cosa que el diablo entre en la mente de alguien, y otra que habite en ella. Pues también entra en los corazones de los santos cuando insinúa malas sugerencias; pero no habita en ellos, porque no los lleva en su cuerpo. Quienes están en su cuerpo, él los habita, porque ellos son su templo. Y si el diablo se infiltra en las mentes de los elegidos, no descansa en ellas como en los corazones de los reprobos; pues el calor de la fe pronto lo excita para que salga de los elegidos.

30. Algunos, a quienes el diablo ya había devorado con ávida boca, son rescatados de nuevo de su boca por la oculta misericordia del juicio divino y son restituidos a la salvación. Pues a menudo muchos, a quienes el antiguo enemigo mantenía sumergidos en el abismo de la lujuria, son arrancados de sus fauces por el poder divino a través del arrepentimiento.

31. ¿Cómo dice el Profeta que la destrucción de los buenos es el alimento elegido del diablo, cuando en otro lugar está escrito de él: Comerá hierba como buey, a menos que a los ojos de Dios sean hierba aquellos que parecen ser el alimento elegido según los hombres? Y por esto, quienes perecen del número de los buenos, son elegidos entre los hombres, pero hierba ante Dios.

32. Se dice que el diablo ya ha devorado a aquel a quien parece haber devorado con un crimen perfecto. Pero a quien no ha devorado con la perfección de la obra, sino que muerde con las seducciones de las tentaciones para devorar, aún lo mastica como en la mandíbula. Por esto también Pablo tiene los agujones de la carne, con los que es humillado (II Cor. XII), no tiene la perfección del pecado con la que es devorado.

33. La boca del diablo son sus palabras. Sus palabras son inspiraciones ocultas, con las que hablando a los corazones de los hombres, los quema con ocultas codicias.

34. Algunos, debido a su incorregible iniquidad, porque no se corrigen voluntariamente, son entregados a los espíritus inmundos para ser atormentados, para que los demonios tengan poder de apoderarse de ellos corporalmente, y afligidos por sus terrores, se humillen, se

arrepientan y sean salvados, como también el Apóstol escribiendo a los Corintios dice: Entregar a tal a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Cor. V, 5). Pues es útil que algunos pecadores sean entregados corporalmente a Satanás para que sean salvados en el alma, para que por la corrección presente teman el juicio futuro, y de ahí en adelante eviten pecar. Algunos son entregados al poder de los demonios para su enmienda; otros son despreciados y entregados solo a la perdición.

35. El diablo nunca está ocioso contra el hombre justo. O bien aumenta las tribulaciones del corazón, o suscita dolores en el cuerpo. Por esto el Apóstol dice: Me fue dado un aguijón en la carne, un ángel de Satanás que me abofetee (II Cor. XII, 7).

36. A menudo la mente del justo es atormentada por la fuerza de los demonios con diversos dolores de aflicciones; por lo que a veces se ve constreñida hasta la angustia de la desesperación. Sin embargo, para el alma que permanece en el amor de Dios, incluso tal angustia se convierte en mérito. Pues ya sea en el alma o en el cuerpo, cualquier adversidad que el justo sufra por instigación de los espíritus inmundos, ciertamente lo sufre con el permiso de Dios. Y si humildemente lo refiere a la gloria de Dios, y dice lo que Job dijo por el sufrimiento del cuerpo: Si recibimos el bien de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos el mal? (Job II, 10), este no se separa de Dios, sino que se une a Él, aunque sea atormentado por una angustia atroz.

37. El justo sufre muchas adversidades en el alma por la instigación de los demonios, pero no puede perecer por tales tentaciones para la vida eterna, porque el piadoso Señor no considera como culpa lo que el que sufre lleva sin querer por el permiso de su majestad. Pues pecamos donde nos desviamos por codicia o voluntad. Donde somos violentamente sometidos, aunque no sea crimen o delito, es miseria en lugar de crimen y delito. Pero quien alaba a Dios por la miseria infligida, sin duda carece de crimen cometido.

CAPÍTULO VI. De las tentaciones de los sueños.

1. A menudo los demonios, apareciendo en las noches, perturban los sentidos humanos a través de visiones, para hacerlos temerosos y asustadizos. A veces, incluso, convertidos por la desesperación de los pecados, perturban la mente a través del sueño y amenazan con horribles castigos del infierno. A veces también, avanzando con abierta agresión, golpean los cuerpos humanos, lo que, sin embargo, ocurre con el permiso de Dios, para venganza de los malos y para gloria de la tolerancia de los justos.

2. A menudo los espíritus inmundos engañan a aquellos que ven inclinados al amor del mundo, ilusionándolos mientras duermen con cierta vana prosperidad de esperanza. A otros, a quienes prevén temer alguna adversidad, los sacuden con terror vano mientras duermen. Así, tentando los corazones de los miserables con varias ilusiones, a veces los halagan con vacía prosperidad, a veces los aterrorizan con vano temor.

3. Quienes son conscientes de pocos o ningún delito, rara vez o nunca son fatigados por terrores nocturnos; sino que, descansando en sueño apacible, a veces incluso contemplan y ven ciertos arcanos y misterios a través del sueño. Pero quienes han contaminado sus corazones con vicios más graves, engañados por el temor de la conciencia, ven apariciones espantosas. Pues la imagen engañosa ilusiona las mentes de los miserables con diversas imágenes; y a quienes arrastró despiertos en la vida, los fatiga dormidos, para que nunca los deje descansar seguros.

4. A veces también los espíritus inmundos intentan aterrorizar las mentes de los elegidos con horribles imágenes de sueños; y a quienes no superan tentándolos con vicios mientras están despiertos, los atacan ferozmente mientras duermen.

5. Sin embargo, los santos, aunque se conmuevan por un momento con tales visiones, pronto al despertar desprecian las vanidades de las ilusiones y dirigen inmediatamente su intención a Dios.

6. Hay diversas cualidades de sueños. Algunos ocurren por saciedad o inanición, que también son conocidas por experiencia. Otros surgen de la propia cogitación; pues a menudo lo que pensamos durante el día, lo reconocemos en las noches.

7. Algunas visiones son ilusiones de espíritus inmundos, como prueba Salomón: Muchos, dice, han sido llevados al error por los sueños, y las ilusiones vanas. Sin embargo, algunas ocurren de manera justa, es decir, por el misterio de la revelación celestial, como se lee en la ley sobre José, hijo de Jacob, quien es predicho en un sueño como preferido a sus hermanos (Génesis XXXVII). O como en el Evangelio sobre José, esposo de María, quien es advertido en un sueño para huir con el niño a Egipto (Mateo II). A veces también ocurren visiones mezcladas, es decir, por cogitación e ilusión, y también por cogitación y revelación, como dice Daniel: Tú, rey, comenzaste a pensar en tu lecho qué sería después de esto, y quien revela los misterios te mostró lo que será (Daniel II, 29). Pues a menudo lo que extendemos en el sentido de nuestras cogitaciones, se revela en cierto exceso de mente mientras descansamos.

8. Aunque algunos sueños sean verdaderos, no es necesario creer fácilmente en ellos, porque surgen de diversas cualidades de imaginaciones, y rara vez se considera de dónde vienen. Por lo tanto, no se debe dar fe fácilmente a los sueños, no sea que Satanás, transformándose en ángel de luz, engañe a algún incauto y lo engañe con algún fraude de error.

9. A veces los demonios observan con engaño a algunos curiosos y los engañan, de modo que algunos sueños no ocurren de otra manera que como se muestran. Pues para engañar en muchas cosas, a veces también pronuncian la verdad. Pero aunque así suceda, deben ser despreciados, no sea que procedan de una ilusión, recordando el testimonio de la Escritura que dice: Si os dijeren, y así sucediere, no creáis (Mateo XXIV, 23).

10. Los sueños son similares a los augurios, y quienes los observan, en verdad se sabe que auguran. No son verdaderos los sueños que el alma imaginativa se imagina día y noche. Pues a veces las mentes se inventan sueños a sí mismas.

11. A menudo, mientras los males anteriores se traen a la mente por triste memoria, por esto imaginamos en nosotros mismos la venganza del infierno. Tales imaginaciones de la mente, que ocurren ya sea por los delitos pasados o por la memoria del castigo futuro mientras estamos despiertos, también ocurren a través de visiones y sueños, y sacuden las mentes de las cogitaciones. Pues ambas cosas se hacen por la memoria, ya sea que estemos despiertos o dormidos.

12. Por tal movimiento del alma, también somos sacudidos por un horrible temor mientras descansamos; y contemplamos con la vista de la mente en el sueño cuán graves son las cosas que hemos cometido y cuán duras las que tememos.

13. No es pecado cuando somos engañados involuntariamente por imágenes nocturnas; pero es pecado si, antes de ser engañados, somos prevenidos por los afectos de las cogitaciones.

Pues las imágenes de lujuria que realizamos en verdad, a menudo aparecen en el alma mientras dormimos, pero sin daño, si no ocurren con concupiscencia.

14. Quien es contaminado por una ilusión nocturna, aunque se sienta manchado incluso fuera de la memoria de cogitaciones impuras, sin embargo, debe atribuirlo a su culpa para ser tentado, y limpiar su impureza inmediatamente con lágrimas.

CAPÍTULO VII. De la oración.

1. Este es el remedio para quien arde con las tentaciones de los vicios, que cada vez que es tocado por algún vicio, se someta a la oración, porque la oración frecuente extingue la impugnación de los vicios.

2. Debemos aplicar nuestra mente con perseverancia orando y llamando, hasta que superemos con la más fuerte intención las sugerencias importunas de los deseos carnales que se infiltran en nuestros sentidos; y debemos insistir hasta que, persistiendo, vencamos. Pues las oraciones negligentes no pueden obtener de Dios lo que desean.

3. Cuando alguien ora, invoca al espíritu santo sobre sí. Y cuando viene, inmediatamente las tentaciones de los demonios que se infiltran en las mentes humanas, no soportando su presencia, huyen.

4. La oración es del corazón, no de los labios. Pues Dios no atiende las palabras del que suplica, sino que mira el corazón del que ora. Si el corazón ora en silencio y la voz calla, aunque esté oculto a los hombres, no puede estar oculto a Dios, quien está presente en la conciencia. Es mejor orar en silencio con el corazón sin sonido de voz, que solo con palabras sin la atención de la mente.

5. Nunca se debe orar sin gemido; pues el recuerdo de los pecados genera tristeza. Pues cuando oramos, traemos a la memoria la culpa, y entonces nos reconocemos más culpables. Por lo tanto, cuando estamos ante Dios, debemos gemir y llorar, recordando cuán graves son los crímenes que hemos cometido y cuán terribles los castigos del infierno que tememos.

6. La mente debe conservarse tal como se ofrece en la oración después de la oración. Pues la oración no aprovecha nada si se comete de nuevo lo que ya se ha pedido perdón. Pues sin duda obtiene el efecto deseado de la súplica quien no repite pecando lo que pide ser lavado orando.

7. Nuestra mente es celestial, y entonces contempla bien a Dios orando, cuando no es impedida por preocupaciones terrenales o errores. Pues es apta para el bien en su naturaleza, pero se turba en la ajena.

8. La oración es pura cuando en su tiempo no intervienen las preocupaciones del mundo; pero el alma está lejos de Dios si en la oración está ocupada con pensamientos del mundo. Entonces oramos verdaderamente cuando no pensamos en otra cosa. Pero son muy pocos los que tienen tales oraciones. Y aunque estén en algunos, es difícil que siempre estén.

9. La mente que antes de la oración está vacante de Dios y ocupada en cogitaciones ilícitas, cuando llega a la oración, inmediatamente le ocurren las imágenes de las cosas que pensó recientemente, y obstruyen el acceso de la súplica, para que la mente no se eleve libremente al deseo celestial.

10. Por lo tanto, primero debe purificarse el alma y separarse de las cogitaciones de las cosas temporales, para que la mirada pura del corazón se dirija a Dios verdaderamente y con simplicidad. Pues realmente creemos que los dones divinos se obtienen cuando asistimos con afecto simple al orar.

11. La intención de la oración se interrumpe de muchas maneras, cuando por descuido se introducen las vanidades del mundo en el ánimo de quien ora. Sin embargo, el diablo introduce más pensamientos de preocupaciones mundanas en las mentes humanas cuando ve a alguien orando.

12. La oración se impide de dos maneras, de modo que nadie pueda obtener lo que pide: es decir, si alguien aún comete malas acciones, o si no perdona a quien le ha ofendido. Cuando alguien se libera de este doble mal, inmediatamente se dedica con seguridad al esfuerzo de la oración y eleva libremente su mente hacia lo que desea obtener con sus súplicas.

13. Quien es herido, no debe dejar de orar por quienes le hieren; de lo contrario, según la sentencia del Señor, peca quien no ora por sus enemigos (Mat. V, 44).

14. Así como ningún medicamento es eficaz en una herida si aún hay hierro en ella, de igual manera no sirve de nada la oración de aquel cuyo dolor aún permanece en la mente o el odio en el corazón.

15. El afecto del que ora hacia Dios debe ser tan grande que no desespere del efecto de su súplica. Oramos en vano si no tenemos confianza en la esperanza. Por lo tanto, como dice el Apóstol, cada uno debe pedir con fe, sin dudar (Jac. I, 6); porque quien duda es como una ola del mar, llevada y dispersada por el viento.

16. La desconfianza en obtener lo que se ora nace si el alma aún siente que se mueve en torno al afecto por el pecado. No puede tener una confianza segura en la súplica quien aún es perezoso en los preceptos de Dios y se deleita en el recuerdo del pecado.

17. Quien se aparta de los preceptos de Dios no merece recibir en la oración lo que pide; ni obtiene el bien que solicita de aquel cuya ley no obedece. Porque si hacemos lo que Dios manda, sin duda obtenemos lo que pedimos. Pues como está escrito: Quien aparta su oído para no escuchar la ley, su oración será abominable (Proverb. XXVIII, 9).

18. Ambas cosas se recomiendan mucho ante Dios, que la oración se apoye en la acción y la acción en la oración. Por eso también dice Jeremías: Elevemos nuestros corazones con nuestras manos a Dios (Lament. III, 41). Eleva el corazón con las manos quien eleva la oración con la acción. Porque quien ora y no actúa, eleva el corazón pero no las manos. Quien actúa y no ora, eleva las manos pero no el corazón. Pero como es necesario tanto actuar como orar, bien se ha dicho en ambos casos: Elevemos nuestros corazones con nuestras manos a Dios; para que no seamos reprendidos en el corazón por la negligencia de los mandamientos, mientras intentamos obtener nuestra salvación solo con la oración o solo con la acción.

19. Después de realizar una buena obra, se derraman lágrimas de oración, para que el mérito de la acción obtenga la humildad de la súplica.

20. Culposamente extiende las manos a Dios quien, orando, revela jactanciosamente sus obras, como el fariseo que oraba jactanciosamente en el templo, deseando ser alabado más por sus obras justas que por Dios (Luc. XVIII).

21. La oración de algunos se convierte en pecado, como se escribe sobre Judas el traidor (Sal. CVIII). Porque quien ora jactanciosamente, buscando la alabanza humana, no solo no borra su pecado con su oración, sino que esta misma se convierte en pecado. Así como los judíos y los herejes, que aunque parecen ayunar y orar, su oración no les sirve para el mérito de la purificación, sino que más bien se convierte en pecado.

22. Por eso, a veces se difiere la oración de los elegidos en sus tribulaciones, para que aumente la perversidad de los impíos. Pero cuando los justos son escuchados temporalmente, es para la salvación de quienes los afligen, para que al serles concedido un remedio temporal, los ojos de los perversos se abran a la conversión. Así también el fuego fue frío para los tres jóvenes (Dan. III), para que Nabucodonosor reconociera al verdadero Dios. Como también dice el profeta en los Salmos: Por mis enemigos líbrame (Sal. LXVIII, 19).

23. Por lo tanto, las oraciones de algunos se escuchan más lentamente, para que, al ser diferidas, se acumulen más premios al ser más intensamente estimuladas: como en el caso de las heladas y la represión de las cosechas, en las que cuanto más tardan en salir las semillas sembradas, tanto más crecen abundantemente.

24. Cada vez que oramos y no somos escuchados rápidamente, pongamos nuestros hechos ante nuestros ojos, para que lo que se difiere se atribuya a la justicia divina y a nuestra culpa.

25. A veces, el hecho de que no seamos escuchados rápidamente al orar con perseverancia es para nuestro beneficio, no para nuestra adversidad. Porque a menudo Dios no escucha a muchos según su voluntad, para escucharlos para su salvación.

26. Muchos que oran no son escuchados, porque Dios les provee cosas mejores de las que piden, como suele suceder con los niños que, para no ser castigados en la escuela, ruegan a Dios. Pero no se les concede el efecto de su petición, porque tal escucha se impide para su progreso. No de otra manera sucede con algunos elegidos. Ruegan a Dios por ciertos bienes o adversidades de esta vida. Pero la providencia divina no atiende temporalmente su deseo, porque les promete cosas mejores para la eternidad.

27. La oración se realiza más oportunamente en lugares privados y obtiene un mayor resultado cuando se expresa solo ante Dios como testigo.

28. Es propio de los hipócritas ofrecerse en oración ante los que los ven; cuyo fruto es no agradar a Dios, sino obtener gloria de los hombres (Mat. VI, 7).

29. Los hombres no son escuchados por Dios por su mucha palabrería, como si intentaran inclinarlo con muchas palabras. Porque no es el discurso múltiple del que ora lo que lo concilia, sino la pura y sincera intención de la oración.

30. Es bueno orar siempre con el corazón, y también glorificar a Dios con la voz en himnos espirituales. No es nada cantar solo con la voz sin la intención del corazón; pero, como dice el Apóstol: Cantando en vuestros corazones (Efes. V, 19), es decir, no solo cantando con la voz, sino también con el corazón. Por eso también en otro lugar: Cantaré con el espíritu, cantaré también con el entendimiento (I Cor. XIV, 15).

31. Así como somos guiados por las oraciones, también nos deleitamos en el estudio de los salmos. Porque la utilidad de cantar salmos consuela los corazones tristes, hace las mentes más agradecidas, deleita a los fastidiosos, despierta a los perezosos, invita a los pecadores al lamento. Porque aunque los corazones carnales sean duros, tan pronto como suena la dulzura de los salmos, inclina su ánimo hacia el efecto de la piedad.

32. Aunque al cristiano no debe conmoverlo la modulación de la voz, sino solo las palabras divinas que se dicen allí, no sé de qué manera, sin embargo, la modulación del canto produce una mayor compunción del corazón. Porque muchos se encuentran que, conmovidos por la suavidad del canto, lloran sus crímenes y se inclinan más hacia las lágrimas por la parte de donde ha sonado la dulcísima dulzura del que canta.

33. La oración se derrama en esta vida presente solo para el remedio de los pecados; pero la entonación de los salmos demuestra la alabanza perpetua de Dios en la gloria eterna, como está escrito: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos (Sal. LXXXIII, 5). Quienquiera que ejecute fielmente y con mente atenta este ministerio, de alguna manera se asocia con los ángeles.

CAPÍTULO VIII. De la lectura.

1. Nos purificamos con las oraciones, nos instruimos con las lecturas; ambas cosas son buenas, si es posible; si no es posible, es mejor orar que leer.

2. Quien desea estar siempre con Dios, debe orar frecuentemente y leer frecuentemente. Porque cuando oramos, hablamos con Dios mismo; pero cuando leemos, Dios nos habla a nosotros.

3. Todo progreso procede de la lectura y la meditación. Porque lo que no sabemos, lo aprendemos con la lectura; y lo que hemos aprendido, lo conservamos con la meditación.

4. La lectura de las Sagradas Escrituras confiere un doble don: ya sea porque instruye el entendimiento de la mente, o porque lleva al hombre, abstraído de las vanidades del mundo, al amor de Dios. Porque a menudo, excitados por su palabra, nos apartamos del deseo de la vida mundana; y encendidos en el amor de la sabiduría, tanto más nos despreciamos la vana esperanza de esta mortalidad, cuanto más claramente brilla la esperanza eterna al leer.

5. El estudio de la lectura es doble: primero, cómo se entienden las Escrituras; segundo, con qué utilidad o dignidad se dicen. Porque primero uno estará dispuesto a entender lo que lee, y luego será capaz de expresar lo que ha aprendido.

6. Un lector diligente estará más dispuesto a cumplir lo que lee que a saberlo. Porque es menor el castigo por no saber lo que deseas que por no cumplir lo que conoces. Así como deseamos saber al leer, así debemos cumplir con rectitud lo que hemos aprendido.

7. La ley de Dios tiene tanto premio como castigo para quienes la leen. Premio para quienes la guardan viviendo bien; castigo para quienes la desprecian viviendo mal.

8. Todo aquel que se aparta de los preceptos de Dios en la acción, cada vez que puede leer o escuchar esos mismos preceptos de Dios, se siente confundido en su corazón, porque se le recuerda lo que no hace, y con la conciencia como testigo, es acusado interiormente. Por eso también el profeta David suplica diciendo: Entonces no me avergonzaré, cuando mire todos tus mandamientos (Sal. CXVIII, 6). Porque cada uno se siente gravemente avergonzado

cuando mira los mandamientos de Dios, ya sea leyendo o escuchando, que desprecia al vivir. Porque es reprendido en su corazón, cuando es enseñado por la meditación de los mandamientos, porque no ha cumplido en la acción lo que ha aprendido por el mandato divino.

CAPÍTULO IX. De la asiduidad en la lectura.

1. Nadie puede conocer el sentido de la Sagrada Escritura sin la familiaridad de la lectura, como está escrito: Ámala, y ella te exaltará; serás glorificado por ella cuando la hayas abrazado (Prov. IV, 8).
2. Cuanto más asiduo sea alguien en las sagradas escrituras, tanto más abundante será la inteligencia que obtenga de ellas; como la tierra, que cuanto más se cultiva, tanto más abundantemente fructifica.
3. Cuanto más asciende un hombre en cualquier arte, tanto más el arte mismo desciende hacia el hombre, como está escrito en la Ley: Moisés subió al monte, y el Señor descendió (Éxodo XIX).
4. Es cierto en el ocio espiritual que solo aquel que ha apartado su mente de la acción de la preocupación terrenal podrá escrutar los secretos de los mandamientos divinos, y se ha adherido con familiaridad asidua a las Escrituras sagradas. Porque así como el ciego y el vidente pueden ambos caminar, pero no con la misma libertad, ya que el ciego, al avanzar hacia donde no ve, tropieza, mientras que el vidente evita los obstáculos y reconoce hacia dónde debe dirigirse; así también quien está oscurecido por la nube de la preocupación terrenal, si intenta escrutar los misterios de Dios, no puede, porque no ve debido a la oscuridad de las preocupaciones. Lo que solo puede lograr aquel que se abstrae de las preocupaciones exteriores del mundo y se dedica completamente a la meditación de las Escrituras.
5. Algunos tienen ingenio para la inteligencia, pero descuidan el estudio de la lectura; y lo que podrían saber leyendo, lo desprecian por negligencia. Otros, en cambio, tienen amor por el conocimiento, pero son obstaculizados por la lentitud del entendimiento; sin embargo, con la lectura asidua, comprenden lo que los ingeniosos no conocen por desidia.
6. El ingenio más lento, aunque no por naturaleza, se incrementa por la asiduidad de la lectura. Porque aunque el entendimiento sea torpe, la lectura frecuente aumenta la inteligencia.
7. Así como quien es lento para comprender, sin embargo, recibe una recompensa por la intención de su buen estudio, así quien descuida el ingenio de la inteligencia que le ha sido dado por Dios, se convierte en culpable de condenación, porque desprecia el don que ha recibido y peca por desidia.
8. Algunos reciben por juicio de Dios el don de la ciencia que descuidan, para que sean castigados más severamente por las cosas que creen. Los más lentos, sin embargo, encuentran difícilmente lo que desean saber, para que por el máximo ejercicio del trabajo tengan la máxima recompensa de retribución.

CAPÍTULO X. De la doctrina sin gracia.

1. La doctrina sin la gracia que ayuda, aunque se infunda en los oídos, nunca desciende al corazón; resuena externamente, pero no aprovecha internamente. Sin embargo, la palabra de Dios infundida en los oídos llega a lo más profundo del corazón cuando la gracia de Dios toca interiormente la mente para que entienda.
2. Porque así como Dios ilumina a algunos con la llama de su amor para que saboreen vitalmente, así abandona a otros fríos y torpes para que persistan sin sentido.
3. Muchos son vivaces en el agudeza del entendimiento, pero se angustian por la falta de elocuencia. Otros, en cambio, sobresalen en ambos, porque tienen tanto la abundancia de conocimiento como la eficacia de la elocuencia.

CAPÍTULO XI. De los lectores soberbios.

1. Muchos, al recibir el conocimiento de las Escrituras, no lo usan para la gloria de Dios, sino para su propia alabanza, mientras se enorgullecen de ese conocimiento y pecan allí donde deberían haber limpiado sus pecados.
2. Nunca logran una ciencia perfecta leyendo los arrogantes. Porque aunque parezcan sabios en la superficie, no tocan profundamente los secretos de la verdad, porque son obstaculizados por la nube de la soberbia. Siempre los soberbios leen, buscan y nunca encuentran.
3. Los secretos de la ley divina están abiertos a los humildes y a quienes entran bien hacia Dios; pero están cerrados a los malvados y soberbios. Porque aunque las palabras divinas estén abiertas en la lectura a los arrogantes, en el misterio están cerradas y ocultas.
4. Mientras la palabra de Dios es luz para los fieles, para los reprobos y soberbios se oscurece de alguna manera; y de donde aquellos son iluminados, estos son cegados.

CAPÍTULO XII. De los lectores carnales y los herejes.

1. No entiende la ley quien recorre carnalmente las palabras de la ley, sino quien la percibe con el sentido de la inteligencia interior. Porque quienes se enfocan en la letra de la ley no pueden penetrar sus secretos.
2. Muchos, al no entender espiritualmente las Escrituras, ni sentir las correctamente, han caído en la herejía y han fluido en muchos errores.
3. La ley está ligada solo a los fieles, como testifica el Señor por el Profeta: Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos (Isaías VIII, 16); para que ni el judío la entienda, ni el hereje, porque no es discípulo de Cristo. No siguen la unidad de la paz que Cristo enseñó, de la cual el mismo Señor dice: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor entre vosotros.
4. Los herejes no saborean las Escrituras con sano sentido, sino que las llevan al error de una inteligencia perversa; ni se someten a sus sentidos, sino que las arrastran perversamente hacia su propio error.
5. Los doctores del error atan a sus oyentes con persuasiones perversas a través de argumentos fraudulentos, de modo que los implican como en un laberinto del que apenas pueden salir.

6. Tal es la astucia de los herejes que mezclan lo falso con lo verdadero, y lo malo con lo bueno, y a menudo insertan el veneno de su error en cosas saludables, para que puedan persuadir más fácilmente la perversidad de su dogma bajo la apariencia de la verdad.

7. A menudo, bajo el nombre de doctores católicos, los herejes escriben sus propias palabras, para que sean leídas y creídas sin duda. A veces también insertan sus blasfemias con engaño oculto en los libros de los nuestros, y corrompen la verdadera doctrina adulterándola, ya sea añadiendo lo que es impío o quitando lo que es piadoso.

8. Lo que se lee debe ser meditado con cautela y probado con sentido cauteloso, para que, según las advertencias apostólicas (I Tes. V, 20, 21), retengamos lo que es recto y rechacemos lo que es contrario a la verdad; y así seamos instruidos en lo bueno, para que permanezcamos ilesos de lo malo.

CAPÍTULO XIII. De los libros de los gentiles.

1. Por eso se prohíbe al cristiano leer las ficciones de los poetas, porque a través de los placeres de las fábulas vanas excitan la mente a los incentivos de las lujurias. Porque no solo se inmola a los demonios ofreciendo incienso, sino también captando sus palabras con mayor agrado.

2. Algunos se deleitan más en meditar las palabras de los gentiles por el lenguaje inflado y adornado que en la Sagrada Escritura por su elocuencia humilde. Pero ¿de qué sirve progresar en las doctrinas mundanas y empobrecerse en las divinas; seguir ficciones caducas y despreciar los misterios celestiales? Por lo tanto, tales libros deben ser evitados y evitados por el amor a las Sagradas Escrituras.

3. Las palabras de los gentiles brillan externamente con la elocuencia de las palabras, pero internamente permanecen vacías de la sabiduría de la virtud; pero las palabras sagradas parecen externamente sin adornos en las palabras, pero internamente brillan con la sabiduría de los misterios. Por eso también el Apóstol dice: Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7).

4. La palabra de Dios tiene un fulgor oculto de sabiduría y verdad depositado en los más humildes recipientes de palabras.

5. Por eso los libros sagrados están escritos en un lenguaje simple, para que no en la sabiduría de la palabra, sino en la demostración del espíritu, los hombres sean llevados a la fe (I Cor. II, 4). Porque si hubieran sido editados con la astucia de la dialéctica o la elocuencia del arte retórico, no se pensaría que la fe de Cristo consiste en el poder de Dios, sino en los argumentos de la elocuencia humana; ni creeríamos que alguien es llevado a la fe por inspiración divina, sino más bien seducido por la astucia de las palabras.

6. Toda doctrina secular resonante con palabras espumosas y elevándose por el orgullo de la elocuencia ha sido anulada por la doctrina simple y humilde cristiana, como está escrito: ¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? (I Cor. I, 20).

7. Las Escrituras sagradas menos agradan a los fastidiosos y locuaces debido a su lenguaje simple. Comparada con la elocuencia gentil, les parece indigna. Pero si con un ánimo humilde atienden a sus misterios, inmediatamente advierten cuán elevados son los que desprecian en ellas.

8. En la lectura no se deben amar las palabras, sino la verdad. A menudo se encuentra simplicidad veraz y falsedad compuesta, que seduce al hombre con sus errores y esparce dulces lazos a través de los adornos del lenguaje.

9. El amor por la ciencia mundana no hace otra cosa que exaltar al hombre con alabanzas. Porque cuanto mayores sean los estudios de la literatura, tanto más el alma inflada por el orgullo de la arrogancia se hincha con mayor jactancia. Por eso bien dice el salmo: Porque no conocí la literatura, entraré en las potencias del Señor (Sal. LXX, 15).

10. No se debe preferir el artificio de la gramática a las letras más simples. Porque las letras comunes son mejores porque son más simples y pertenecen solo a la humildad de los lectores, mientras que aquellas son peores porque infunden en los hombres una perniciosa elevación del espíritu.

11. Es mejor ser gramático que hereje. Porque los herejes persuaden a los hombres ofreciéndoles un veneno letal, pero la doctrina de los gramáticos puede incluso ser provechosa para la vida, cuando se asume para mejores usos.

CAPÍTULO XIV. De la conferencia.

1. Aunque la lectura es útil para instruir, cuando se acompaña de una conferencia proporciona una mayor inteligencia. Porque es mejor conferenciar que leer.

2. La conferencia produce docilidad. Porque al proponer interrogantes se excluye la duda de las cosas, y a menudo la verdad oculta se aprueba con objeciones. Porque lo que es oscuro o dudoso se percibe rápidamente al conferenciar.

3. Las figuras son muy útiles en la conferencia. Porque las cosas que menos se advierten por sí mismas se comprenden fácilmente por comparación con otras cosas. Porque a menudo bajo otra apariencia las Escrituras divinas insinúan causas espirituales; y, a menos que sea por alguna demostración evidente, apenas aparecen los misterios ocultos de la ley.

4. Así como la instrucción suele edificar, la contienda destruye. Esta, al abandonar el sentido de la verdad, genera disputas y, al pelear con palabras, incluso blasfema contra Dios. De ahí surgen las herejías y los cismas, por los cuales se subvierte la fe, se corrompe la verdad y se desgarran la caridad. (II Tim. II, 23, Tit. III, 9).

5. El afán de los contenciosos no lucha por la verdad, sino por el deseo de alabanza; y tal es su perversidad, que no saben ceder a la verdad, e incluso intentan vaciar la doctrina recta.

300

6. En la discusión de los fieles debe evitarse la sutileza artificiosa de las proposiciones, que tiende redes con objeciones astutas; pues la discusión de los perversos se enreda con afirmaciones engañosas, de modo que simulan ser rectas las cosas que persuaden como perversas.

7. La lectura necesita el auxilio de la memoria. Si esta es naturalmente más lenta, sin embargo, se agudiza con la meditación frecuente y se fortalece con la asiduidad en la lectura.

8. A menudo, la lectura extensa, debido a su longitud, desgasta la memoria del lector. Pero si es breve, y una vez cerrado el libro se reflexiona sobre el contenido en la mente, entonces se lee sin esfuerzo, y lo que se ha leído no se pierde de la memoria al recordarlo.

9. La lectura silenciosa es más aceptable para los sentidos que la lectura en voz alta; pues el intelecto se instruye más cuando la voz del lector descansa y la lengua se mueve en silencio. Porque al leer en voz alta, el cuerpo se cansa y la agudeza de la voz se embota.

CAPÍTULO XV. De la contemplación y la acción.

1. La vida activa es la inocencia de las buenas obras, la contemplativa es la especulación de las cosas celestiales; aquella es común a muchos, esta es de pocos.

2. La vida activa utiliza bien las cosas mundanas, mientras que la contemplativa, renunciando al mundo, se deleita en vivir solo para Dios.

301

3. Quien primero progresa en la vida activa, asciende bien a la contemplación. Con razón se eleva en esta, quien se encuentra útil en aquella. Cualquiera que aún desee la gloria temporal o la concupiscencia carnal, será impedido de la contemplación, para que, puesto en la operación de la vida activa, se purifique. En esta, primero deben agotarse todos los vicios mediante el ejercicio de la buena obra, para que en aquella, con la mirada pura de la mente, cada uno pueda pasar a contemplar a Dios. Y aunque convertido desee ascender inmediatamente a la contemplación, sin embargo, la razón le obliga a ocuparse primero en la operación de la vida activa.

4. Toma el ejemplo de la vida activa y contemplativa de Jacob, quien, mientras se dirigía a Raquel, es decir, al principio de la visión, que significa la contemplación, se le impone Lía, es decir, la vida laboriosa, que demuestra la activa (Gen. XXIX).

5. Así como el sepultado se priva de todo negocio terrenal, así también el que se dedica a la contemplación se aparta de toda ocupación activa. Y así como los que ascienden de la vida activa se sepultan en la quietud de la contemplación, así los que se retiran de la acción del mundo, la vida activa los recibe en sí como si fueran a ser sepultados; y por esto, la vida activa es el sepulcro de la vida mundana, y la contemplativa de la vida activa.

6. Los hombres santos, así como salen del secreto de la contemplación al público de la acción, así también regresan del manifiesto de la acción al secreto de la contemplación íntima, para alabar a Dios en su interior, donde reciben de donde también operan para su gloria en el exterior.

7. Así como es costumbre del águila fijar siempre su ojo en el rayo del sol, y no desviarse, salvo por el alimento, así también los santos se desvían a veces de la contemplación a la vida activa, considerando que aquellas cosas sublimes son útiles, pero que estas humildes son necesarias para nuestra indigencia.

8. En el género de la vida activa, la intención humana avanza perseverantemente; en la contemplación, sin embargo, se retoma a intervalos, porque se cansa con la duración de la contemplación.

9. La visión de los animales en Ezequiel, que iban y no regresaban (Ezequiel I), se refiere a la perseverancia de la vida activa; y nuevamente, aquellos animales que iban y regresaban, se refieren a la medida de la vida contemplativa, en la cual, cuando alguien se enfoca, se refleja por su debilidad; y, renovada nuevamente la intención, se eleva de nuevo a aquello de donde había descendido. Lo cual no puede suceder en la vida activa, de la cual, si alguien se desvía, aunque sea un poco, inmediatamente es atrapado por el lujo de los vicios.

10. El ojo derecho que escandaliza, que el Señor mandó arrancar (Mateo V, 29), es la vida contemplativa. Los dos ojos en el rostro, la vida activa y la contemplativa en el hombre. Por tanto, quien enseñe error a través de la contemplación, es mejor que arranque el ojo de la contemplación, conservándose uno de la vida activa, para que le sea más útil ir a la vida por la simple acción, que ser enviado al infierno por el error de la contemplación.

11. A menudo la mente se eleva de lo bajo a lo alto, y a menudo se refleja de lo alto a lo bajo por el peso de la carne.

12. Dios visita a muchos de los carnales con su gracia y los eleva a la cumbre de la contemplación. Y a muchos los abandona con justo juicio de la contemplación, y los deja caídos en las obras terrenales.

303 CAPÍTULO XVI. De los que desprecian el mundo.

1. Las cosas que son queridas para los amantes del siglo, los santos las rehúyen como adversas; y se alegran más en las adversidades del mundo que se deleitan en las prosperidades.

2. Están alejados de Dios aquellos a quienes este siglo les prospera en todo. Pero para los siervos de Dios, todas las cosas de este mundo son contrarias; para que, al sentir estas adversidades, se exciten más ardientemente al deseo celestial.

3. Resplandece con gran gracia ante Dios aquel que es despreciable para este mundo. Pues en verdad es necesario que quien es odiado por el mundo sea amado por Dios.

4. Leemos que los hombres santos son peregrinos y huéspedes en este siglo (Hebreos XI, 13); por lo cual se reprende a Pedro por haber pensado en levantar una tienda en el monte (Mateo XVII, 4), porque los santos no tienen tienda en este mundo, cuya patria y casa están en el cielo.

5. Los hombres santos desean despreciar el mundo y volver el movimiento de su mente hacia lo alto, para recogerse allí de donde han fluido, y retirarse de donde están dispersos.

6. Los justos, que renuncian a las cosas, honores y halagos de la vida, se mortifican a sí mismos de toda posesión terrenal para vivir para Dios; y por eso pisan las lisonjas de este siglo, para que, fortalecidos por la mortificación de esta vida, se levanten a aquella vida. Pues todas las cosas temporales, como hierbas verdes, se secan y pasan; y por eso, por las cosas eternas, que nunca se secan, el siervo de Dios desprecia correctamente estas, porque no ve estabilidad en ellas.

304 7. Quien, después de renunciar al mundo, anhela con deseos santos la patria celestial, se eleva de esta intención terrenal como con ciertas alas, y contempla con gemido donde había caído, y con gran gozo mira donde ha llegado. Pero quien, reflejado de la paz de la contemplación, cae en las preocupaciones de este siglo, si vuelve a la memoria de sí mismo,

inmediatamente gime; y cuanto más tranquilos eran los que perdió, y cuán confusos son en los que cayó, lo reconoce por la misma dificultad de su trabajo. Pues ¿qué hay en esta vida más laborioso que arder en deseos terrenales? ¿O qué hay aquí más seguro que no apetecer nada de este siglo? Porque quienes aman este mundo, se turban con sus preocupaciones y ansiedades turbulentas. Pero quienes lo odian y no lo siguen, disfrutando de la tranquilidad de la paz interior, de alguna manera ya comienzan a tener aquí el descanso de la paz futura que aquellos esperan.

CAPÍTULO XVII. De los santos que se separan de la sociedad del siglo.

1. Los hombres santos, renunciando completamente al siglo, mueren así a este mundo para deleitarse en vivir solo para Dios; y cuanto más se apartan de la conversación de este siglo, tanto más contemplan con la mirada interna de la mente la presencia de Dios y la frecuencia de la sociedad angélica.
2. Las obras de los malos son tan perversas y manifiestas, que aquellos que desean la patria celestial no solo huyen de sus costumbres, sino también de su compañía. Algunos incluso desean separarse corporalmente de los inicuos, para no verse involucrados en sus delitos. Algunos, aunque no se separan corporalmente, se apartan de su intención espiritualmente; y aunque son comunes en la conversación, están separados en el corazón o en la obra. Y aunque a menudo Dios protege la vida de los elegidos en medio de los carnales, sin embargo, es bastante raro que alguien, puesto en las voluptuosidades del siglo, permanezca ileso de los vicios, en los cuales, aunque no se implique rápidamente, a veces es atraído. Pues no puede ser duradero quien está cerca del peligro.
3. Camino sin tropiezo, vida de monje sin impedimento de codicia y temor. Pues mientras uno se aparta de la sociedad del mundo, ni la codicia lo obliga a consentir, ni lo atormenta al sentir.

305

4. Es bueno estar corporalmente alejado del mundo, pero es mucho mejor de voluntad; y ambos son perfectos; por tanto, es perfecto quien está separado de este siglo tanto en cuerpo como en corazón.
5. El onagro, como dice Job, desprecia la ciudad, y los monjes la conversación común de los ciudadanos seculares. Estos desean las adversidades de nuestra vida, desprecian las prosperidades, para que, mientras esta vida es despreciada por ellos, se encuentre la futura.

CAPÍTULO XVIII. De los preceptos más altos de los monjes.

1. Hay unos preceptos que se dan a los fieles que viven en el siglo y otros a los que renuncian a este siglo. A aquellos se les dice que manejen bien todas sus cosas, a estos que abandonen bien todas sus cosas. Aquellos están sujetos a preceptos generales, estos trascienden los preceptos generales viviendo más perfectamente.
2. Para la perfección no basta con que, habiendo renunciado a todas sus cosas, cada uno se niegue a sí mismo; pero ¿qué es negarse a sí mismo, sino renunciar a sus propias voluptuosidades? Para que quien era soberbio sea humilde; quien era iracundo, se esfuerce por ser manso. Pues si alguien renuncia a todas las cosas que posee, y no renuncia a sus costumbres, no es discípulo de Cristo. Porque quien renuncia a sus cosas, renuncia a lo suyo;

quien renuncia a las costumbres perversas, se niega a sí mismo. Por eso el Señor dice: Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (Mateo XVI, 24).

306 CAPÍTULO XIX. De la humildad del monje, o de la obra.

1. La suma virtud del monje es la humildad, su mayor vicio es la soberbia. Sin embargo, uno debe juzgarse monje cuando se considera el menor, incluso cuando ha realizado obras mayores de virtud.

2. Quienes abandonan el mundo y, sin embargo, siguen las virtudes de los preceptos sin humildad de corazón, estos caen más gravemente desde lo alto, porque son derribados peor por la elevación de las virtudes que por los vicios que pudieron haber caído.

3. Todo siervo de Dios no debe enorgullecerse de sus méritos, mientras vea que otros pueden ser preferidos a él desde posiciones inferiores. Sin embargo, todo santo debe saber que no debe anteponerse a la santidad de otro. La conciencia de los siervos de Dios siempre debe ser humilde y triste, para que no se enorgullezca por la humildad, y para que no disuelva el corazón en la lascivia por una tristeza útil.

4. El siervo de Dios, mientras realiza alguna buena obra, está incierto de si lo que hace pertenece a la recompensa del bien, no sea que, en el juicio del celestial Juez, sea considerado culpable, y se encuentre que ha obrado negligente o soberbiamente en las cosas de Dios. Por eso mismo se vuelve triste y afligido, y se turba sin cesar, recordando sin duda que está escrito: Maldito el que hace la obra de Dios negligentemente (Jeremías XLVIII, 10). Pues verdaderamente somos condenados si hacemos las cosas buenas con pereza.

5. El siervo de Dios debe leer, orar y trabajar sin interrupción, no sea que el espíritu de fornicación sorprenda a la mente entregada al ocio. Pues el placer cede al trabajo, y rápidamente ocupa el ánimo vacío. Contempla a Salomón, envuelto en muchas fornicaciones por el ocio, y caído hasta la idolatría por el vicio de la fornicación.

307 CAPÍTULO XX. De la tibieza de los monjes.

1. Quienes no siguen con rígida intención la profesión de monje, cuanto más disolutamente desean el propósito del amor supremo, tanto más fácilmente son llevados de nuevo al amor del mundo. Pues la profesión no perfecta repite los deseos de la vida presente; en los cuales, aunque el monje aún no se ate con la obra, ya se ata con el amor de la cogitación. Lejos está de Dios el ánimo al que esta vida aún le es dulce. Este no sabe qué desea de lo alto, ni qué huye de lo bajo. Pues como está escrito: Quien añade ciencia, añade dolor. (Eclesiastés I, 18).

2. Pues cuanto más pueda uno saber de lo alto, que desea, tanto más debe dolerse agudamente de lo bajo, a lo que se adhiere. Por esto también el apóstol Santiago dice: Sed miserables, lamentad y llorad, vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza (Santiago IV, 9). De aquí también el Señor: Bienaventurados, dice, los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V, 5). Y de nuevo: Ay de vosotros que reís, porque lloraréis (Lucas VI, 25).

3. Quien pretende la conversión a la santidad para desear presidir sobre otros, este no es discípulo de Cristo, sino seguidor de la perversidad, porque no lleva el trabajo de la cruz de Cristo por Dios, sino por el honor del siglo.

CAPÍTULO XXI. De los monjes que se ocupan en las preocupaciones del siglo.

1. Aquellos que renuncian al siglo por temor de Dios, y sin embargo se implican en las preocupaciones de las cosas familiares, cuanto más se ocupan en los estudios de las cosas, tanto más se separan de la caridad divina. Quienes intentan servir simultáneamente a las preocupaciones terrenales y ejercitarse en las divinas, no pueden abarcar ambas cosas a la vez. Pues no pueden coexistir dos preocupaciones en el pecho humano; y es difícil agradar a dos señores sirviendo a ambos.

2. A menos que primero se expulse del interior del corazón la importuna multitud de preocupaciones seculares, el alma, que yace en su interior, no resurgirá de ninguna manera. Pues mientras se dispersa en innumerables pensamientos del siglo, no se recoge en absoluto para considerarse a sí misma.

3. Se reprende la tibieza de aquellos que, queriendo dedicarse a Dios, renuncian al mundo y desprecian sus propias preocupaciones; pero mientras procuran las utilidades de los parientes, se separan del amor de Dios.

4. El hombre espiritual debe beneficiar a su parentesco de tal manera que, mientras se esfuerza por otorgarles la gracia de la carne, no se desvíe de su propósito espiritual. Pues muchos monjes, por amor a sus padres, no solo se involucran en preocupaciones terrenales, sino también en disputas forenses, y por la salvación temporal de los suyos pierden sus almas.

5. A veces es una discreción ordenada cuando se niega al prójimo lo que se otorga al extraño, para que se sepa que no se prohíbe el oficio de la piedad, sino que se niega el afecto de la carnalidad. Pues a los parientes se les otorga carnalmente lo que a los extraños se les otorga piadosamente.

6. Así como nuestra alma no debe ser odiada por nosotros, sino que debemos odiar sus afectos carnales, así tampoco deben ser odiados nuestros padres, sino sus impedimentos, que nos obstaculizan en el camino recto, mientras el Señor nos manda odiar a nuestros padres como a nuestras propias almas.

7. Se dice que las vacas de los filisteos, que llevaban el arca de Dios, simbolizan a los hombres santos que renuncian al siglo. Pues así como aquellas no se desviaron del camino recto por el afecto de sus crías, así el hombre que renuncia al mundo no debe ser obstaculizado por el pretexto de la parentela.

309 CAPÍTULO XXII. De aquellos que son impedidos por el amor del mundo de llegar a Dios.

1. Muchos desean volar hacia la gracia de Dios, pero temen carecer de los placeres del mundo. El amor de Cristo los llama, pero la codicia del siglo los retiene. Por eso olvidan su voto, porque son capturados por las seducciones de la vanidad.

2. Cualquier mente envuelta en las tormentas de este mundo, sube al madero de la cruz, para que seas liberado del mar, es decir, de la tempestad de este siglo. Pues nadie te salvará del pozo de la muerte humana, a menos que Cristo te libere.

3. Quien ha dispuesto renunciar al siglo, está obligado por el delito de transgresión si cambia su voto. Pues son severamente acusados en el juicio del divino Juez aquellos que, habiendo prometido con su profesión, despreciaron cumplir con la obra.

4. Se compara maravillosamente la similitud de quien intenta regresar a Dios desde los placeres del mundo, retenido por las codicias del siglo, con aquel que, adormecido, intenta levantarse y es oprimido por el sopor del sueño. Pues aquel sabe regresar al bien, y no se le permite por las llamas de las voluptuosidades. Este elige mejor vigilar, pero es retenido por el sopor del sueño.

5. Los que han caído de lo bueno a lo peor se vuelven más negros sobre carbones fríos, porque por el torpor de la mente han sido extinguidos del fuego de la caridad de Dios, y, por el apetito del mundo, privados de la luz de la iluminación suprema, se oscurecen con la negrura de los pecados.

6. Algunos extinguen la intención de la buena obra por el miedo a la pobreza, y no se les permite con mente débil realizar lo que desean; y al temer la indigencia en el mundo, se cortan a sí mismos de la gloria suprema.

7. El diablo les tiende muchas trampas de consejos a aquellos que, habiendo prometido estar contentos con pocas y modestas cosas, buscan adquirir muchas. Por lo tanto, introduce en sus mentes la futura pobreza de sus hijos, persuade tener más, de donde puedan bastarse a sí mismos y a los necesitados, para que con estas seducciones subvierta la intención de la buena devoción, y lleve la mente engañada a los beneficios terrenales.

8. El diablo les tiende muchas trampas a aquellos que renuncian al siglo, para que se sometan de nuevo a su amor. Y los golpea más gravemente en las concupiscencias del siglo a aquellos que, después de la renunciación, los ha llevado de nuevo al amor del mundo. Y especialmente a través de la vanagloria, el diablo somete al monje, para que, a quien no pudo retener por el amor del siglo, lo aparte de la cumbre de la humildad, y lo haga sujeto a él por el tumor de la soberbia.

9. El siervo de Dios siempre debe prever las insidias del diablo engañador, y debe aplicar más cautela en las buenas obras del corazón, para que no se pierda a sí mismo por la vana gloria, y perezca, y pierda todos los bienes que había obtenido obrando rectamente.

CAPÍTULO XXIII. De la jactancia.

1. Tanto en los hechos como en las palabras debe evitarse la jactancia; sin embargo, debe llorarse la ruina de quien busca agradarse a sí mismo más que a Dios, y obtener alabanza de los hombres.

2. Es vano y está lleno de error el ánimo que busca la fama y se esfuerza por obtener la alabanza terrenal. Examínate a ti mismo, hombre, y no te atribuyas nada que esté en ti, excepto el pecado. No se desvía a la derecha quien atribuye a Dios, no a sí mismo, los bienes que hace; ni se vuelve a la izquierda quien no presume de la indulgencia divina para pecar. Esto es lo que dice el Profeta: Este es el camino, camina por él, sin desviarte ni a la derecha ni a la izquierda (Deuteronomio XVII, 11).

3. Es verdad que la naturaleza busca deleitarse en las alabanzas; pero 311 entonces correctamente, si uno se alaba en Dios, no en sí mismo, como está escrito: En el Señor se alabará mi alma (Salmo XXXIII, 3).

4. A menudo, al despreciar la vana gloria, se cae en otro tipo de altivez, cuando alguien se gloria en sí mismo por despreciar la alabanza de los hombres. 5. A algunos se les concede

hacer el bien, pero no obtienen el fruto de su buena obra, ya que lo pierden por su afán de vanagloria humana.

6. Aquellos que aman los favores de la vana gloria deben siempre contemplar su propia fealdad y lamentar haber perdido la buena obra que hicieron por ostentación humana.

7. El amante de la vana gloria no cesa de actuar para ser siempre alabado, y su apetito perverso aumenta las fuerzas de su vanidad.

8. El inicio de una buena obra no debe hacerse público rápidamente para el conocimiento de los hombres, no sea que, al revelarse el inicio del bien a los ojos humanos, la virtud de la perfección se desvanezca y la santidad se marchite. Antes de tiempo, las cosechas florecientes perecen rápidamente y sus brotes se vuelven inútiles.

9. Las virtudes de los santos, por el deseo de ostentación, se someten al dominio de los demonios impuros, como el rey Ezequías, quien por jactancia mostró sus riquezas a los caldeos y, por ello, escuchó del profeta que perecerían, significando que el siervo de Dios pierde sus virtudes al exhibirlas por vanagloria, y de inmediato hace a los demonios dueños de sus obras, como él hizo a los caldeos dueños de sus bienes por ostentación.

10. La mejor discreción es que nuestras obras sean conocidas para aumentar la gloria de Dios, y ocultas para evitar la altivez humana. Aquel que debe hacer público el bien que hace es quien, fundado en la perfecta humildad, ya no es tocado por la altivez. Pues quien se sabe aún movido por el amor a la alabanza, debe realizar sus buenas obras en secreto, no sea que pierda lo que ha hecho.

11. A veces, los hombres santos, al desear corregir completamente su mutabilidad, son tocados por el orgullo de su propia justicia, pero se purifican del mal de esta insidia con la compunción de la humildad.

12. Los hombres santos a veces instruyen a otros sobre sí mismos, y sin embargo, se guardan con alta consideración, no sea que, al elevar a otros de la intención terrenal, ellos mismos se hundan en el deseo de la alabanza terrenal.

13. Algunos, por una jactancia imprudente de sus virtudes, recaen en los vicios; y algunos, al lamentar frecuentemente el impulso de los vicios, se fortalecen más por la humildad en su misma debilidad.

14. A menudo es útil que los arrogantes sean abandonados por Dios, para que, conscientes de su debilidad, regresen a la humildad y sean humildes después de la caída.

15. Algunos, por una falsa opinión de arrogancia, se creen perfectos, cuando no lo son, y se revelan cuando surgen las tentaciones.

16. Cuanto más alguien se considera alejado de la verdad, más cerca está de ella. Esto es humildad, que une al hombre con Dios. En cambio, la jactancia cierra los ojos con los que Dios podría ser visto.

17. Así como el rayo del sol, cuando se contempla, debilita la vista, así también quien investiga desmesuradamente las cosas altas, se embota en la intención de la verdad.

18. Así como el águila desciende desde lo alto hacia su presa, así el hombre, desde lo alto de una buena conversación, se hunde hacia lo inferior por el apetito carnal.

CAPÍTULO XXIV. De la hipocresía.

1. El hipócrita tiene las palabras de los santos, pero no la vida: y a quienes ha engendrado por el discurso de la doctrina, no los nutre con ejemplos, sino que los abandona, porque destruye con su vida y costumbres a quienes edifica con la palabra.

2. Los hipócritas son llamados simuladores, que no buscan ser justos, sino solo parecerlo. Hacen el mal y profesan el bien. Por ostentación, parecen buenos, pero por acción, son malos.

3. Todos los vicios pueden ser cometidos por los simples, pero la simulación y la hipocresía solo son cometidas por los astutos, que con astucia ocultan los vicios bajo la apariencia de virtudes y no presentan la verdadera santidad.

4. Los santos no solo no desean la gloria más allá de su medida, sino que también rehúyen parecer lo que han merecido ser. Los hipócritas, sin embargo, ocultando su maldad ante los ojos de los hombres, se visten con una cierta santidad de inocencia para ser venerados. A ellos se les dice con voz divina: «¡Ay de vosotros, hipócritas, porque sois como sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos! Así también vosotros, por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de avaricia e iniquidad» (Mat. XXIII, 27; Luc. XI, 44).

5. Los hipócritas son condenados doblemente, tanto por su iniquidad oculta como por su simulación abierta. Son condenados por ser inicuos y por mostrar lo que no son.

6. Los hipócritas no siempre permanecen ocultos; pues aunque al principio algunos no se revelen, antes de que termine su vida se descubre cuán falsamente vivieron. Todo lo sincero permanece: lo que es simulado no puede durar.

7. No debe desesperarse de la salvación de aquellos que aún tienen algo de terrenal, mientras puedan actuar en secreto para justificarse. Estos son mejores que los hipócritas, porque son malos abiertamente y buenos en secreto. Los hipócritas, en cambio, son malos en secreto y se muestran buenos abiertamente.

8. Se prohíbe al justo reprender al hipócrita, no sea que, castigado, se vuelva peor, como dice Salomón: No reprendas al burlador, no sea que te odie (Proverb. IX, 8).

CAPÍTULO XXV. De la envidia.

1. La envidia del bien ajeno castiga a su propio autor. Pues de donde el bueno progresa, de allí el envidioso se consume.

2. Los hombres que viven mal, así como se alegran de las caídas de los buenos, así se confunden por sus buenas acciones y la perseverancia en el bien (Sab. II).

3. El envidioso es un miembro del diablo, cuya envidia introdujo la muerte en el mundo, así como el orgulloso es un miembro del diablo, de quien está escrito: Ve todo lo sublime, y él es rey sobre todos los hijos del orgullo (Job XLI, 25).

4. No hay virtud que no tenga el mal contrario de la envidia; solo la miseria carece de envidia, porque nadie envidia al miserable, a quien en verdad no se le opone la envidia, sino solo la misericordia.
5. Muchos no quieren imitar a los buenos, y se consumen con la envidia de los progresos de los buenos. Así, no se corrigen de su mal, sino que se empeoran por la envidia, intentando, en la medida de lo posible, desviar a los buenos de su recto estudio.
6. Cuando los buenos ven que los malos prosperan, no deben escandalizarse; sino que deben pensar en cuál será su fin.
7. Todo envidioso proporciona a las virtudes ajenas lo que Satanás proporcionó al bienaventurado Job (Job I). Pues al emular las prosperidades, provoca adversidades, pero al creer el diablo que podía derribarlo, sus méritos aumentaron, y así se hicieron más evidentes las pruebas de su paciencia.
8. Así buscan los envidiosos una entrada para la mala fama, por la cual manchar la vida de los buenos, como los sodomitas buscaban la puerta para entrar en la casa de Lot con intención de hacer daño. Pero, golpeados por la ceguera del error, veían las paredes y no encontraban la puerta. No de otra manera, los envidiosos, al envidiar, disimulan las virtudes como si fueran paredes, y buscan los vicios por los cuales quemar su conciencia.

CAPÍTULO XXVI. De la simulación.

1. El género de la fraude oculta las flechas de las insidias como en una aljaba, para crear una falsa seguridad y engañar astutamente a aquel contra quien se maquina en secreto.
2. Debe temerse al enemigo que es manifiesto, pero más aún al que no puede ser visto. Pues fácilmente vencemos lo que vemos, pero lo que no vemos es difícil de expulsar.
3. Rara vez se daña a un hombre por extraños, si los suyos no lo hieren. Pues más nos ponemos en peligro por las insidias de los nuestros que por las de otros.
4. A menudo los venenos están ocultos bajo la miel de las palabras; y el engañador simula bondad hasta que, engañando, logra su propósito.

CAPÍTULO XXVII. Del odio.

1. No se debe odiar al hombre, sino a los vicios. Deben deplorarse con lágrimas aquellos que se consumen de odio hacia su hermano y guardan un pernicioso engaño del alma contra otros (Sal. CXXXVIII, 21).
2. Se separan del reino de Dios quienes se disocian de la caridad.
3. Así como la madre Iglesia es oprimida por los hombres herejes, pero los acoge con amorosa caridad cuando vienen a ella, así también cada uno de nosotros debe acoger inmediatamente a los enemigos que soportamos, imitando a la madre.
4. Debe perdonarse rápidamente a quien lo pide.
5. No pueden ser perdonados los pecados de aquel que no perdona las deudas a quien le ha ofendido. Dios nos impuso la forma de indulgencia según el mérito de nuestra condición, al mandarnos orar así: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros

deudores (Mat. VI, 12). Pues el juicio de Dios es justo, y muestra que se perdona al pecador tanto como cada uno perdona a quien le ha ofendido.

6. Algunos, confiando en sus méritos, tardan en perdonar a quienes pecan contra ellos, pero de nada sirve estar libre de culpa si no se está dispuesto a perdonar; pues esto es una gran culpa, cuando se tarda en perdonar las ofensas del hermano.

7. Quien tarda en reconciliarse con su hermano, tarda en aplacar a Dios. Pues en vano busca propiciar a Dios quien descuida aplacarse rápidamente con su prójimo.

CAPÍTULO XXVIII. Del amor.

1. Hay dos cosas que deben conservarse en el amor al prójimo; una, no hacerle mal; la otra, hacerle bien. Primero, evitar herir; luego, aprender a prestar ayuda.

2. La amistad es la sociedad de las almas. Esta comienza entre dos. Pues el amor no puede existir con menos de dos.

3. Los antiguos dijeron de la sociedad de dos, que es un alma en dos cuerpos, por la fuerza del amor, como leemos en los Hechos de los Apóstoles: Tenían un solo corazón y una sola alma. No porque muchos cuerpos tuvieran un alma, sino porque, unidos por el vínculo y el fuego de la caridad, todos pensaban unánimemente sin disensión.

4. La amistad hace las cosas prósperas más dulces y las adversas más llevaderas y ligeras. Pues cuando en la tribulación se añade la consolación del amigo, ni se quiebra el ánimo ni se permite caer.

5. Verdaderamente se ama al amigo cuando se le ama no por uno mismo, sino por Dios. Quien ama al amigo por sí mismo, lo abraza insensatamente. Está muy sumergido en la tierra quien ama carnalmente a un hombre mortal más de lo que debe. Pues quien ama intemperantemente a un amigo, lo ama más por sí mismo que por Dios. Cuanto más bueno es quien ama al hermano por Dios, tanto más pernicioso es quien lo abraza por sí mismo.

6. A menudo el hombre ama en otro lo que odia en sí mismo, como en los niños. Amamos cierta ignorancia de ellos, y sin embargo la odiamos, porque no queremos ser ignorantes. Así con las piedras, los caballos y otras cosas, que aunque amamos, no queremos ser eso, incluso si pudiéramos.

CAPÍTULO XXIX. De las amistades fingidas.

1. En las adversidades se revela rápidamente el amigo fraudulento; pues en la prosperidad la amistad es incierta, y no se sabe si se ama a la persona o a la felicidad.

2. A menudo se cultiva la amistad por simulación, para que quien no pudo engañar abiertamente, engañe fraudulentamente.

3. Entonces alguien se vuelve más contrario a la piedad y justicia divina cuando desprecia a un amigo golpeado por alguna adversidad. En esto se priva de la ocasión de recompensa y se muestra cruel ante la aflicción del prójimo: como ocurrió entre Lázaro el ulceroso y el rico soberbio. Por tanto, en las adversidades y prosperidades se comprueba si verdaderamente se ama a Dios y al prójimo; pues cuando surgen adversidades, el amigo fraudulento se revela y desprecia de inmediato a quien fingió amar.

4. Ninguna fuerza excluye la verdadera amistad, ni el tiempo la borra; dondequiera que el tiempo se vuelva, ella permanece firme.

5. Raros son los amigos que permanecen queridos hasta el final. Muchos son apartados de la caridad por la adversidad del tiempo o por alguna contienda de acción.

6. A menudo, por el honor de algunos, cambian sus costumbres; y aquellos a quienes antes tenían unidos por la caridad, después de alcanzar la cumbre del honor, desprecian tener amigos.

CAPÍTULO XXX. De la amistad nacida del interés.

1. Entre los verdaderos amigos, la amistad nace de la benevolencia; entre los falsos, se une por el beneficio.

2. No son fieles en la amistad aquellos que son unidos por el don, no por la gracia. Pues rápidamente abandonan si no reciben siempre. La amistad que se une por el don se disuelve cuando este se suspende. La verdadera amistad es aquella que no busca nada de los bienes del amigo, sino solo la benevolencia, es decir, amar gratuitamente al que ama.

3. A menudo la amistad nace de la necesidad o la indigencia, para que haya alguien por quien se consiga lo que se desea. Pero aquel que la busca verdaderamente es quien la desea sin necesidad. Pues la que nace de la pobreza es breve y falsa, mientras que la pura y perpetua.

CAPÍTULO XXXI. De la concordia de los malos.

1. La amistad solo debe tenerse en cosas buenas; pues quienes la usan en el mal no son amigos, sino enemigos.

2. La concordia de los malos es contraria a la de los buenos. Y así como es deseable que los buenos tengan paz entre sí, así es deseable que los malos estén en discordia. La unanimidad de los malos es contraria a la de los buenos, como lo aprueba el apóstol Pablo, quien divide a los malos contra sí mismos cuando los vio concordar en su muerte (Hechos XXIII, 7). De ahí que en la Ley se divide el Mar Rojo, es decir, la concordia de los hombres malos, para que el camino de los elegidos hacia la bienaventuranza no sea impedido. El camino de los buenos se impide si el mar, es decir, la unidad de los inicuos, no se divide (Éxodo XIV, 21).

CAPÍTULO XXXII. De la corrección fraterna.

1. No debe corregir los vicios ajenos quien aún está sujeto a las contaminaciones de los vicios. Pues es impropio reprochar a alguien en otro lo que aún se reprueba en sí mismo.

2. Quien verdaderamente desea corregir y sanar la debilidad fraterna, debe esforzarse por ser útil al hermano, de modo que a quien desea corregir lo amonesté con un corazón humilde, y lo haga con compasión como si fuera un peligro común, no sea que también él mismo sea sometido a tentación.

3. Así como los hombres espirituales esperan la enmienda del pecado ajeno, así los obstinados insultan a los pecadores con burla, y, en la medida de lo posible, los consideran incurables; no inclinan su corazón a la misericordia de compadecerse, sino que, con soberbia, los detestan y blasfeman.

4. A veces ocurre que entre amigos alguna discordia alimentada por la reprensión engendra una mayor caridad después, pues se corrigen las cosas que se ven como desagradables en el amigo, y aunque al principio el amonestado lo recibe con cierta emulación, corregido después, da gracias. En cambio, muchos por una pequeña ofensa rompen el vínculo de la caridad y se apartan para siempre del amor de la amistad.
5. Algunos consideran la corrección como un deber de caridad. Otros, sin embargo, interpretan como una injuria el ser corregidos por caridad. Por lo tanto, ocurre que se vuelven peores por lo que podrían haberse enmendado obedeciendo.
6. Los justos reciben saludablemente cuando son reprendidos por sus excesos. Sin embargo, es superflua la humildad de aquellos que se acusan de haber hecho lo que no cometieron. Quien sin arrogancia pronuncia sus buenas obras, sin duda no peca.
7. Es una excusa de algunos perversos que, cuando son reprendidos por sus crímenes, rechazan las palabras de los justos para evitar la censura, reservándose al juicio divino, por el cual serán castigados más severamente, al despreciar ser juzgados temporalmente por los hombres.
8. A los iníquos les es molesta la verdad y amarga la disciplina de la justicia; no se deleitan sino en lo que agrada a su propia debilidad: fecundos en injusticia y estériles en verdad; ciegos para contemplar la luz y con ojos para ver el error de las tinieblas.
9. Los corazones de los reprobos son resbaladizos para consentir el mal y flojos; para consentir el bien, durísimos.
10. Salomón prueba tanto la enmienda del justo corregido como la obstinación del necio amonestado, diciendo: Enseña al justo, y se apresurará a recibir. Del necio dice: Quien corrige al burlador, se hace daño a sí mismo (Proverb. IX, 7, 9).
11. Algunos hombres son de tal perversidad que, mientras ellos mismos descuidan corregirse del mal, denigran la vida de los corregidos con falsa acusación; y buscan consuelo para su crimen si encuentran, aunque sea falsamente, algo que objetar a la infamia de los buenos, como dice Salomón: El impío convierte el bien en mal, y pone mancha en los elegidos (Ecli. XI, 34). ¡Ay de aquel que se niega a corregir su vida y no cesa de denigrar a los buenos!
12. Muchos malos defienden a los semejantes a ellos en el mal, y con su patrocinio acogen a los perversos contra la corrección de los buenos, para que no sean corregidos de lo que desagradan: añadiendo a sí mismos los delitos ajenos, para que no solo sean castigados por sus propios males, sino también por los crímenes de otros, cuyos pecados defienden.

CAPÍTULO XXXIII. De los superiores de la Iglesia.

1. El hombre eclesiástico debe crucificarse al mundo por la mortificación de su propia carne, y si la administración del orden eclesiástico le es impuesta por la voluntad de Dios, debe aceptarla humildemente, aunque no la desee.
2. Satanás intercepta con muchas artimañas a aquellos que, por la utilidad de su vida y sentido, no quieren presidir y beneficiar a otros; y cuando se les impone el gobierno de las almas, lo rechazan, considerando más prudente llevar una vida ociosa que dedicarse a ganar almas. Sin embargo, engañados, actúan por el argumento del diablo que los engaña bajo la

apariencia de bien, para que, al apartarlos del oficio pastoral, no puedan progresar aquellos que podrían ser instruidos por sus palabras y ejemplos.

3. Los hombres santos no desean en absoluto las preocupaciones de las ocupaciones seculares, pero las lamentan cuando les son impuestas por un orden oculto. Y aunque las eviten con la mejor intención, las soportan con una mente sumisa. Se apresuran a evitarlas si es posible, pero temiendo la disposición oculta de Dios, aceptan lo que evitan, ejercen lo que se sabe que evitan. Entran en su corazón y allí consultan qué quiere la voluntad oculta de Dios; reconociendo que deben estar sujetos a las más altas ordenaciones, humillan el cuello del corazón al yugo de la disposición divina.

CAPÍTULO XXXIV. De los superiores indignos.

1. No deben ser promovidos al gobierno de la Iglesia aquellos que aún están sujetos a los vicios. De ahí que se le ordenó a David no construir el templo visible, porque era un hombre de sangre por la frecuencia de la guerra. Esta figura amonesta espiritualmente a aquellos que aún están entregados a la corrupción de los vicios, para que no presuman enseñar a la Iglesia.

2. No debe aceptar el liderazgo del honor quien no sabe guiar a sus súbditos por el camino de una vida mejor. Pues nadie es puesto al frente solo para corregir las faltas de los subordinados mientras él mismo sirve a los vicios.

3. Quien aspira a la dirección del sacerdocio debe primero examinar si su vida es congruente con el honor; y si no hay discrepancia, que se acerque humildemente a lo que es llamado. Porque se duplica la culpa si alguien aspira al culmen sacerdotal con culpa. ¡Ay de mí, miserable, atado con nudos inexplicables! Pues si retengo el liderazgo del orden eclesiástico, siendo consciente de mi crimen, tiemblo de miedo; si lo abandono, temo aún más que sea peor culpa dejar el rebaño asumido: por todas partes temo, y en tan gran dilema no sé qué seguir.

323 4. La caída de cada uno es tanto más criminal cuanto mayor era su virtud antes de caer. Pues la magnitud de las virtudes precedentes aumenta el cúmulo de los delitos siguientes.

5. Muchos sacerdotes desean estar al frente más por su propia utilidad que por la del rebaño, y no desean ser prelados para beneficiar, sino más bien para enriquecerse y ser honrados. Pues asumen la cumbre de la sublimidad, no por el gobierno pastoral, sino por la ambición del honor solo, y desechando la obra de la dignidad, buscan solo la dignidad del nombre.

6. Aunque los malos sacerdotes no sean ignorados por Dios, son desconocidos por Él, como testifica el mismo a través del Profeta: "Príncipes han surgido, pero no los conocí" (Oseas VIII, 4); pero este desconocimiento de Dios es reprobado, pues Dios todo lo sabe.

CAPÍTULO XXXV. De los superiores ignorantes.

1. Así como los inicuos y pecadores son prohibidos de alcanzar el ministerio sacerdotal, así los ignorantes e inexpertos son apartados de tal oficio. Pues aquellos corrompen la vida de los buenos con sus ejemplos; estos no saben corregir a los inicuos por su ignorancia. ¿Qué podrían enseñar, lo que ellos mismos no han aprendido? Que deje de asumir el lugar de enseñar quien no sabe enseñar. La ignorancia de los prelados no es congruente con la vida de los súbditos. Pues si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo. (Mateo XV, 14).

2. El Señor reprueba a los sacerdotes ignorantes a través del profeta Isaías: "Ellos, dice, los pastores no han conocido la inteligencia". Y de nuevo: "Todos los vigilantes son ciegos", es decir, obispos inexpertos, "no han sabido, dice, todos, perros mudos, no pueden ladrar" (Isaías LVI, 10 y ss.), es decir, no pueden defender a las plebes encomendadas resistiendo a los males mediante la palabra de la doctrina.

324 CAPÍTULO XXXVI. De la doctrina y ejemplos de los superiores.

1. Tanto la doctrina como la vida deben brillar en el doctor eclesiástico. Pues la doctrina sin vida hace arrogante, la vida sin doctrina hace inútil.

2. La predicación del sacerdote debe ser confirmada por las obras, de modo que lo que enseña con la palabra, lo instruya con el ejemplo. Pues verdadera es aquella doctrina que sigue la forma de vivir. Pues nada es más vergonzoso que si alguien descuida cumplir con obras el bien que predica con palabras. Entonces la predicación se ofrece útilmente cuando se cumple eficazmente.

3. Todo doctor debe tener el empeño tanto de la buena acción como de la buena predicación, pues una sin la otra no hace perfecto; pero el justo debe preceder en hacer el bien, para que luego pueda enseñar bien.

4. Todo doctor útil debe prestar y dedicarse a la doctrina de tal manera que cuanto más brille en la palabra, tanto más brille en el mérito. Pues lo que el Apóstol ordena a Timoteo enseñar con toda autoridad (II Tim. IV), no exhorta a la hinchazón de la soberbia, sino a la autoridad de la buena vida, para que no pierda la libertad de predicar, si enseña bien y vive mal. Por eso también el Señor: "Quien quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos" (Mateo V, 19). Ves que carece de la autoridad del magisterio quien no hace lo que enseña.

5. Así como en la moneda se busca el metal, la figura y el peso, así en todo doctor eclesiástico, qué sigue, qué enseña, cómo vive. Por la calidad del metal se designa la doctrina, por la figura la semejanza de los padres, por el peso la humildad. Quien se aparte de estos tres, no será metal, sino tierra.

325 CAPÍTULO XXXVII. De aquellos que enseñan bien y viven mal.

1. A veces, por el vicio del doctor, incluso la doctrina verdadera se desprecia; y quien no vive como enseña, hace despreciable la misma verdad que predica.

2. La lengua de los maestros que enseñan bien y viven mal es un arco perverso (Salmo LXXVII, 57). Y por eso, como de un arco torcido, lanzan la flecha cuando con el golpe de su propia lengua perforan su vida torcida.

3. Quienes predicán lo divino y cuidan menos de vivir según la dignidad de esa misma predicación, teniendo la palabra de Dios en la boca y no en la obra, enseñando muchas cosas buenas, pero no haciendo nada, imitan a Balaam el adivino, quien, cayendo en la obra, tenía los ojos abiertos para contemplar la luz de la doctrina (Números XXIV, 10).

4. Quien enseña bien y vive mal, es como un bronce o un címbalo que hace sonido para otros, pero él mismo permanece insensible.

5. Quien enseña bien y vive mal, lo que enseña bien, beneficia a los que viven bien; pero lo que vive mal, se mata a sí mismo. Así como el sacerdote, que si se comporta dignamente, como corresponde a un sacerdote, su ministerio es útil tanto para él como para otros, pero viviendo indignamente, es útil a otros hablando, pero se mata a sí mismo viviendo mal; y por lo tanto, lo que en él está muerto, es propio de él; lo que vive en él, es decir, el ministerio sagrado, que es de vida, es ajeno.

6. Quien enseña bien y vive mal, parece, como una vela, dar luz a otros mientras expone lo bueno; pero se consume y se extingue en sus propios males.

7. Quien enseña bien y vive mal, parece unir el bien con el mal, mezclar la luz con las tinieblas, cambiar la verdad por la mentira.

326 CAPÍTULO XXXVIII. De los ejemplos de los sacerdotes perversos.

1. A menudo, por quienes se enseña la justicia, por ellos mismos se infiltra la enfermedad del pecado, y la muerte pasa a las plebes, ya sea mientras enseñan el mal o mientras hacen lo malo.

2. Muchos sacerdotes y clérigos que viven mal son un modelo para otros en el mal, quienes debieron ser un ejemplo en el bien. Pues aquellos a quienes pierden con el ejemplo de su mala conversación, sin duda rendirán cuentas de ellos.

3. Por el ejemplo de los superiores carnales, a menudo la vida de los subordinados se vuelve peor, y por el mérito de la plebe se convierten en tales sacerdotes, que con su ejemplo peor destruyen al pueblo, no lo edifican. Pues por el mérito de la plebe a veces los obispos se corrompen, para que caigan más fácilmente quienes los siguen.

4. Cuando la cabeza está enferma, los demás miembros del cuerpo se infectan. Por eso está escrito: "Toda cabeza está enferma, y todo corazón está triste, desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él sanidad" (Isaías I, 5, 6). La cabeza enferma es el doctor que peca, cuyo mal llega al cuerpo, mientras que, pecando o enseñando mal, el pernicioso languor se transfiere a las plebes sujetas.

5. Son peores quienes, ya sea por doctrina o por ejemplos, corrompen la vida y las costumbres de los buenos, que aquellos que saquean las propiedades y bienes de otros. Pues estos quitan lo que está fuera de nosotros, pero que es nuestro; los corruptores de las costumbres nos engañan propiamente a nosotros mismos, pues las riquezas de los hombres son sus costumbres. Por lo tanto, los daños de las costumbres difieren mucho de los daños de las cosas temporales, mientras que estas están fuera de nosotros, las costumbres están en nosotros.

CAPÍTULO XXXIX. De los superiores carnales.

1. Por la providencia del consejo divino a menudo se ordenan superiores, 327 que buscan lo mundano y exterior, para que mientras se dedican por completo a las cosas temporales, los espirituales ejerzan una vida más segura de contemplación, porque son pesadas las cargas de las preocupaciones episcopales para quienes desean vivir en quietud. A menudo Dios provee a los dedicados a las preocupaciones seculares para la asunción del gobierno, para que mientras estos procuran lo exterior sin tedio, los espirituales sirvan a las cosas interiores sin impedimento de las cosas terrenales.

2. Por lo tanto, acusan el orden de Dios, por quien son instituidos, quienes condenan a los obispos, mientras buscan menos lo espiritual, pero más lo terrenal. Pues por la disposición del tabernáculo divino, para soportar las injurias del mundo y ciertos torbellinos, se instituyen obispos dedicados a las preocupaciones seculares, para que aquellos que desean lo interior y lo supremo, sin ningún negocio terrenal que se interponga, se dediquen más libremente a lo que aman (Éxodo XXVI).

3. Por lo tanto, no debe ser juzgado un rector desordenado por la plebe, mientras más sepan los pueblos que fue por su mérito perverso que recibieron el gobierno de un pontífice. Pues por los méritos de las plebes se dispone por Dios la vida de los rectores, como ejemplo de David pecando (II Samuel XXIV) en comparación con los príncipes, que por el mérito de la plebe prevarican.

4. Son condenados por sentencia los hijos de Cam, quienes exponen públicamente las culpas de sus superiores; como Cam, quien no cubrió las vergüenzas de su padre, sino que las mostró para ser ridiculizadas (Génesis IX, 22). Tendrán el mérito de Sem y Jafet, quienes reverentemente cubren lo que saben que sus padres han excedido, si no aman las acciones de los padres, sino que solo las cubren, sin imitarlas. Pues hay quienes juzgan perversamente a sus superiores, mientras ven que están más dedicados a los estudios terrenales, si ellos mismos ya han pensado poco en las cosas espirituales.

5. Por lo tanto, los rectores deben ser juzgados por Dios, pero de ninguna manera deben ser juzgados por sus súbditos: como ejemplo del Señor, quien por sí mismo expulsó a los vendedores de palomas y las mesas de los cambistas con su propio látigo, y los echó del templo (Mateo XXI, 12), o también como dice el salmista: "Dios se levantó en la sinagoga de los dioses, y en medio de los dioses los juzga" (Salmo LXXXI, 1).

6. Pero si el rector se desvía de la fe, entonces será reprendido por los súbditos; por sus costumbres reprobables, más bien debe ser tolerado que restringido por la plebe.

328 CAPÍTULO XL. De los doctores iracundos.

1. Los doctores iracundos convierten por la rabia del furor la medida de la disciplina en la inhumanidad de la crueldad; y de donde podían corregir a los súbditos, de allí más bien los hieren.

2. Por eso el superior iracundo castiga las culpas sin medida, porque su corazón disperso en las preocupaciones de las cosas no se recoge en el amor de la única Deidad. Pues mi cadena de caridad, suelta en las cosas diversas, no se ata, sino que malamente suelta, se mueve mal ante cualquier ocasión.

CAPÍTULO XLI. De los doctores soberbios.

1. Es buen doctor y rector quien guarda la disciplina en la humildad, y por la disciplina no incurre en la soberbia.

2. Pero los pastores altivos oprimen tiránicamente a las plebes, no las gobiernan, y no exigen la gloria de Dios, sino la suya propia de los súbditos.

3. Muchos son quienes en la palabra de la doctrina no son humildes, sino arrogantes, y quienes incluso las cosas rectas que predicán, no las anuncian por el deseo de corrección, sino por el vicio de la arrogancia.

4. Muchos son quienes no enseñan por el consejo de edificar, sino por el orgullo de la soberbia; y no son sabios para beneficiar, sino que estudian para parecer sabios al enseñar.

5. Hay una imitación perversa de los sacerdotes arrogantes, por la cual imitan a los santos en el rigor de la disciplina, y descuidan seguir con el afecto de la caridad: quieren parecer rígidos por la severidad, y no pueden mostrar la forma de la humildad, para ser vistos más como temibles que como amables.

6. Los doctores soberbios saben más herir que corregir, 329 como atestigua Salomón: "En la boca del necio está la vara de la soberbia" (Proverbios XIV, 3), porque increpando rígidamente hieren, y no saben compadecerse humildemente.

7. Bien asume curar los vicios del pecado ajeno quien lo hace con amor del corazón y con humilde conciencia. Pero quien corrige al delincuente con ánimo soberbio o odioso, no corrige, sino que hiere. Pues todo lo que el ánimo altanero o indignado pronuncie, es furia del que reprende, no amor del que corrige.

CAPÍTULO XLII. De la humildad de los superiores.

1. Quien es puesto al frente del gobierno debe mostrarse de tal manera en la disciplina de los súbditos, que no solo brille por la autoridad, sino también por la humildad. Pero sin embargo, habrá en él la virtud de la humildad, para que la vida de los súbditos no se disuelva en vicios; y así estará presente la autoridad del poder, para que no exista la severidad de la desmesura por la hinchazón del corazón. Pues esta es la verdadera discreción en los sacerdotes de Dios, por la cual no son soberbios por la libertad, ni remisos por la humildad. De ahí que los santos con mucha constancia reprocharon incluso los vicios de los príncipes, en quienes, aunque había suma humildad, sin embargo, en el lugar necesario, libremente increpaban a los transgresores de la justicia.

2. A veces también nos conviene ser más humildes de ánimo con los súbditos, pues los hechos de los súbditos son juzgados por nosotros, pero los nuestros los juzga Dios.

3. Reconozca el obispo que es siervo de la plebe, no su señor; pero esto lo exige la caridad, no la condición.

CAPÍTULO XLIII. De la discreción de la doctrina.

1. No a todos se debe aplicar una misma doctrina, 330 sino que según la calidad de las costumbres será diversa la exhortación de los doctores. Pues a algunos los corrige la dura reprensión, a otros la exhortación blanda.

2. Así como los médicos expertos sirven a los diversos males del cuerpo con diverso medicamento, de modo que según la variedad de las heridas sea diversa la medicina, así también el doctor de la Iglesia aplicará a cada uno el remedio de doctrina adecuado, y anunciará lo que convenga a cada uno, según la edad, el sexo y la profesión.

3. No a todos se deben revelar las cosas que están ocultas. Pues muchos son quienes no pueden comprender, a quienes si se les manifiestan indiscretamente, inmediatamente o critican o descuidan.

4. La primera virtud de la prudencia es estimar la persona a quien se debe enseñar. A los pueblos rudos, 331 o carnales, se deben predicar cosas planas y comunes, no las altas y arduas, para que no sean oprimidos por la inmensidad de la doctrina en lugar de ser instruidos. Por eso también el apóstol Pablo dice: "No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento" (I Cor. III, 1, 2). Pues a los ánimos carnales no conviene predicarles cosas demasiado altas de lo celestial, ni terrenas, sino moderadamente, como desean sus comienzos y costumbres, enseñarles.

5. El cuervo, cuando ve a sus polluelos de color blanco, no los alimenta con ningún alimento, sino que solo espera hasta que se oscurezcan con el color paterno, y así los alimenta con frecuente comida; así también el doctor esforzado de la Iglesia, a menos que vea a aquellos a quienes enseña oscurecerse a su semejanza por la confesión de la penitencia, y, dejando el brillo secular, vestirse con el hábito de la lamentación por el recuerdo del pecado, no les abre aún las profundidades de los misterios de la inteligencia espiritual, para que no, al no comprender lo que oyen, comiencen a despreciar antes que a venerar los mandamientos celestiales.

6. De manera diferente se debe actuar con aquellos que son encomendados a nuestro gobierno, si ofenden, y de manera diferente con aquellos que no nos son encomendados; 331 quienes si son justos, deben ser venerados; si delinquen, por sola caridad, cuando sea el lugar, deben ser corregidos, pero no con severidad, como aquellos que nos son encomendados para ser gobernados.

7. Primero deben ser enseñados los ancianos de la plebe, para que a través de ellos los que están debajo sean más fácilmente enseñados. Por eso también el Apóstol dice: "Esto encomienda a hombres fieles, que sean idóneos para enseñar también a otros" (II Tim. II, 2).

8. Es ingenio del buen doctor comenzar con alabanzas 331 de aquellos a quienes desea corregir saludablemente con reprensiones, como hace el apóstol a los corintios, a quienes comienza con alabanzas y los prueba con increpaciones. Pero había entre los corintios quienes eran dignos tanto de alabanza como de increpación. Sin embargo, habla indiscretamente quien así habla a todos de ambas cosas, que ambas parecen convenir a todos.

CAPÍTULO XLIV. Del silencio de los doctores.

1. Por el mal mérito de la plebe se quita la doctrina de la predicación. Por el buen mérito del oyente se concede la palabra al doctor.

2. Está en el poder divino a quién quiere Dios dar o quitar la palabra de la doctrina: y esto se hace ya sea por el mérito del que habla o del que escucha, para que a veces por la culpa de la plebe se quite la palabra del doctor, y a veces por los méritos útiles se conceda. Pues el bueno enseña al bueno, y el malo al malo, y el bueno al malo, y el malo al bueno, lo que sin embargo se hace según el mérito de los pueblos.

3. No todos los tiempos son adecuados para la doctrina según la sentencia de Salomón, que dice: "Tiempo de callar, y tiempo de hablar" (Eclesiastés III, 7). No por temor, sino por discreción, a veces es necesario que los elegidos cesen de la doctrina debido a la iniquidad incorregible de los malos.

332 4. A veces los doctores de la Iglesia, ardiendo en el calor de la caridad, callan de enseñar, porque no hay quien escuche, como testifica el profeta: "Las ciudades del sur están cerradas, y no hay quien las abra" (Jeremías XIII, 19).

5. Quien ha recibido el oficio de enseñar, a veces debe callar temporalmente sobre los hechos del prójimo, que no estima corregir de inmediato. Pues si puede corregir y disimula, es verdad que tiene el consentimiento del error ajeno.

6. Muchos santos doctores, por la pertinacia del mal, porque no pueden corregir a los inicuos, deciden callarles; pero no soportando el calor del espíritu que los impulsa, nuevamente se lanzan a la increpación de los inicuos.

CAPÍTULO XLV. De la protección sacerdotal que debe proveerse al pueblo.

1. Aquellos a quienes se ha confiado la forma de enseñar, corren gran peligro si no quieren resistir a los que contradicen la verdad; mientras el profeta instruye al doctor de la Iglesia a llegar hasta la cima de la justicia, cuando dice: "Sube al monte alto, tú que evangelizas a Sion" (Isaías XL, 9); es decir, que así sobresalga en mérito, como en grado. Seguidamente, para que no deba ser restringido de enseñar por temor, escuche: "Exalta tu voz con fortaleza, y no temas". Por eso también el Señor dice a Jeremías: "Ciñe tus lomos, y levántate; habla a ellos; no temas ante su rostro, porque no te haré temer su rostro" (Jeremías I, 17); de donde se ve que no temer es don de Dios.

2. Quien acepta la persona del poderoso y teme hablar la verdad, es castigado con la grave sentencia de culpa. Pues muchos sacerdotes, por miedo al poder, ocultan la verdad, y se apartan de la buena obra o de la predicación de la justicia, por temor a alguna cosa o por el poder que los aterra. Pero ¡ay, dolor! temen porque están implicados en el amor de las cosas seculares, o porque están confundidos por alguna obra de crimen.

3. Muchos prelados de la Iglesia, temiendo perder la amistad 333 y caer en la molestia de los odios, no reprenden a los pecadores, y temen corregir a los opresores de los pobres; ni temen la severidad de rendir cuentas, por el hecho de que callan sobre las plebes que les han sido encomendadas.

4. Cuando los pobres son oprimidos por los poderosos, los buenos sacerdotes acuden en su auxilio para protegerlos; y no temen las molestias de la enemistad de nadie, sino que reprenden abiertamente a los opresores de los pobres, los increpan, los excomulgan; y temen menos las insidias de quienes pueden hacer daño, pues el buen pastor da su vida por las ovejas (Juan 10, 11).

5. Así como el pastor vigilante suele proteger a las ovejas de las bestias, así también el sacerdote de Dios debe estar atento al rebaño de Cristo, para que el enemigo no lo devaste, el perseguidor no lo ataque, ni la codicia de los poderosos perturbe la vida de los pobres. Pero los malos pastores no se preocupan por las ovejas, sino que, como se lee en el Evangelio sobre los asalariados, ven venir al lobo y huyen. Huyen, en efecto, cuando callan ante los poderosos y temen resistir a los malos; y si callan sobre sus iniquidades, serán condenados.

CAPÍTULO XLVI De la disciplina de los sacerdotes en los que delinquen.

1. Los sacerdotes son condenados por la iniquidad de los pueblos, si no instruyen a los ignorantes o no reprenden a los pecadores, como testifica el Señor por el profeta: Te he puesto como centinela para la casa de Israel. Si no hablas para advertir al impío que se aparte de su camino, él morirá en su iniquidad; pero yo pediré su sangre de tu mano (Ezequiel 3,

17). Así fue condenado el sacerdote Elí por la iniquidad de sus hijos; y aunque los amonestó por sus delitos, no los reprendió como debía (1 Samuel 2).

2. Los sacerdotes deben investigar los pecados de los pueblos y con sagaz diligencia examinar a cada uno, según el testimonio del Señor hablando a Jeremías: Te he puesto como probador en mi pueblo fuerte, para que conozcas y examines sus caminos (Jeremías 6, 27).

3. Los sacerdotes deben investigar con empeño los hechos de los súbditos para corregirlos, de modo que puedan ganar a los corregidos. Así como conviene reprender al pecador, también es justo no herir al justo.

4. Los sacerdotes deben preocuparse por aquellos que perecen, para que con su reprensión se corrijan de sus pecados, o, si son incorregibles, sean separados de la Iglesia.

5. Son severamente reprendidos aquellos que, engañando a los pecadores, no solo no los reprenden por su pecado, sino que también los engañan aduladoramente, como dice el profeta: Y serán, los que bendicen a este pueblo, seductores, y los que son bendecidos, precipitados (Isaías 9, 16).

6. Son severamente reprendidos nuevamente aquellos que no reciben al pecador, sino que lo desprecian y desestiman, y no gimen por el delito ajeno como si fuera propio. Sobre tales personas, el Señor amenaza a través de Isaías diciendo: Los que dicen: Aléjate de mí, no te acerques a mí, porque eres impuro: estos serán humo en mi furor, fuego ardiente todo el día (Isaías 65, 5). De ahí que el Apóstol se hizo todo para todos (1 Corintios 9, 22), no por imitación del error, sino por compasión misericordiosa; es decir, para llorar los vicios ajenos como si él mismo estuviera implicado en tal error.

7. Los buenos pastores del pueblo deben llorar los delitos y entregarse por completo al llanto, imitando al profeta Jeremías que dice: ¿Quién dará agua a mi cabeza, y a mis ojos fuente de lágrimas, y lloraré día y noche a los muertos de mi pueblo? (Jeremías 9, 1). Por lo tanto, el sacerdote debe llorar los pecados del pueblo como si fueran sus propios delitos, pero con afecto de compasión, no por la acción cometida.

8. Algunos prelados del rebaño expulsan a algunos de la comunión por su pecado, para que se arrepientan, pero no los visitan exhortándolos a vivir mejor. A estos, la palabra divina los reprende adecuadamente: «Pastores, que apacentáis a mi pueblo, habéis dispersado mi rebaño, lo habéis echado, y no los habéis visitado: he aquí que yo visitaré sobre vosotros la maldad de vuestras obras» (Jeremías 23, 2).

9. Los estudios de los buenos sacerdotes investigan con mucha diligencia incluso los pequeños hechos del pueblo, para que, al mostrarse muy estrictos en los pecados menores de los súbditos, los hagan cautos, sujetos y solícitos respecto a los males mayores.

10. Así como los médicos asumen la cura de las enfermedades inminentes, y con cierta previsión médica previenen las futuras para que no se infiltren, así también los buenos doctores cortan lo que se ha hecho mal, para que, con la ayuda de la doctrina, prevengan lo que podría cometerse.

11. A quien no se corrige con palabras suaves, es necesario reprenderlo más severamente. Pues con dolor deben cortarse las cosas que no pueden sanarse suavemente.

12. Quien, advertido en secreto sobre su pecado, descuida corregirse, debe ser reprendido públicamente, para que la herida que no sabe sanarse ocultamente, deba ser corregida manifestamente.
13. Los pecados manifiestos no deben ser purgados con corrección oculta. Deben ser reprendidos abiertamente quienes pecan abiertamente, para que, al ser sanados con una objurgación abierta, se corrijan aquellos que pecaron imitándolos.
14. Mientras uno es reprendido, muchos son corregidos. Es necesario que por la salvación de muchos uno sea condenado, antes que por la licencia de uno muchos se pongan en peligro.
15. Así debe ser pronunciada la palabra hacia el delincuente, como lo exige la salvación de quien es corregido. Si es necesario aplicar algún remedio de salvación con la palabra de reprensión, es necesario mantener la suavidad en el corazón.
16. Los doctores a veces hieren más duramente con reprensiones a los súbditos; sin embargo, no se apartan de la caridad hacia aquellos a quienes corrigen.
17. A menudo, la censura de la Iglesia parece arrogancia a los soberbios; y lo que los buenos hacen piadosamente, los malos lo consideran hecho cruelmente, porque no discernen con ojo recto lo que los buenos hacen con recta intención.
18. Es muy importante que todo pontífice actúe con tanta cautela hacia los encomendados, cuanto más teme ser juzgado severamente por Cristo; pues como está escrito: Con la medida con que midáis, se os medirá (Mateo 7, 2).
19. Porque todos pecamos diariamente, y caemos en muchos errores.
20. Quien es clemente con sus propios delitos, no debe mantener rigor en el pecado ajeno. Muchos ven los vicios de otros, pero no los suyos. Y aunque ellos mismos están sujetos a grandes crímenes, no perdonan los pecados menores a sus hermanos.
21. Los hipócritas no sienten la viga en su propio ojo, y se fijan en la paja en el ojo de su hermano.
22. Reprendemos más fácilmente los vicios ajenos que los nuestros. Pues a menudo lo que juzgamos perverso en otros, sentimos menos que nos perjudica en nosotros; y lo que reprendemos en otros, no nos avergonzamos de hacerlo nosotros mismos.
23. Más fácilmente observamos los vicios de cada uno que sus virtudes; ni reconocemos el bien que alguien ha hecho, sino que investigamos qué mal ha hecho.

CAPÍTULO XLVII De los súbditos.

1. Por el pecado del primer hombre, se impuso divinamente al género humano la pena de la servidumbre, de modo que a quienes no se considera aptos para la libertad, se les impone misericordiosamente la servidumbre. Y aunque el pecado del origen humano ha sido perdonado a todos los fieles por la gracia del bautismo, sin embargo, Dios justo ha diferenciado la vida de los hombres, estableciendo a unos como siervos y a otros como señores, para que la licencia de obrar mal sea restringida por el poder de los dominantes. Pues si todos hubieran estado sin temor, ¿quién habría sido el que prohibiera a alguien hacer el

mal? De ahí que también entre las naciones se eligieron príncipes y reyes, para que con su terror contuvieran a los pueblos del mal, y los sometieran a vivir rectamente bajo las leyes.

2. En cuanto a la razón, no hay acepción de personas ante Dios (Colosenses 3, 25), quien eligió lo ignoble y despreciable del mundo, y lo que no es para destruir lo que es, para que ninguna carne se gloríe, es decir, ningún poder carnal ante él. Pues un solo Señor cuida igualmente de los señores y de los siervos.

3. Es mejor la servidumbre sometida que la libertad altiva. Muchos se encuentran sirviendo libremente a Dios bajo señores malvados, quienes, aunque están sujetos a ellos corporalmente, son superiores en mente.

CAPÍTULO XLVIII. De los prelados.

1. El hombre justo o es despojado de todo poder secular, o si está revestido de alguno, no se inclina bajo él para enorgullecerse, sino que lo somete a sí mismo para mostrarse más humilde. Esto se prueba con el ejemplo apostólico, quien, habiéndole sido dado el poder, ni siquiera lo usó como debía, sino que, pudiendo usarlo, rechazó lo lícito, y se mostró como un niño entre aquellos a quienes presidía (1 Tesalonicenses 2, 6-7).

2. Quien se esfuerza con afán en buscar los honores del siglo o las prosperidades del mundo, se encuentra vacío de descanso tanto aquí como en el futuro; y se ve tan cargado con el peso de los pecados, cuanto está alejado de las buenas obras.

3. Cuanto más se eleva alguien en la dignidad del honor secular, tanto más se ve agobiado por el peso de las preocupaciones; y se somete más en mente y pensamiento a aquellos sobre quienes se le ha puesto en el grado de la sublimidad. Pues, como dice uno de los Padres: Todo lo que sobresale se ve más afectado por las penas que se alegra por los honores.

4. Cuanto más se ocupa alguien en las preocupaciones del mundo, tanto más fácilmente es oprimido por los vicios. Pues si apenas puede el alma evitar los pecados en la tranquilidad, ¿cuánto menos podrá hacerlo estando atada por las ocupaciones seculares?

5. No todo signo de poder es inmediatamente útil, sino que es verdaderamente útil si se ejerce bien. Y se ejerce bien cuando beneficia a los súbditos, a quienes se prefiere con honor terrenal. El poder es bueno, que es dado por Dios, para que coarte el mal con temor, no para que cometa el mal temerariamente. Nada es peor que tener libertad para pecar por el poder; y nada más infeliz que la facultad de obrar mal.

6. Quien gobierna bien temporalmente dentro del siglo, reina sin fin en la eternidad; y pasa de la gloria de este mundo a la gloria eterna. Pero quienes ejercen el reino de manera perversa, después de la vestidura resplandeciente y las luces de las piedras preciosas, descienden desnudos y miserables a los tormentos del infierno.

7. Los reyes son llamados así por actuar rectamente, y por lo tanto, el nombre de rey se mantiene haciendo lo correcto, y se pierde pecando. Pues encontramos en las sagradas escrituras que los hombres santos son llamados reyes, porque actúan rectamente, gobiernan bien sus propios sentidos, y con razonable discreción componen los movimientos que les resisten. En efecto, se les llama reyes correctamente a aquellos que saben moderar bien tanto a sí mismos como a sus súbditos, gobernando bien.

8. Algunos transforman el mismo nombre de gobierno en la crueldad de la brutalidad; y cuando han llegado a la cumbre del poder, caen inmediatamente en la apostasía, y se elevan tanto con la hinchazón del corazón, que desprecian a todos los súbditos en comparación consigo mismos, y no reconocen a aquellos sobre quienes les ha tocado presidir. A estos se les dice adecuadamente por el Eclesiástico: Te han constituido líder, no te ensalces, sino sé para ellos como uno de ellos (Eclesiástico 32, 1).

9. Mientras los reyes del mundo se sienten superiores a los demás, reconozcan sin embargo que son mortales; y no miren la gloria del reino con la que se elevan en el siglo, sino que atiendan a la obra que llevarán consigo al infierno. Si, por lo tanto, carecen de la gloria de este tiempo, hagan aquellas cosas que poseerán después del fin sin fin.

10. Mientras el Apóstol dice: No hay poder sino de Dios (Romanos 13, 1), ¿cómo dice el Señor por el profeta sobre ciertos poderes: Ellos reinaron, pero no por mí (Oseas 8, 4)? Como si dijera, no con mi favor, sino incluso con mi gran ira. Por lo que también añade más adelante por el mismo profeta: Te daré un rey en mi ira (Oseas 13, 11). De lo cual se manifiesta claramente que el buen y el mal poder son ordenados por Dios; pero el buen poder con su favor, el mal con su ira.

11. Los reyes cuando son buenos, es un don de Dios, pero cuando son malos, es por el pecado del pueblo. Pues según el mérito de los pueblos se dispone la vida de los gobernantes, como testifica Job: Que hace reinar al hipócrita por los pecados del pueblo (Job 34, 30). Pues cuando Dios se enoja, el pueblo recibe tal gobernante como merece por su pecado. A veces, por la maldad de los pueblos, incluso los reyes cambian, y quienes antes parecían ser buenos, al recibir el reino se vuelven inicuos.

CAPÍTULO XLIX. De la justicia de los príncipes.

1. Quien usa correctamente el poder del reino, debe mostrarse a todos de tal manera que cuanto más brille con la altura del honor, tanto más se humille en mente, proponiéndose el ejemplo de humildad de David, quien no se enorgulleció de sus méritos, sino que, humillándose, dijo: Me haré vil, y apareceré más vil ante Dios, que me eligió (2 Samuel 6, 22).

2. Quien usa correctamente el poder del reino establece la forma de la justicia más con hechos que con palabras. Este no se eleva con ninguna prosperidad, no se turba con ninguna adversidad; no se apoya en sus propias fuerzas, ni se aparta del Señor; preside el reino con un ánimo humilde; no le deleita la iniquidad, no le inflama la codicia; sin defraudar a nadie, hace rico al pobre; y lo que podía extorsionar justamente a los pueblos con su poder, a menudo lo concede con misericordiosa clemencia.

3. Dios dio a los príncipes el gobierno para la administración de los pueblos, quiso que presidieran sobre aquellos con quienes comparten la misma condición de nacer y morir. Por lo tanto, el principado debe beneficiar a los pueblos, no perjudicarlos; no oprimir dominando, sino aconsejar condescendiendo, para que este signo de poder sea verdaderamente útil, y usen el don de Dios para la protección de los miembros de Cristo. Pues los fieles son los miembros de Cristo, a quienes, cuando los gobiernan bien con el poder que reciben, devuelven ciertamente una buena retribución al dador Dios.

4. Un buen rey regresa más fácilmente a la justicia desde el delito que se transfiere de la justicia al delito, para que sepas que aquí hay un caso, allí un propósito. En su propósito debe

estar no apartarse nunca de la verdad. Si por casualidad tropieza, debe levantarse de inmediato.

CAPÍTULO L. De la paciencia de los príncipes.

1. A menudo, un príncipe justo también sabe disimular los errores de los malos, no porque consienta en su iniquidad, sino porque espera el momento adecuado para la corrección, cuando pueda corregir o castigar sus vicios.
2. Muchos son descubiertos en el crimen de conspiración contra los príncipes, pero queriendo Dios probar la clemencia de los príncipes, permite que aquellos piensen mal, pero no abandona a estos. Del mal de aquellos hace bien a estos, mientras con admirable paciencia perdonan las culpas que aquellos cometen.
3. Devolver mal por mal es la reciprocidad de la justicia: pero quien añade clemencia a la justicia, no devuelve mal por mal a los culpables, sino que imparte bien por mal a los ofensores.
4. Es difícil que un príncipe regrese a lo mejor si está implicado en vicios. Pues los pueblos pecadores temen al juez, y son contenidos por las leyes de su mal. Pero los reyes, a menos que sean contenidos solo por el temor de Dios y el miedo al infierno, se precipitan libremente y caen por el abismo de la licencia en todo tipo de vicios.
5. Cuanto más alto está alguien en un lugar superior, tanto mayor es el peligro en el que se encuentra; y cuanto más alto está alguien en el honor del esplendor, tanto mayor es el pecador si delinque. Pues los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sabiduría 6, 7). Porque a quien más se le confía, más se le exige, incluso con el interés de las penas.
6. Los reyes edifican o subvierten fácilmente la vida de los súbditos con sus ejemplos, por lo que no conviene que el príncipe peque, para no dar forma de pecar con la impunidad de su pecado. Pues el rey que cae en vicios rápidamente muestra el camino del error, como se lee de Jeroboam, que pecó e hizo pecar a Israel (Eclesiástico 47, 29). Pues se le atribuye a él todo lo que se comete por el ejemplo de él por los súbditos.
7. Así como algunos siguen las obras agradables a Dios de los buenos príncipes, así muchos fácilmente siguen sus malos ejemplos. Sin embargo, muchos están bajo príncipes inicuos más por necesidad que por voluntad, mientras obedecen sus mandatos. Algunos, sin embargo, son tan rápidos para seguir a los reyes en el mal, como lentos para imitarlos en el bien.
8. A menudo, de donde pecan los malos reyes, de allí se justifican los buenos, mientras corrigen la codicia y malicia de los anteriores. Pues realmente participan en sus pecados si retienen lo que aquellos arrebataron.
9. Quien sigue el pecado de alguien, es necesario que siga su castigo. Pues no será diferente en el suplicio quien es igual en el error y el vicio.

CAPÍTULO LI. Que los príncipes están sujetos a las leyes.

1. Es justo que el príncipe obedezca sus propias leyes. Pues entonces considera que sus leyes deben ser observadas por todos, cuando él mismo les muestra reverencia.

2. Los príncipes están sujetos a sus propias leyes, y no pueden condenar en sí mismos las leyes que establecen en los súbditos. Pues la autoridad de su voz es justa, si no permiten que lo que prohíben a los pueblos les sea lícito a ellos.
3. Bajo la disciplina de la religión, los poderes del siglo están sujetos; y aunque están dotados de la cumbre del reino, sin embargo, están atados por el vínculo de la fe, para que prediquen la fe de Cristo con sus leyes, y conserven la misma predicación de la fe con buenas costumbres.
4. Los príncipes del siglo a veces tienen la cumbre del poder adquirido dentro de la Iglesia, para que con ese mismo poder fortalezcan la disciplina eclesiástica. De lo contrario, los poderes no serían necesarios dentro de la Iglesia, sino para que lo que el sacerdote no puede lograr con la palabra de la doctrina, el poder lo imponga con el terror de la disciplina.
5. A menudo, el reino terrenal beneficia al reino celestial, para que aquellos que están dentro de la Iglesia y actúan contra la fe y la disciplina de la Iglesia, sean quebrantados por el rigor de los príncipes; y la misma disciplina, que la humildad de la Iglesia no puede ejercer, la imponga el poder principal sobre los cuellos de los soberbios; y para que merezca veneración, la imparta con la virtud del poder.
6. Que los príncipes del siglo reconozcan que deben rendir cuentas a Dios por la Iglesia, que reciben de Cristo para proteger. Pues ya sea que la paz y la disciplina de la Iglesia se aumenten por los príncipes fieles, o se disuelvan, él les exigirá cuentas, quien confió su Iglesia a su poder.

CAPÍTULO LII. De los jueces.

1. Es un delito de los príncipes que prefieren jueces perversos a los pueblos fieles contra la voluntad de Dios. Pues así como es un delito del pueblo cuando los príncipes son malos, así es un pecado del príncipe cuando los jueces son inicuos.
2. Un buen juez, así como no sabe hacer daño a los ciudadanos, así debe beneficiar a todos. Pues a unos les ofrece la censura de la justicia, a otros la bondad. Recibe los juicios sin acepción de personas, quien no debilita la justicia con la llama de la avaricia, ni se esfuerza por quitar a otro lo que desea para sí.
3. Los buenos jueces asumen la justicia solo para obtener la salvación eterna, y no la distribuyen por los dones recibidos, para que, al no buscar ganancias temporales del juicio justo, sean enriquecidos con la recompensa eterna.
4. Todo el que juzga rectamente lleva la balanza en la mano, y en ambos platillos lleva la justicia y la misericordia. Pero por la justicia dicta la sentencia del pecado, por la misericordia modera la pena del pecador, para que con un justo equilibrio corrija algunas cosas por la equidad, y otras las perdone por la misericordia.
5. Quien pone ante sus ojos los juicios de Dios, siempre temeroso y tembloroso en todo asunto, teme desviarse del camino de la justicia y caer; y de donde no es justificado, más bien es condenado.
6. Nadie necio o malvado debe ser juez. Pues el necio, por su ignorancia, desconoce la justicia; el malvado, por su codicia, corrompe la verdad que ha aprendido.

7. Los pobres son más gravemente lacerados por jueces corruptos que por los enemigos más crueles. Ningún ladrón es tan codicioso con lo ajeno como un juez injusto con lo suyo.
8. Los ladrones, ocultos en gargantas inaccesibles y escondrijos, tienden emboscadas, mientras que estos abiertamente se ensañan con la avaricia de la rapacidad.
9. Los enemigos solo se enfocan en la sangre de los extraños; los jueces, como los más crueles verdugos de los ciudadanos, extinguen la vida de sus súbditos con su opresión. Pues muchos son los que destruyen, pero pocos los que gobiernan a los pueblos con la moderación de las leyes.
10. A menudo hay buenos jueces, pero tienen ministros rapaces. La figura de estos, como dice alguien, se pinta y describe como Escila: ella misma con forma humana, pero rodeada y ceñida de cabezas de perro. De manera similar, a algunas potestades les sucede que la humanidad de ellos mismos es perturbada por la inhumanidad de sus socios inicuos.
11. A menudo los jueces corruptos, por causa de la codicia, o bien retrasan o pervierten los juicios; y no concluyen los asuntos de las partes hasta que agotan las bolsas de aquellos que litigan. Pues cuando juzgan, no consideran la causa, sino los dones; y así como son negligentes en la discusión de los litigantes, así están preocupados por su daño.
12. Los jueces corruptos, según la palabra del profeta, como lobos al atardecer, no dejan nada para la mañana (Sof. III, 3); esto es, solo piensan en las comodidades de la vida presente, no en las futuras. Pues esta vida se toma como el atardecer, y la futura como la mañana. Y bien dice, como lobos, porque al modo de los lobos lo saquean todo, y apenas dejan algo a los pobres.
13. Los jueces verbosos y altivos, para parecer sabios, no discuten las causas, sino que las afirman; y así perturban el orden del juicio, mientras, no contentos con su oficio, presumen de lo ajeno.
14. Algunos, cuando comienzan a juzgar, se enfurecen, y convierten la misma sentencia del juicio en locura. De los cuales se dice acertadamente por el profeta: Los que convierten el juicio en furia. Pues quien juzga con ira, transforma el juicio en furia, y pronuncia la sentencia antes de conocerla.
15. La furia en el juez no puede alcanzar la investigación de la verdad, porque su mente, turbada por la furia, se aleja de la búsqueda de la justicia.
16. El juez iracundo no puede contemplar plenamente el examen del juicio, porque no ve por la oscuridad de la furia. Pero quien, rechazando la furia, discute, más fácilmente se eleva a contemplar la verdad con la serenidad de la mente, y sin ninguna perturbación llega a la comprensión de la equidad.

CAPÍTULO LIII. De la aceptación de personas.

1. No se debe considerar la persona en el juicio, sino la causa; pues está escrito: No aceptarás persona en el juicio (Lev. XIX, 15; Deut. I, 17; Prov. XXIV, 23; Eclo. XLII, 1). Y de nuevo: No te apiadarás del pobre en el juicio. Pues quienes pervierten el juicio por el favor de la consanguinidad o la amistad, o por el odio de las enemistades, sin duda se sabe que pecan contra Cristo, que es la verdad y la justicia.

2. Los jueces inicuos yerran en la verdad de la sentencia, mientras se enfocan en la calidad de la persona, y a menudo hieren a los justos, mientras defienden injustamente a los inicuos; pero quien se esfuerza por presidir correctamente, no sabe adular a una parte, ni ha aprendido a apartarse de la justicia.

CAPÍTULO LIV. De los dones.

1. Quien juzga correctamente y espera de ello una recompensa, comete fraude contra Dios, porque vende por la aceptación de dinero la justicia que debía impartir gratuitamente.

2. Usan mal de los bienes quienes juzgan justamente por lucro temporal. Tales personas no son provocadas a la verdad por la defensa de la justicia, sino por el amor a la recompensa. A quienes, si se les quita la esperanza del dinero, inmediatamente se apartan de la defensa de la justicia.

3. La aceptación de dones es una prevaricación de la verdad. Por eso se dice del justo: Quien sacude sus manos de todo don, este habita en las alturas (Isa. XXXIII, 15, 16).

4. El rico corrompe rápidamente al juez con dones. Pero el pobre, al no tener qué ofrecer, no solo es despreciado al ser escuchado, sino que también es oprimido contra la verdad.

5. La justicia es rápidamente violada por el oro, y ningún culpable teme la culpa que cree poder redimir con dinero. Pues el amor al lucro obtiene más la mente del censor que la equidad del juicio.

6. Hay tres tipos de aceptación de dones, con los cuales la vanidad humana milita contra la justicia, es decir, el favor de las amistades, la adulación de la alabanza y la aceptación corporal del don. Sin embargo, el ánimo se pervierte más fácilmente por el don corporal que por el favor de la gracia y la alabanza.

7. El juicio humano se pervierte de cuatro maneras: por temor, codicia, odio y amor. Por temor, cuando tememos hablar la verdad por miedo al poder de alguien. Por codicia, cuando somos corrompidos por la recompensa de algún don. Por odio, cuando nos esforzamos en oponernos a alguien. Por amor, cuando nos esforzamos en favorecer a un amigo o parientes. Por estas cuatro causas a menudo se viola la equidad, a menudo se hiere la inocencia.

CAPÍTULO LV. De los testigos.

1. Y si la mentira se dice gratuitamente, ¿cuánto más si se busca por venta? Pues no faltará una multitud de falsos, si solo hay presencia de dinero.

2. El testigo falso es responsable ante tres personas. Primero, ante Dios, a quien desprecia al perjurar; segundo, ante el juez, a quien engaña al mentir; finalmente, ante el inocente, a quien daña con falso testimonio.

3. Casi tienen el mismo crimen quien promete falsedad y quien suprime la verdad, porque aquel quiere dañar, y este no quiere ayudar. Es peor el testigo que daña que el que no quiere ayudar. Pues aquel es maligno, este es inútil.

4. La falsedad del engaño se descubre tarde cuando los testigos falsos están unidos. Pero si son separados, pronto se manifiestan por el examen del juez. Pues así como en la unidad de los perversos hay gran fortaleza, así en la separación hay mayor debilidad.

5. La mentira de la falsedad se reprende rápidamente, pues el testimonio de los falsos no concuerda consigo mismo.

6. El testigo iniquo, aunque con su falsedad impida al cuerpo y a las cosas, no causará ningún daño al alma. Pero aquel será condenado ante Dios, quien dice falso testimonio contra el inocente o cree a los que lo dicen. Pues no solo es culpable quien profiere falsedad sobre otro, sino también quien presta rápidamente oído a las acusaciones.

7. Quien oculta la verdad por miedo al poder, provoca sobre sí la ira de la misma verdad desde el cielo, porque teme más al hombre que a la indignación divina. Bienaventurado aquel cuyo testimonio purga al inocente del crimen imputado; impío aquel cuya traición incluso destruye al iniquo. Pues no conviene al cristiano delatar a alguien a la muerte, y prestar la voz del testimonio para derramar la sangre de los infelices. Pues la palabra del hombre justo solo debe ser para el ministerio de la salvación; ira de indignación y tribulación, y envíos por ángeles malos.

CAPÍTULO LVI. De los abogados.

1. Los seguidores de los negocios forenses deben abandonar el negocio secular por amor al prójimo, o al menos, manteniendo el amor al prójimo, seguir el negocio terrenal. Pero como es muy raro que entre los litigantes permanezca la caridad, debe posponerse la causa del asunto, para que la caridad persevere.

2. Los antiguos llamaban a la elocuencia forense una facundia canina, porque los abogados en las contiendas de las causas, dejando de lado lo que tratan, se desgarran mutuamente como perros, y los pleitos de las causas los convierten en injurias personales.

CAPÍTULO LVII. De los opresores de los pobres.

1. Los opresores de los pobres deben saber que son dignos de una sentencia más grave cuando prevalecen sobre aquellos a quienes desean dañar. Pues tanto más atrozmente deben ser condenados al futuro suplicio, cuanto más fuertemente aquí han prevalecido contra la vida de los miserables.

2. Escuchen los jueces y quienes presiden sobre los pueblos, porque por las molestias temporales que infligen a las gentes, serán quemados en el fuego eterno, testificando el Señor por el profeta Isaías: «Me enojé, dice, contra mi pueblo, y los entregué en tu mano; no les mostraste misericordia, sino que agravaste mucho tu yugo. Desciende al polvo, siéntate, calla y entra en las tinieblas. Vendrá sobre ti un mal, y no lo sabrás; y caerá sobre ti una calamidad que no podrás expiar. Vendrá sobre ti de repente una miseria que no conoces» (Isa. XLVII, 5).

3. Debemos dolernos más por los que hacen el mal que por los que lo padecen. Pues aquellos, al hacer lo malo, progresan en el mal; estos, al padecer, se corrigen del mal. Dios, sin embargo, a través de las malas voluntades de unos, obra muchos bienes en otros.

4. La voluntad de los hombres malignos no puede cumplirse de ninguna manera, a menos que Dios dé el poder. Pues mientras los hombres, permitiéndolo Dios, realizan el mal que desean,

se dice que lo hace quien lo permite. De ahí que esté escrito por el profeta: Si habrá mal que el Señor no haya hecho. Sin embargo, porque los inicuos buscan el mal por voluntad, por eso Dios da el poder de realizarlo por su buena voluntad, porque de nuestro mal obra muchos bienes.

5. Algunos, al resistir a la voluntad de Dios, sin saberlo, hacen el designio de Dios; por lo cual debes saber que todo está sujeto a Dios, de modo que incluso aquellos que se oponen a su disposición cumplen su voluntad.

6. Por eso en esta vida los buenos son juzgados por los malos, para que de nuevo en aquella vida los malos sean juzgados por los buenos; o para que también aquí haya aflicción temporal para los buenos, y allí recompensa eterna.

7. Por eso son necesarios los malos, para que cada vez que los buenos ofenden, sean castigados por ellos. De ahí que el Señor testifique que Asur es la vara de su furor (Isa. X, 5, 7); pero cada vez que así sucede, procede de la indignación de Dios, para que Dios a través de ellos se ensañe con aquellos a quienes desea corregir flagelándolos. Pero él con voluntad justísima, ellos con intención a menudo cruel, como se dice por el Profeta del mismo Asur: Pero él no lo piensa así, sino que su corazón está preparado para destruir.

8. Vendrá sobre ellos una furia divina atroz, que son perseguidores y violentos con los fieles. Pues consolando a los suyos por el profeta, Dios promete juzgar a los adversarios: A aquellos, dice, que te juzgaron, yo los juzgaré; y alimentaré a tus enemigos con su propia carne, y como de mosto, se embriagarán con su propia sangre. (Isa. XLIX, 25, 26).

9. La iniquidad de los malos tiene algún uso, pues desgarran con sus mordiscos a los elegidos de Dios, y por ello la vida de los impíos se pierde para ellos; pero la de los justos no se pierde, sino que progresa, mientras los malos los instruyen a través del ejercicio de la tribulación para odiar la vida presente y desear la futura.

10. A veces la perversidad de los perversos es útil para la utilidad de los justos, mientras los instruyen con su malicia y los impulsan con molestia temporal a buscar los reinos celestiales. Esto se prueba con ejemplos del pueblo israelita, que fue tratado más duramente en Egipto (Éxodo III), cuando era necesario que fuera llamado por Moisés a la tierra prometida, y salir de los males que sufría en Egipto, y apresurarse a la patria prometida.

11. Los inicuos, al ver la constancia del justo en sus persecuciones, se consumen con confusión de mente. Y mientras muestran adversidades, y no vencen, finalmente se confunden por la locura de su perversidad.

12. Los necios siempre asumen el estudio contra los buenos, a quienes, mientras la prosperidad les brilla, jactanciosamente se glorían de sus méritos, y detractan de las aflicciones de los buenos y justos; y cuando les suceden adversidades, pronto se convierten a la blasfemia por la pusilanimidad del ánimo.

13. Algunos de los simples, ignorando la dispensación de Dios, se escandalizan en los progresos de los malos, diciendo, según el profeta: ¿Por qué prospera el camino de los impíos, es bueno para todos los que prevarican y obran iniquidad? (Jerem. XII, 1). Quienes dicen esto, no se asombren de que vean la felicidad temporal y caduca de los hombres perversos; sino que más bien consideren sus últimos días, cuántos eternos suplicios se les preparan después de esto, diciendo el profeta: Pasan sus días en bienes, y de repente descenden al infierno. (Job XXI, 13).

CAPÍTULO LVIII. De la tribulación de los justos.

1. El justo debe reconocerse probado en las adversidades, no derribado.
2. Los hombres santos temen más las prosperidades que las adversidades, porque las prosperidades derriban a los siervos de Dios, mientras que las adversidades los instruyen. Por eso la constancia de los hombres santos debe soportar las adversidades de tal manera que no pueda ser quebrantada.
3. Los ojos de Dios están más sobre los justos cuando la providencia suprema permite que sean afligidos por los inicuos. Pues entonces se les disponen gozos eternos, cuando son probados por la tribulación presente.
4. Todas las tribulaciones de esta vida se comparan con aguas que pasan; por eso, porque si algo de tribulación ocurre en esta vida, no permanece, sino que pasa rápidamente.
5. Quien considera diligentemente las recompensas de la vida futura, soporta con ecuanimidad todos los males de la vida presente, pues con la dulzura de aquella templa la amargura de esta, y con la eternidad de aquella desprecia la brevedad transitoria de esta.
6. Ser gravado con diversos males temporales es para la utilidad de aquellos que soportan los males de esta vida, porque al ser gravados con dolor, no desean los males de la codicia, la lujuria y otros vicios.
7. Las tentaciones del mundo son más provechosas para la salvación que las prosperidades, pues de la prosperidad se va a peor, del dolor de la tentación se progresa a mejor.
8. Cada uno debe preparar su ánimo para la tentación (Eclo. II, 1). Pues la tentación, cuando se espera, pesa menos; pero oprime duramente si llega inesperada.
9. Es de sabios meditar de antemano contra todas las adversidades; y no debe encontrarse un caso que sus consejos no prevengan.

CAPÍTULO LIX. De los amantes del mundo.

1. Los amantes del mundo no solo son culpables por desear lo inferior como si fuera lo supremo, sino también son miserables por esto, que con gran aflicción alcanzan lo que desean.
2. El impío se atormenta más al exagerar las comodidades del mundo que el justo al tolerar las adversidades. Pues quien ama los bienes del mundo, quiera o no, sucumbe a la pena del temor y el dolor. Y quienes aman las cosas transitorias más de lo debido, se infligen mayor dolor por las cosas perdidas que el amor que sentían por las poseídas. Pues con gran dolor se pierden las cosas que con gran amor se tienen. Sin embargo, sufrimos menos al carecer de lo que menos amamos al poseer.
3. Sepan los que buscan las ganancias del mundo cuán vanas o adversas son las cosas que aman, que incluso en este mundo no las adquieren sin gran contricción, y por las cuales en el futuro darán penas en el suplicio.
4. A aquellos que persisten en la voluntad de los deseos mundanos, bien se les dice por el testimonio del profeta: Efraín se ha convertido en un pan cocido al rescoldo, que no se vuelve

(Oseas VII, 8); es decir, están tan cegados por el amor secular que nunca recapacitan para volver su amor a Dios.

5. Para muchos el mundo ha muerto, pero ellos, a su vez, no han muerto al mundo. Pues aman los bienes del mundo, y sin embargo, no consiguen lo que aman; vacíos en ambos aspectos, porque pierden lo futuro y no adquieren lo presente.

6. Es pobreza de los elegidos que peregrinan lejos de los bienes eternos, y en este exilio se demoran más tiempo. Es pobreza de los reprobos que abundan en riquezas y carecen de virtudes, y no saben que son pobres. Esto se prueba por el Apocalipsis de Juan, que contra los amantes de este mundo dice así: Dices que soy rico, y me he enriquecido, y de nada tengo necesidad; y no sabes que eres miserable, y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo (Apoc. III, 17).

7. Los seguidores de la gloria temporal, aunque son brillantes por fuera con el resplandor del poder, por dentro están vacíos por la soberbia de la altivez; como las cañas que por fuera brillan, pero por dentro están vacías.

8. Por esto los reprobos son por fuera, como las cañas, brillantes; por dentro vacíos. Los elegidos, por fuera, como las cortezas de los árboles, feos; por dentro sólidos.

9. Quienes se adornan con vestiduras preciosas, escuchen al profeta, cómo detesta sus ornamentos corporales, y qué consecuencias tiene el adorno compuesto y adornado, esto es, por el suave olor fetidez, y por el cinturón una cuerda (Isa. III, 24), y otras cosas.

10. Lean el profeta los ricos, cuya esperanza es la opulencia, y escuchen a él diciendo: ¡Ay de los que son opulentos! (Amós VI, 1). Pues cuanto menor es alguien en poder, tanto más libre es del pecado. Pues un gran patrimonio es una tentación:

11. Los hombres veneran más en este mundo por el poder temporal que por la reverencia de la santidad. Pues admiran que sean ricos, y que sean hombres, los desprecian por completo.

12. Hay algunos justos que usan sus bienes sin dañar a nadie. También hay algunos ricos humildes, a quienes no infla la soberbia de las cosas, como muchos de los santos del Antiguo Testamento, que abundaban en riquezas y, sin embargo, sobresalían en humildad. Pero, por el contrario, algunos ricos soberbios son elevados por la abundancia de cosas, en quienes no están las riquezas en el vicio, sino la voluntad. Pues el crimen no está en las cosas, sino en el uso del agente.

13. También hay soberbia de los pobres, a quienes ni las riquezas elevan, y solo la voluntad es soberbia en ellos. A estos, aunque les falten las riquezas, por la soberbia de su mente son condenados más que los ricos soberbios.

14. El rico quiere estar seguro, no quiere ser pobre. Pero, ¿cómo será el rico tranquilo, a quien sus propias cosas, para que no falten, siempre lo hacen inquieto? Y por eso la codicia elige ser inquieto y temeroso rico, que estar seguro con poco gasto y ser pobre.

15. Usan bien de los bienes quienes, con las riquezas concedidas, se dedican a cosas saludables. Usan mal de los bienes quienes juzgan justamente por lucro temporal, o hacen algo bueno por el deseo de vana gloria. Usan mal de los males quienes realizan pensamientos nocivos con obras perversas. Usan bien de los males quienes restringen la lujuria de la carne

con la honestidad conyugal. Pero así como usar bien del mal es bueno, así usar bien del bien es mejor. Y así como usar mal del bien es malo, así usar mal del mal es pésimo.

CAPÍTULO LX. De los amantes de la misericordia.

1. Delinquen gravemente contra Dios quienes, con las riquezas concedidas por Dios, no las usan en cosas saludables, sino en usos perversos. Pues no saben impartir a los pobres, desprecian socorrer a los oprimidos; y de ahí aumentan más sus delitos de lo que debieron redimir.
2. Esto tiene solo de bueno la posesión de las cosas presentes, si restaura la vida de los miserables; fuera de esto, la ganancia del mundo es una tentación; y tanto mayores suplicios darán en el futuro, cuanto mayores son: Pues los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7).
3. Todo lo terrenal lo perdemos al conservarlo, lo preservamos al darlo. Pues el patrimonio retenido perece, pero permanece el distribuido. No podemos durar mucho tiempo con nuestras posesiones, porque o nosotros las dejamos al morir, o ellas nos abandonan mientras vivimos.
4. Por la diversidad de uso, algunos perecen por las cosas mundanas que codiciosamente arrebatan; otros, en cambio, se salvan al admirar la providencia más hermosa del Creador en su belleza, o al adquirir bienes celestiales a través de obras de misericordia.
5. La misericordia ha tomado su nombre de compadecerse de la miseria ajena. Nadie puede ser misericordioso con otro si no es misericordioso consigo mismo viviendo rectamente. Pues, ¿quién es bueno con los demás si es malo consigo mismo?
6. Ningún crimen puede ser redimido con limosnas si uno persiste en el pecado. La indulgencia de las limosnas se concede cuando se cesa en la obra del crimen. Es cierto que todos los pecados se purgan con obras de misericordia, pero solo si quien imparte misericordia ya se cuida de no pecar. De lo contrario, no hay perdón del delito cuando la misericordia precede de tal manera que los pecados la siguen.
7. No es limosna la que se da más por causa de la gloria que por la misericordia.
8. Según la intención con la que cada uno da, así es recibido ante Dios. Quien busca la alabanza presente por su bondad, pierde la esperanza y no recibe la gloria de la recompensa en el futuro.
9. Pues cuando el pobre es alimentado por causa de la vanagloria, incluso la obra de misericordia se convierte en pecado.
10. Las obras de limosna extinguen los pecados y contribuyen al reino del siglo futuro, tanto que el juez celestial, viniendo en el juicio futuro, dirá a los que están a la derecha: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis." A quienes también promete bien, diciendo: "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros." Pero a aquellos a quienes no siguen hechos precedentes de limosna, se les dice con la voz del juez eterno: "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber." A quienes justamente se les dice: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 35).

11. Quien aquí no imparte misericordia, allí no encuentra el fruto de la piedad: como el ejemplo del rico ardiente, que en el infierno fue obligado a pedir lo más mínimo, quien aquí se esforzó en negar lo más mínimo. ¿Qué podría ser retribuido más sutilmente, qué más estrictamente? Una gota de agua pidió ardiendo, quien negó migajas de pan. Tarde abrió los ojos el rico, cuando vio al pobre Lázaro descansando, a quien desdeñó ver yaciendo ante las puertas (Luc. XVI, 24).

12. No solo quien da al hambriento, al sediento y al desnudo el beneficio de la generosidad, o quien da algo más al necesitado, sino también quien ama al enemigo, y quien imparte afecto de compasión y consuelo al que llora, o quien ofrece consejo en algunas necesidades, sin duda hace limosna. Pues el bien de la doctrina también es limosna, y la misericordia es más eminente que la carnal.

13. Cualquiera que no necesitando pide, incluso si simula ser necesitado, debe ser compadecido de todo corazón. Y aunque tal vez él presente una falsa apariencia de necesidad, quien imparte con sencillez no pierde el fruto de la misericordia.

14. Aunque alguien sea necesitado, nadie puede obtener excusa de pobreza para no dar al necesitado, cuando por mandato del Salvador se nos ordena ofrecer incluso un vaso de agua fría al necesitado (Mat. X, 42). Pues si no tenemos otra cosa, si damos eso mismo con bondad, sin duda no perdemos la recompensa. Sin embargo, si podemos más y simulando pobreza damos menos, no engañamos al necesitado, sino a Dios, a quien no podemos ocultar nuestra conciencia.

15. Hay dos tipos de limosnas: una corporal, dar al necesitado lo que puedas; otra espiritual, perdonar a quien te ha ofendido. Por lo tanto, siempre habrá algo que impartir, si no dinero, al menos gracia.

16. No se debe dar limosna con murmuración, para que, acompañada de tristeza, no se pierda la recompensa dispensada. Sin embargo, se da bien cuando se ofrece con alegría del corazón. Por eso el Apóstol dice: "Dios ama al dador alegre" (II Cor. IX, 7). Se debe temer, por tanto, que el pobre reciba nuestras ofrendas con tedio, o que, omitido por completo, se retire triste y afligido.

17. Hacer limosna con bienes robados no es un acto de misericordia, sino un beneficio del crimen. Por eso también Salomón dice: "Quien ofrece sacrificio de lo robado a los pobres, es como si sacrificara al hijo en presencia de su padre" (Eccl. XXXIV, 24). Pues quien toma injustamente, nunca distribuye justamente, ni bien ofrece a otro lo que extorsiona mal de otro.

18. Es un gran crimen dar las cosas de los pobres a los ricos, y adquirir favores de los poderosos con los gastos de los indigentes; quitar agua a la tierra seca y regar ríos que no lo necesitan.

19. A veces la generosidad pródiga de los ricos se derrama no para utilidad, sino para exaltación: comparada con los hipócritas, que no enseñan para edificación de los oyentes, sino para engrandecer su propia gloria.

20. Es reprobable la efusión superflua de la generosidad. Pues quien guarda la medida no es avaro con nadie, sino generoso con todos.

21. El dispensador no debe ser pródigo, sino discreto; debe dar cuanto sea necesario, para que, manteniendo la medida en uno, alcance para muchos.

CAPÍTULO LXI. De la brevedad de la vida.

1. Solo en esta vida es lícito obrar el bien; allí ya no se espera la operación, sino la retribución de los méritos.

2. Esta vida es larga y grata para los impíos, pero amarga y breve a los ojos de los justos. Y aunque esta vida sea breve, se cree que se prolonga, porque, por breve que sea el espacio de tiempo, aunque para el viviente sea poco, para el amante sin duda es largo.

3. Quien considera la longitud de la vida presente no por su duración, sino por su fin, piensa útilmente cuán breve y miserable es. Pues la vida presente, porque con sus propios incrementos se agota, es breve; pues perece con su aumento, mientras lo que parece avanzar en el futuro se agota en el pasado. Asimismo, la vida presente se muestra breve por el hecho de que no permanece, sino que termina. Pues la tela se completa con hilos, y la vida del hombre se llena con días.

4. Que se viva mucho tiempo en esta vida, se pregunta si debe llamarse aumento o más bien detrimento. Pero, ¿cómo puede llamarse correctamente aumento lo que, a través de las dimensiones de las edades, tiende al detrimento de la muerte?

5. Quien busca una vida larga, dirígete a esa vida para la cual eres cristiano, es decir, la eterna; no a esta, de la cual descendió la vida eterna para instruirte, es decir, Cristo, la Palabra unida a la carne. Esta es la vida vital, nuestra vida aquí es mortal.

6. Es necesario que el hombre muera en la carne al mundo, para que no muera en el alma a Cristo. Pues verdaderamente se cree que alguien vive si, muriendo según el siglo, se deleita en vivir solo en Dios.

7. El justo sufre tedio por la demora de esta vida, porque llega tarde a la patria deseada y pierde tarde la aflicción de la vida presente.

CAPÍTULO LXII. Del final.

1. Aunque los santos desean ser liberados de las aflicciones de esta vida, queriendo salir pronto del cuerpo, sin embargo, por disposición de Dios, a menudo permanecen mucho tiempo en esta vida, para que, a través de largas pruebas de tolerancia, su paciencia se fortalezca más sólidamente.

2. Muchos odian la vida, y sin embargo temen morir; lo cual suele suceder a muchos en la angustia, y así, con afecto contrario, tienen tedio de vivir y miedo de morir.

3. Cada uno debe vivir con diligencia y siempre considerar el término de su vida, para que, por la contemplación de ello, el alma siempre se eleve a lo alto y evite las seducciones de este siglo. Pues está escrito: "En todas tus obras recuerda tus postrimerías, y nunca pecarás" (Eclo. VII, 40).

4. La ignorancia del final venidero es incierta, y mientras uno no piensa en morir, es arrebatado. Por lo tanto, cada uno debe apresurarse para que no sea arrebatado en sus

iniquidades, y que la vida no termine junto con la culpa. Pues el diablo incitador intenta arrastrar rápidamente a los que en vida incitó a los vicios, a los tormentos al morir.

5. A menudo los ricos en esta vida engañosa, mientras se regocijan en la gloria del poder o en la abundancia de bienes, son arrebatados repentinamente en una hora que no conocen por una salida inesperada, y, absorbidos por el abismo, son destinados a ser torturados en los eternos incendios del infierno. De los cuales se dice por el Profeta: "Llevan sus días en prosperidad, y en un momento descienden al infierno" (Job XXI, 13).

6. El impío al morir, quien por su imitación había arrastrado a muchos al pecado por el deleite del pecado, revoca a muchos del pecado por el terror del tormento. Lo cual también testifica el Salmista diciendo: "Se alegrará el justo cuando vea la venganza de los impíos, lavará sus manos en la sangre de los pecadores" (Sal. LVII, 11). Pues los justos lavan sus manos en la sangre de los pecadores moribundos, porque mientras se contempla su castigo, se purifica la vida del que contempla. Pues quien ve tal cruel final, no solo lo evita, sino que también, con cuanta exhortación pueda, disuade a otros de imitarlo.

7. En el final de la vida, las almas de los elegidos son aterrorizadas por un gran miedo, inciertos de si pasan a la recompensa o al castigo.

8. Sin embargo, algunos elegidos en su final son purgados de ciertos pecados leves; otros, en su mismo final, se alegran con la contemplación de los bienes eternos.

9. Pues aunque alguien sea justo en esta vida, sin embargo, al salir de este cuerpo, teme no ser digno de castigo. Pues ningún hombre está sin pecado; ni nadie puede estar seguro del juicio de Dios, ya que incluso de las palabras ociosas se debe dar cuenta.

10. El final óptimo de los justos es recomendado por una llamada tranquila, para que de ello se entienda que tienen la compañía de los ángeles santos, ya que son llevados de este cuerpo sin dura aflicción.

11. Pero los ángeles apóstatas reciben a los hombres malvados al morir, para que sean sus torturadores en los castigos, quienes fueron sus incitadores en los vicios.

12. Aunque la piedad mande llorar por los fieles difuntos, la fe prohíbe lamentarse por ellos. Pues deben ser lamentados en la muerte aquellos que el infierno recibe como miserables de esta vida, no aquellos que la corte celestial incluye para ser alegrados.